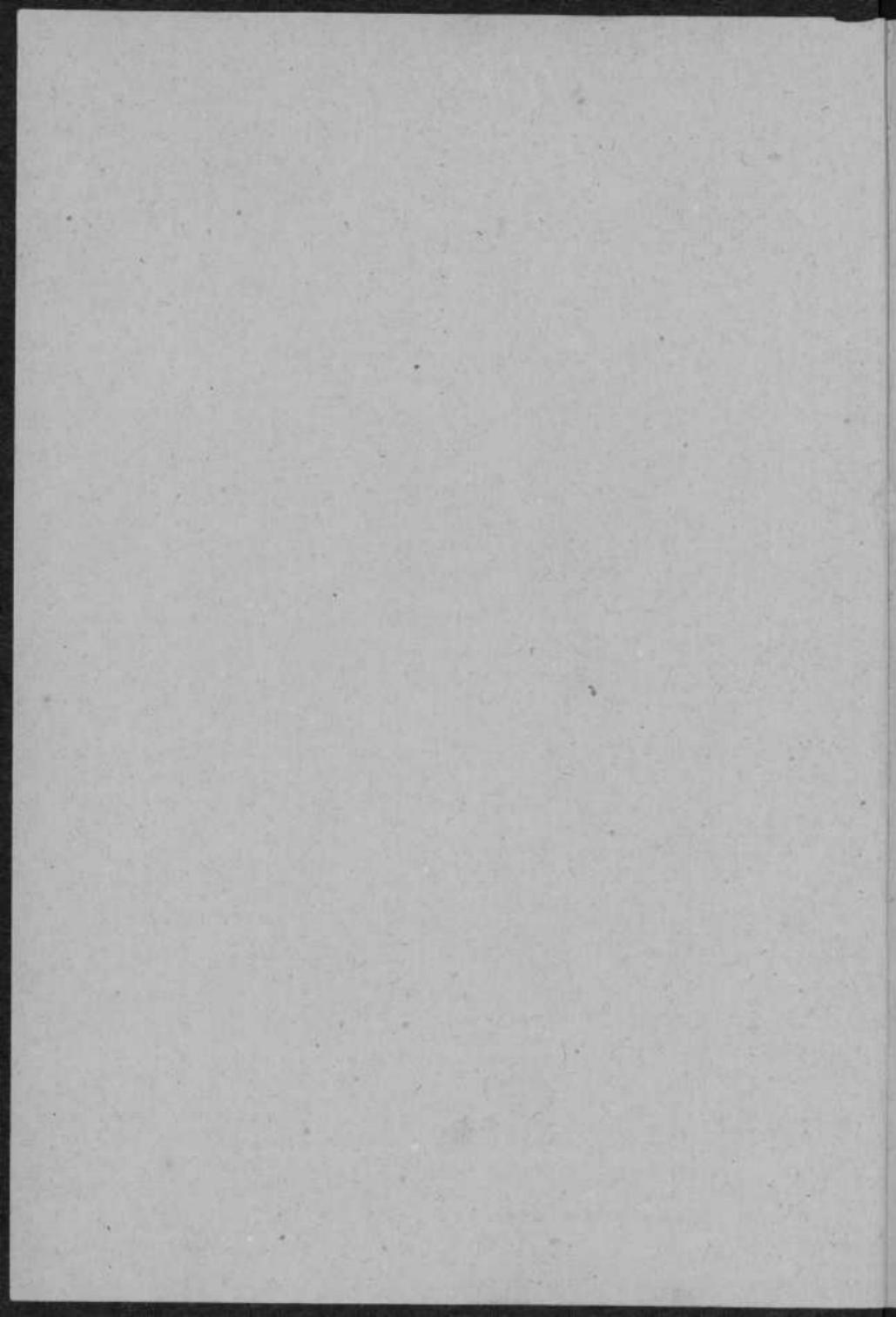
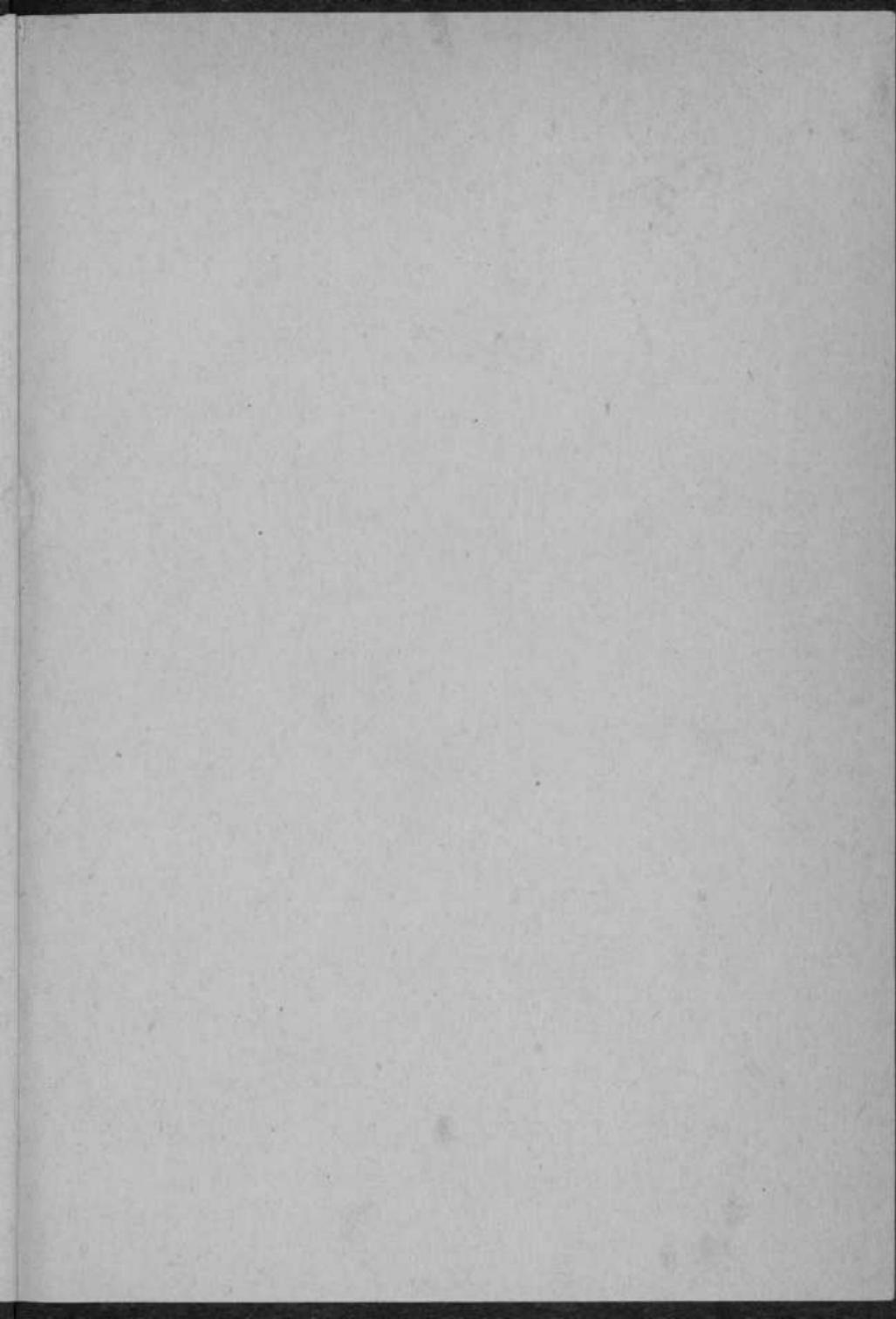


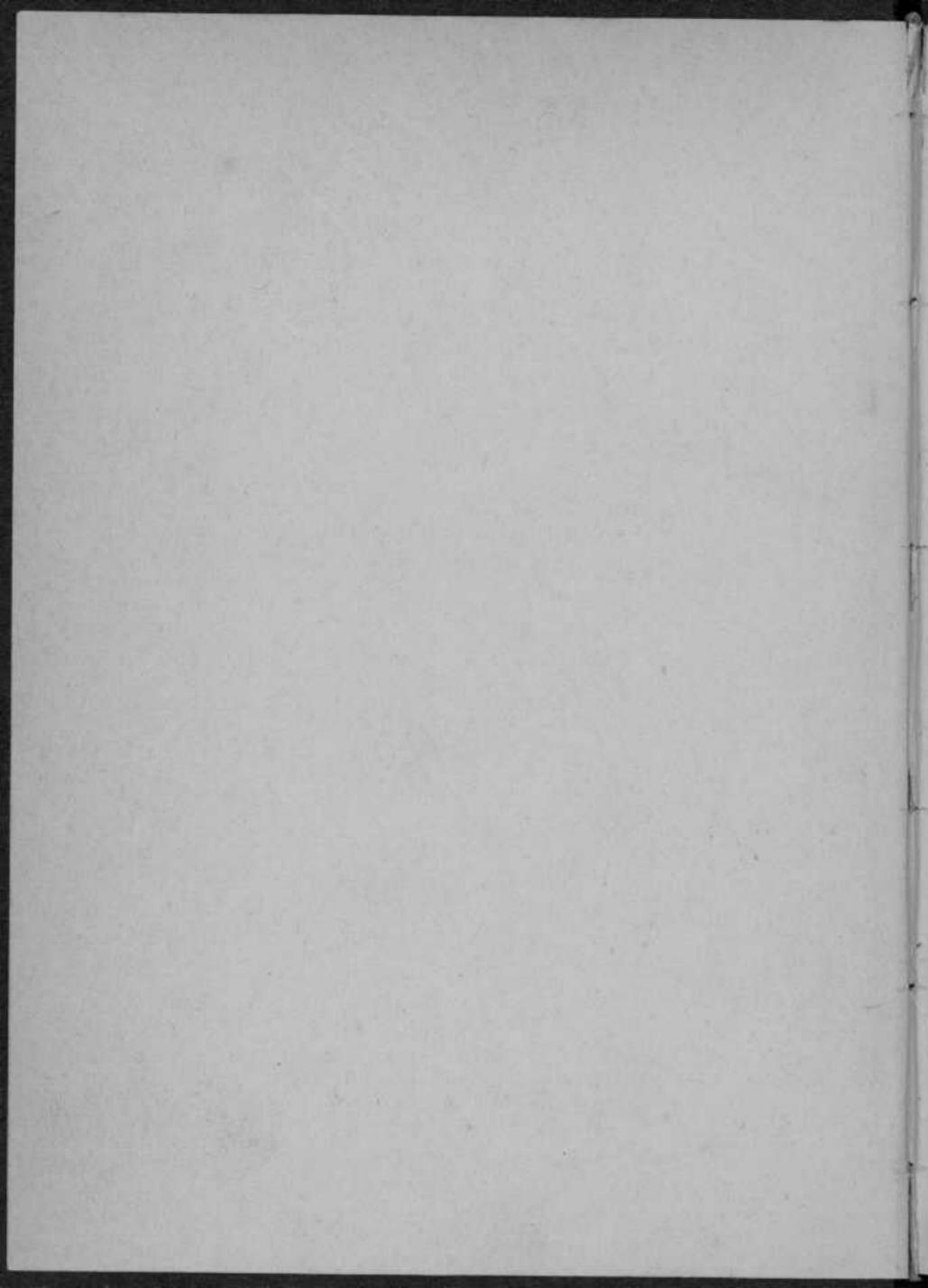


Alt
21650









Melchora Herrero de Vidal.

El Jardín de las Mujeres

Á LAS LECTORAS

La autora de este modesto libro ha intentado escribir algo así como una novela pedagógica, que pueda ser leída por niñas, jóvenes y madres, y que sea á todas beneficiosa y recreativa.

Las antiguas fábulas y cuentecitos ya no impresionan á las gentes; hoy se quiere que las obras recreativas se acerquen más á la realidad, aunque sean penosas y tristes sus observaciones.

Por eso en estas páginas se da preferencia á la exposición sencilla de la moral, de la verdad que no extravía la imaginación. El hecho vulgar, *la vida vivida*, lo que todos vemos con frecuencia, pero sin meditar acerca de su significado, sirve mejor para la educación cuando se estudia en forma recreativa; porque las fantasías, aunque sean muy poéticas, fatigan el entendimiento y suelen, á veces, extraviar el juicio.

Responderá el alma femenina al llamamiento sincero y cariñoso que se le hace en los capítulos que van á continuación?

Así lo espera la mujer que los ha escrito.

B.P. BURGOS

N.R.

N.T. 117424

C.B.

21320

MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1906

ES PROPIEDAD DE LA AUTORA

O. S. M. la Reina Victoria Eugenia

EN EL DÍA DE SU MATRIMONIO

La mujer reina siempre en los grandes y pequeños hogares.

Cuando ocupa el trono de naciones gloriosas y sufridas, como España, una estrella de concordia, progreso y armonía, una joven como Vos, llena de bondadosa hermosura, que es señora en el corazón de un Rey, al pueblo más decaído puede dar vigorosa vida.

Tenéis para el dulce consejo á vuestro esposo, modelos recientes que imitar en las alturas:

El de vuestra ilustre abuela Victoria Alejan-

drina, idolo inolvidable del pueblo inglés; el de vuestra madre, señora de grandes virtudes; el de vuestra noble madrina Eugenia, la que imperó un día en la vecina y muy querida Francia, y el de la inteligente, virtuosísima y piadosa madre de nuestro Rey, el que, admirando las perfecciones que os adornan, asocia vuestra vida á su vida, sus destinos á vuestros destinos, elevándoos al rango supremo y por ello á desempeñar el difícilísimo cometido de reinar.

Cuando visitéis nuestras Universidades, Museos y centros literarios y artísticos, hallaréis recuerdos de mujeres como Teresa, Beatriz Galindo, Isabel de Córdoba, la Duquesa de Béjar, Angela Sigea, Luisa Mediano, Catalina Badajoz, Luisa Roldán y otras, versadas en las ciencias, letras y artes, en cuyas obras podréis fortificar las enseñanzas adquiridas en los años de adolescencia, con la seguridad de que sabréis cultivar el amor sincero, é influir delicadamente en un Rey joven, culto y enérgico, en el que fundamos risueñas esperanzas.

Al pisar la tierra de Isabel la Católica, Reina de las más grandes, y de Teresa de Jesús, mujer

de las más santas y prestigiosas, nos traéis el cariño de vuestra poderosa patria. Y así como las familias que viven unidas por el amor y el legítimo interés mutuo, ensanchan su bienestar moral y material, así también los pueblos, con la unión, logran ser más fuertes y felices.

Mucho podéis hacer en bien de los humildes, de los que se regeneran, de los que buscan en el trabajo y la virtud el verdadero bienestar, la vida tranquila que conduce al sólido progreso. Siendo como sois, tan ilustrada y tan buena, nadie duda que ayudaréis en sus empresas moralizadoras á la mujer intelectual y protegeréis á la humilde y laboriosa obrera, tan necesitada como llena de prudencia. ¡Así será dichosa la Nación española, cuyas mujeres están dispuestas á las más altas virtudes y cuyos hombres levantan otra vez su espíritu llenos de esperanza!

Recordad, para esto, que de personas modestas nacieron en un rincón de Judea los obreros más grandes de la humanidad; la Sagrada Familia, ante la que se postraron los cielos y la tierra. Recordad que á la Divina María, las flores más cultivadas del jardín y las más aromáticas

del monte y del campo la obsequiaron con sus perfumes, y siendo Reina del cielo y de la tierra, fué mujer humilde.

*
* *

Cuando comenzaron los dulces amores que os han llevado á ocupar el Palacio de Oriente, la mujer que traza estas páginas principió á escribirlas.

Hoy, día de vuestro matrimonio, se terminan, formando el libro que os ofrece, sirviendo tan fausta coincidencia de impulso al atrevimiento para dedicároslo.

Así las niñas, las jóvenes, las madres y las abuelas, por quienquiera y donde quiera que sea leída esta obrita, sabrán que fué escrita en la primavera de mil novecientos seis, con el deseo de rendiros desinteresado tributo de admiración.

.....

Iba á consignar la autora su firma al pie de estas líneas, cuando detonación inmensa conmueve el espacio... agita los corazones... y causa numerosas victimas, arrancando gritos de dolor é indignación.

¡Vivan los Reyes! ¡Mueran los asesinos! grita el pueblo, y todos le acompañamos en su protesta.

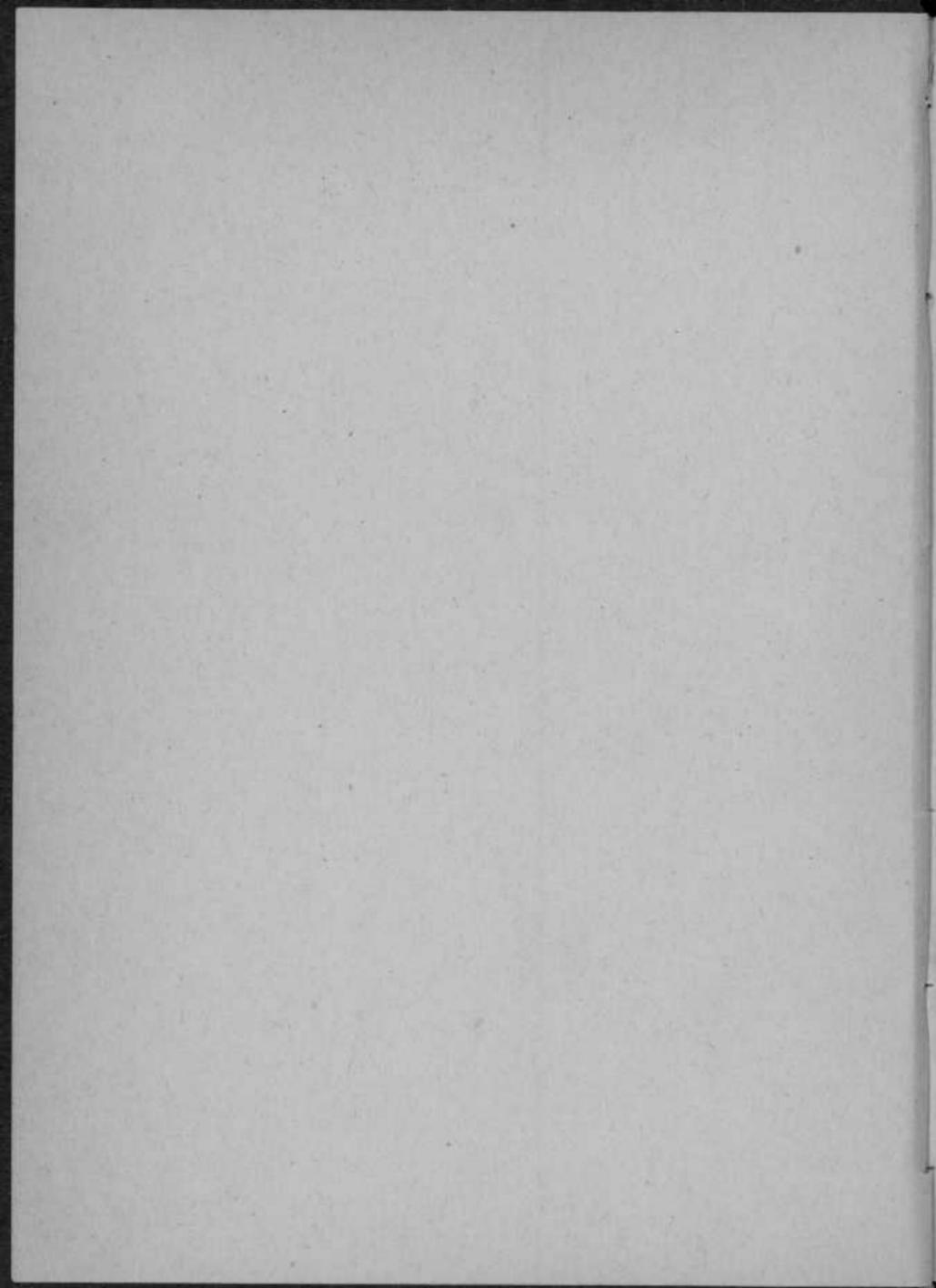
No hay cielo sin nubes, rosa sin espinas ni jardín sin malezas.....

.....
Humanas pasiones ciegan á los sectarios del mal; pero la Providencia, salvando vuestras vidas, libró de terribles males á España y os dió ocasión para demostrar vuestro valor, abnegación y altas virtudes.

Proteged siempre como hasta ahora al verdadero pobre, al trabajador humilde, al desvalido y al bueno, y así, Señora, nada os arredre, que Dios os ayuda y este pueblo os idolatra ya.

Madrid 31 de Mayo de 1906.

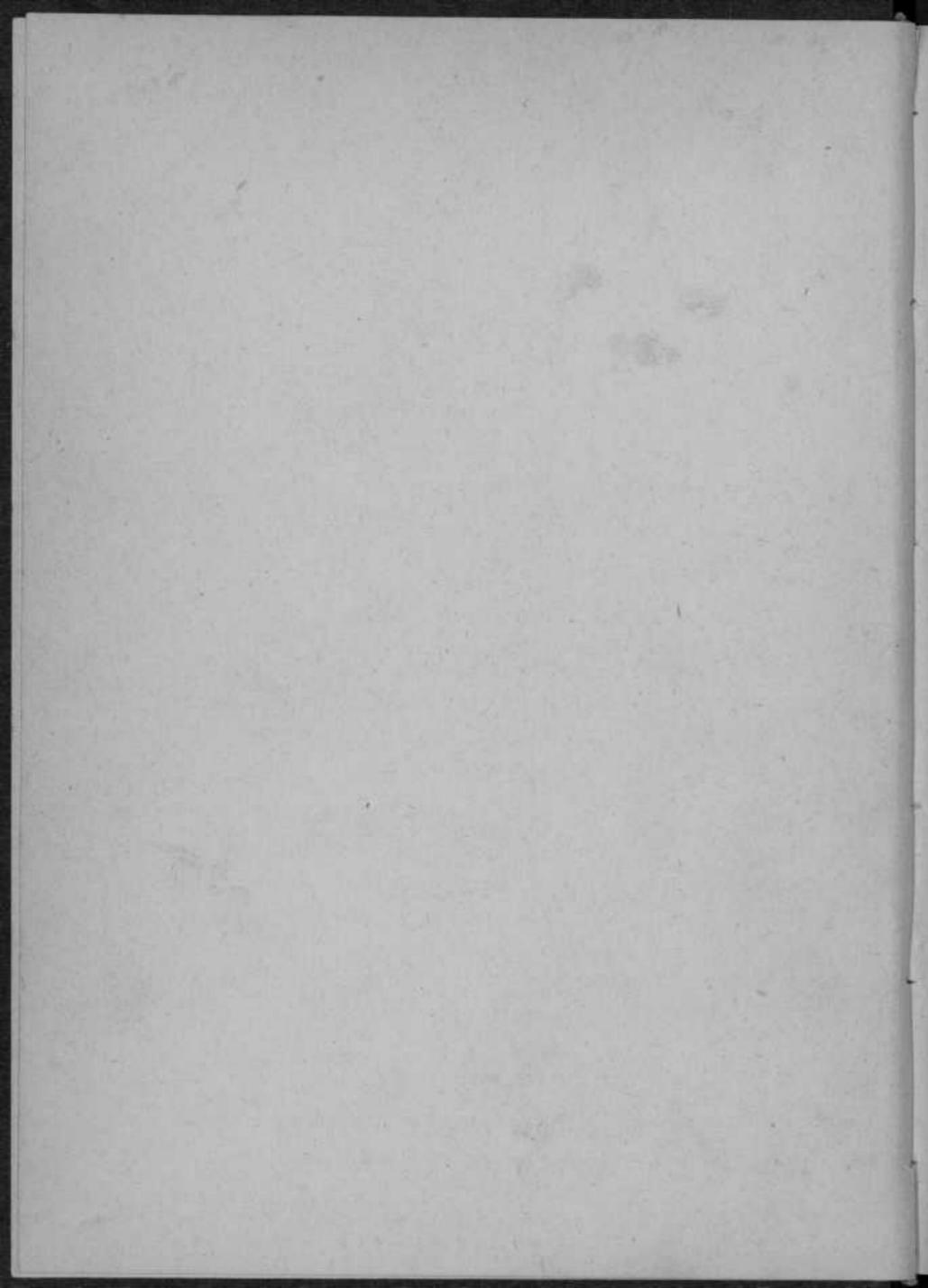
Melchora Herrera de Vidal.



PARTE PRIMERA

Sois niñas.

CAPÍTULO I





El pueblo y la Maestra. Sois niñas y camináis para ser mujeres. Con

estas palabras empezó su discurso ó, mejor dicho, conversación semanal, aquel sábado por la tarde, en su escuela del rincón aragonés, la inteligente y sencilla Maestra que, con mérito escondido y humilde, regeneraba al pueblo.

Y comenzaba así dicho día adoptando más benévola actitud que en el resto de la semana.

Leía, comentaba y hacía preguntas con la naturalidad de una madre inteligente. Había estudiado en la Normal de Va-

lencia, con bastantes fatigas materiales, pero con decidida voluntad y aplicación.

Ganó por oposición una plaza de mil quinientas pesetas en la montañosa provincia de los Amantes, y pudo de ese modo vivir cerca de su madre, propietaria en Mora, viuda, no rica y con cuatro hijos más.

Llevóse consigo una hermana para aliviar el gasto de la casa paterna y estar, no sólo acompañada, sino tener también alguien que con interés se ocupase de las faenas domésticas mientras ella se dedicaba con entusiasmo á enseñar.

Los primeros meses de su estancia en el pueblo todos hablaban de ella.

Los amantes de la educación, hombres y mujeres, presagiaban una buena maestra.

Hacían entre sí comentarios en hogares y corrillos y observaban/

Algunos criticones é ignorantes decían: «Nos ha venido una maestra que tiene poco más de veinte años, al parecer *muy templada*, pero creo que enseña muchas cosas. ¿Para qué tanta gramática, aritmética y religión?...»

Una mujer sensata, que las hay en todas

partes, atenuaba las críticas diciendo que todo el saber es bueno; y á las madres, cuando censuraban que en la escuela co-sían poco las niñas y todo eran libros y cuentas, contestaba: «¡Pobre señora Maestra! Bastante trabajo tiene con hacer callar á más de sesenta criaturas reunidas y enseñarles algo. Callaos, callaos. ¡Pobre Señora!»

Á solas pensaba: «¡Qué mujeres! Más les valía mandar á la escuela á sus hijas bien limpias y arregladas. ¿Por qué en su casa no les enseñan también ellas y ayudan á la Maestra? Pues yo bien contenta estoy con lo que aprende mi Florencia».

Y todos los días aquella buena mujer repasaba, enseñando como podía, á su hija, para que fuera la más aplicada, las lecciones que debiera de llevar sabidas á la escuela del humilde y bondadoso pueblo.

La Maestra y el Alcalde.

Sabedora la Maestra de ciertas críticas, quiso hablar con el Alcalde.

— ¿Qué ocurre, D.^a Esperanza? — dijo éste. — ¿Le gusta esta tierra?

— Buenas tardes. Pase usted y tome asiento, D. Lorenzo.

Sí, señor, me gusta; pero me veo en muchos apuros en la escuela. ¡Tan pequeña! ¡Tantas niñas... y todas pequeñitas!... Las mayores metidas en fábricas; en las fábricas del río, aprendiendo cosas que no me gustan. ¡Ya ve usted!... les darán un real al día, y yo con las niñas más pequeñas. Si fuéramos ricos, era cuestión de dar á los padres el real y á ver si las mandaban aquí.

Y son listas, son listas, humildes y buenas; pero con esta escuela tan reducida...

—Ya veremos, ya veremos de arreglarla.

Luego pasaron al asunto de los padres, con amor propio y delicadeza; y la Maestra, mirando la cara del Alcalde, fué diciendo:

—Creo que por el pueblo se quejan de las muchas asignaturas que enseño, y yo entiendo que cumplo con mi obligación; pero como algunos padres me han dicho por medio de las hijas, á mí misma, que les haga estudiar esto... que les enseñe lo otro... y han querido darme lecciones sobre el plan de materias... Sabiéndolo usted, no me importa suprimir y enseñar lo que me pidan, para contentar á las familias.

—Nada, nada, D.^a Esperanza; la gente es

muy habladora. ¿Qué saben de escuelas?

La anterior Maestra era viejecita y enferma, y ya no enseñaba más que á coser y la doctrina; por eso notan el cambio.

No haga usted caso. El amor á la rutina. Aquí estoy yo para todo. Hablaré al Ayuntamiento para ver eso del local, y siga, siga adelante.

Es usted joven y cumple su deber con entusiasmo.

Yo conozco á las personas, soy viejo, he sido Alcalde varias veces y tengo bien estudiado el pueblo. No se ofenda usted por nada. Perdone al vulgo ignorante. Después de todo, es una gente la de aquí que habla mucho, pero á la buena de Dios la mayoría. Son buenazos y respetan si se les llega á imponer siempre la buena doctrina por el camino recto.

Yo le contaría muchas cosas del primer año que fuí Alcalde, y hoy, por donde paso, ven á un semidiós; á las diez de la noche, tabernas cerradas, todos á dormir como santos; *rondar*, con permiso; y reñir, cuidadito con eso. Críticas nunca faltan.

—Sí, sí; pero á las maestras parece tienen derecho todos á criticarnos.

—Nada importan las críticas infunda-

das, porque no hallan eco más que entre la mucha ignorancia ó la mala intención.

—Yo, teniendo á las autoridades de mi parte, trabajaré gustosa.

Con niñas en la escuela, enseñaré los deberes también á los padres. Ya servirán las hijas de mensajeras y mediadoras. Todo lo reflejan. En la escuela lo de casa, en casa lo de la escuela.

Después de veinte años. Vive todavía D.^a Esperanza, desde hace veinte años, en aquel pueblo ejerciendo su cargo, el que empezó tratando, como se ve, con gran cuidado á las autoridades y familias interesadas por la educación y exponiéndoles hábilmente las necesidades que siente para sus fines.

Constante en sus empeños, consiguió ser trasladada á una gran casa-escuela.

Hasta dominar las costumbres y las familias, saludaba igualmente á todos sin intimar con nadie.

Siempre amable, formal y tranquila, seguía su camino, imponiendo su naturalidad y rectitud á los sencillos, curiosos y criticones aldeanos.

Por eso triunfó.

Todo cambiaba poco á poco; todos le iban agradeciendo el adelanto de sus hijas.

Hoy, casada con un hijo de allí, es propietaria.

Su marido, discreto, bonachón y laborioso, es comerciante y ambos muy queridos y respetados.

Las madres de hoy ven en ella un modelo; fueron sus primeras discípulas y la veneran.

Á las hijas de éstas las llama nietas, aunque todavía la abuela espiritual no llega á los cincuenta años.

Cómo enseña. Dificilmente se puede explicar su método de enseñanza.

Cuando un maestro ha nacido para llenar su sagrada misión, tiene cosas tan suyas, tan características, que en ellas se funda la verdadera habilidad y el resultado de sus procedimientos, el arte en fin, que lo forma ese conjunto de indefinibles detalles que su talento educador le proporciona.

En cada niña hace un estudio de carácter y aptitudes.

El sistema que sigue es mixto; pero al lado de los preceptos pedagógicos regla-

mentarios, hace girar una porción de costumbres introducidas por ella en aquel país, muy útiles á la educación y á la verdadera enseñanza.

Dice que todo es pedagogía y asegura que lo es, porque su saber lo aplica y relaciona discretamente á sus fines educativos.

Durante la Cuaresma, los viernes por la tarde, sale paseando á una ermita próxima con las niñas. Éstas cantan el *Vía Crucis* y rezan las Estaciones. Al terminar pasean un poco por las praderas vecinas.

En la primavera y otoño, algunos viernes también, dedica dos horas á estas excursiones y salen y entran en el pueblo entonando cánticos escolares muy lindos, que causan en los padres grata impresión. Al pasar por la ermita rezan siempre. Por el campo menos peligroso corren y saltan todas, bajo la dirección de la Maestra, que luego, haciéndoles descansar, les habla un rato de la Naturaleza, de la composición del aire, de la eficacia del calor del sol, de la fecundidad de la tierra, de las plantas, etc.; y algún día, haciéndose la distraída, sin tomar parte en los juegos, les deja que corran y salten á su antojo, mientras ella, sentada no muy lejos, lee algún

periódico de enseñanza ó libro de educación femenina, para mejor auxiliarse en la perfección del cumplimiento del deber, que es la tendencia constante de sus facultades.

Las niñas de aquella escuela lloran cuando sus padres las obligan, por enfermedad ú ocupaciones, á faltar á clase. Con tal amor asisten.

Los exámenes son para D.^a Esperanza continuos triunfos, aunque dice, con razón, que es cuando menos puede juzgarse á las niñas; pero influye en el ánimo de ellas de un modo tan extraordinario, que les hace demostrar, en tan solemnes actos, prodigios de su aplicación y relativo lucimiento por consecuencia del trabajo y del esmero.

Lo singular de aquella escuela, es que los sábados asisten muchas niñas mayores, que no pueden hacerlo tan puntualmente á diario, y D.^a Esperanza dedica dos horas á suplir el abandono de las familias, dirigiendo su perspicacia y vocación en estas dos horas hacia las veinte ó treinta mayorcitas, que no faltan este día.

Los sábados especiales, llamados por ella de *lectura y conversación para las mayores*, no asisten las pequeñitas, porque las madres

ya saben son más indispensables las mayores. Con éstas habla y lee las dos horas últimas de clase en libros seleccionados á sus fines, que se prestan para sembrar en ellas buenas máximas, semillas que más tarde han de fructificar.

Y explica aquel día, repetimos, descendiendo de la gran autoridad y rigor empleado para tomar las lecciones ordinariamente.

Lee, ante todas, trozos de algún libro nuevo con mayor detenimiento que á diario, comenta la lectura y termina su tarea con éstas ó parecidas frases:

« Sois niñas; pero como llegaréis pronto á mujeres, debo encaminaros con estudios y ejemplos, que nunca habéis de olvidar.

Nada recomendables son hoy para vosotras las lecturas, si no las selecciono yo, y con mis palabras y máximas las pongo á vuestro alcance insensiblemente y en dosis que pueda asimilar vuestra inteligencia, que empieza á desarrollarse. Amontonar sin tino ideas en vuestros delicados entendimientos sería exponeros, por querer mejor cosecha, á que se rompiesen las ramitas de los árboles de vuestros entendimientos, y á que el fruto no fuera tan sabroso.

Sedme dóciles y aplicadas, les advirtió solemnemente un día, que este libro manuscrito, que la autora me ha remitido en consulta, antes de publicarlo, nos va á servir de motivo para las conversaciones semanales sucesivas, y en él encontraréis, cuando salgáis de esta escuela, vuestro jardín de recreo y provecho, y os iluminará el medio ambiente en que viváis, haciéndoos más fecundas las enseñanzas que os doy, y las que él encierra. Yo aconsejé á la señora que tuvo la bondad de remitirme estas cuartillas, que las mande á la imprenta, cuanto antes, para regalaros ejemplares á las que los merezcáis por aplicadas y buenas.

En esta obrita, *El jardín de las mujeres*, vosotras sois las plantas silvestres, yo la jardinera.

Si bien ahora no sois más que un vivero algo confuso, luego seréis trasplantadas á vuestras casas, y unas, humildes violetas, aromatizaréis los hogares; margaritas y pensamientos, otras, los adornaréis; muchas, claveles y alelíos, luciréis en los salones; las unas, rosas blancas, rojas, de teó purpurinas, esparciréis perfume delicado en todas partes; algunas, blanquísimas azucenas, magnolias y jazmines, adorna-

réis el templo; nardos y azahares, flores del romero y del tomillo, del jardín, del campo ó del monte, todas seréis delicadas y sencillas, alegraréis el vivir y haréis mucho bien á la humanidad, si cuidáis la salud de vuestra alma y de vuestro cuerpo.

Marcháis ahora revoloteando regocijadas cual pajarillos que, con dulces armonías, recrean las praderas y vergeles; pero como habrán de asaltaros en la vida innumerables azares, quiero que crezcáis valerosas y resistentes, y que os mantengáis firmes para las sacudidas de los vendavales, y si éstos os doblegan y arrastran alguna vez hasta tocar la cenagosa tierra, que los gusanos nunca os marchiten.

Tratemos de evitarlo.»

La Maestra, al llegar á este punto, las vió sumisas y asomar á sus ojos las lágrimas, y entonces modificó sus explicaciones para no gastar la sensibilidad que iba formando y atesorando en los corazones infantiles.

«¿Cómo os mostraría la senda que os hiciera más felices? Creo que os la señalo. Creo que os amo como á hijas del alma y por vosotras padezco.

¿Entendéis que con mis reflexiones tra-

to de mortificaros? No, hijas mías, no.

Educo vuestro carácter para que algún día lleguéis á ser dueñas de él.

Encamino vuestra voluntad para que, fuertes siempre, sólo ceda al impulso del bien.

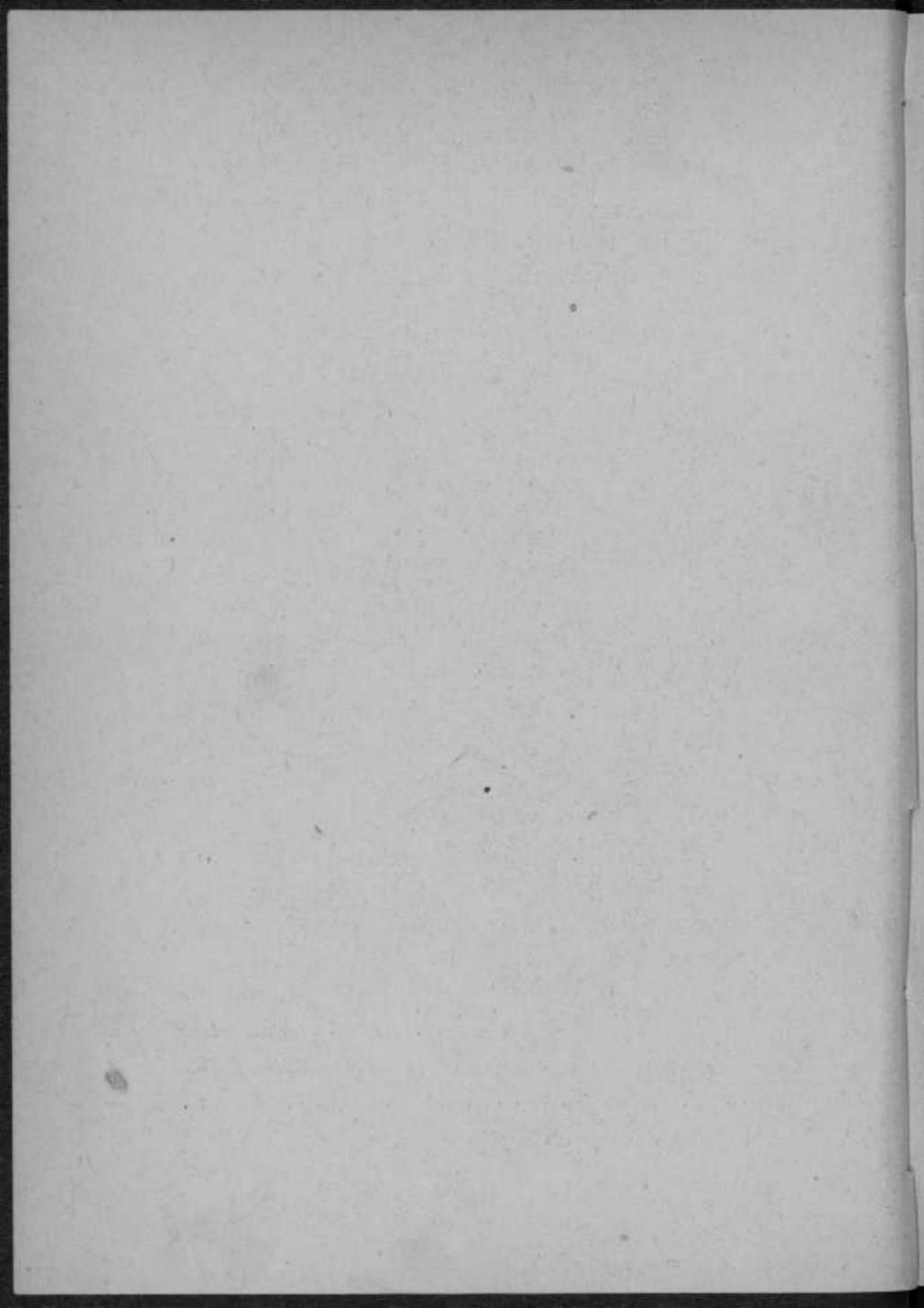
Desarrollo vuestras facultades, selecciono mis ejemplos y consejos para que sean eficaces y buenos.

Si en las luchas de la vida no tenéis resistencia, acordaos de que vuestra maestra se esforzó siempre por haceros firmes y valerosas.

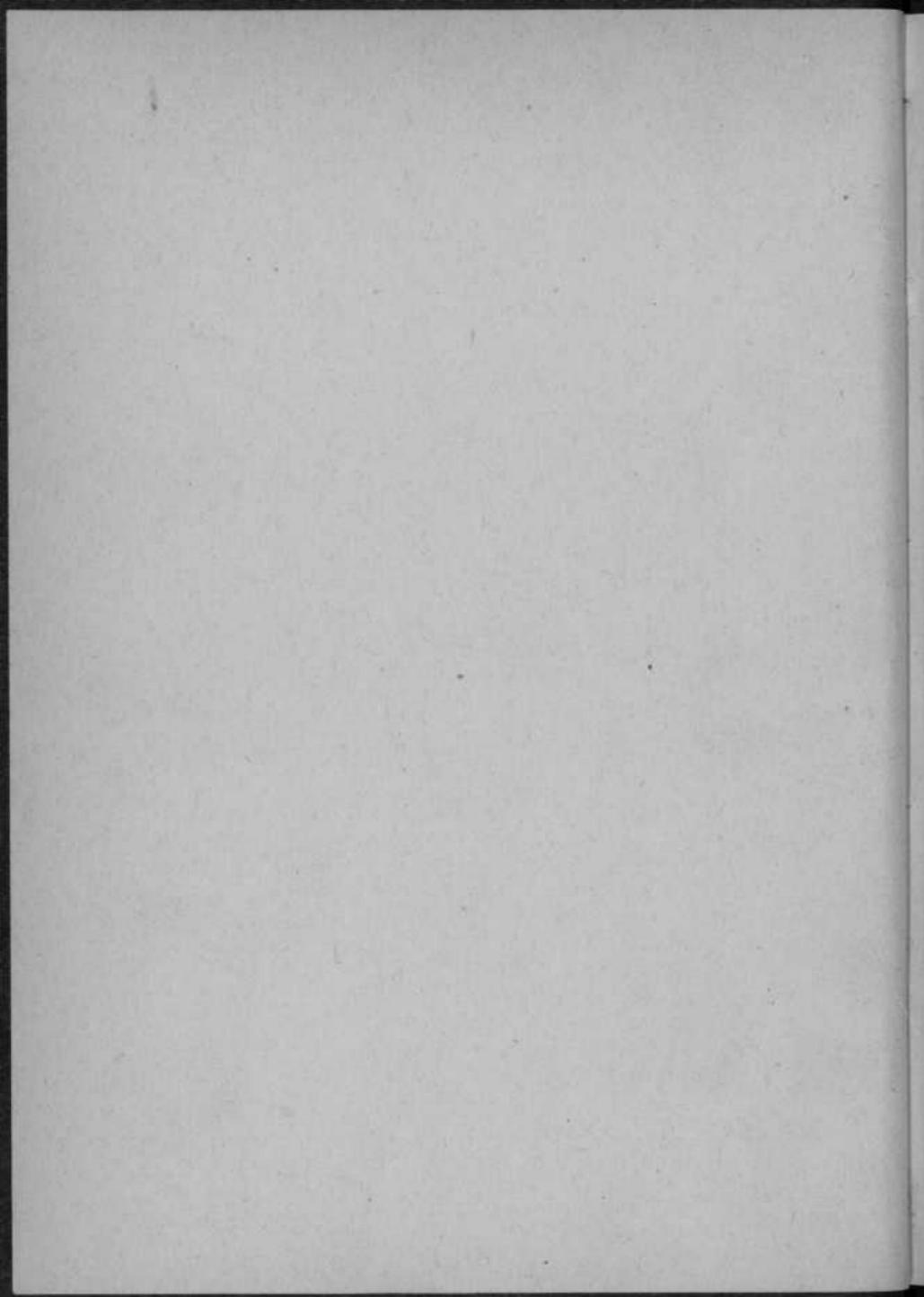
Si olvidáis mis palabras, recordad este libro, que os regalaré cuando esté impreso, y en el correr del tiempo acudid siempre á sus páginas como recurso supremo.

Si mi ayuda y la de vuestros padres no basta, si os sentís turbadas y confusas... sentaos, y reposado el cuerpo, leed esta obrita otra vez, porque entonces ya todas la comprenderéis; repasadla despacio, que sus páginas os consolarán, dando alientos y serenidad á vuestro espíritu.»

Así terminaba. Y las niñas, mirándola fijamente, parecían darle las gracias más expresivas, demostrando anhelosas el deseo de que cuanto antes les diese á leer *El Libro nuevo*.



CAPÍTULO II





X
delicade-
za na-
tural.

V e d
un tipo
de al-

deana sencilla. Su traje típico aragonés serrano: falda redonda, jubón negro, adornado con terciopelo en las bocamangas, y cubierto el cuerpo con pañuelo de merino, cuyas puntas se anudan diariamente en la cintura para que no molesten en las tareas á la mujer hacendosa, y quedan sueltas cubriendo la delantera, para ir á misa, de paseo ó de visitas, en señal de gala.

Esta aldeana habita en Villalejos.

Su aspecto es humilde, hasta indiferente.

Su alma es agradable, superior, hasta heroica.

Es una violeta silvestre, nacida entre espinas y abrojos al pie del peñasco.

Algún singular perfume exhala esta mujer modesta y pobre, cuando insensiblemente se detienen las gentes ante ella, y ella saluda con cariño á todos, si alguna ocupación la obliga á cruzar el pueblo.

Tiene don de gentes.

Se puede afirmar que no es como la generalidad de las mujeres de aquel lugar. Las supera á todas.

Un observador repara que no es de aquellas chismosas y noticieras que se ocupan en críticas y figoneo. Podéis apreciarlo por sus palabras si escucháis, y sus acciones si las analizáis en su fondo.

Cumple con sus deberes y nunca busca aventuras ni ruidos. Está cansada de luchar y sufrir; ha sido muy pobre y su marido, es algo raro de carácter por dolencia física, sin él darse cuenta exacta; y ella necesariamente ha tenido que tomar parte activa en sus negocios, aunque de una manera hábil, por no disgustar á su esposo, todo lo que le hace intervenir más difícilmente que las otras mujeres del pueblo

en los asuntos de la casa. Merced á su talento y al mucho bien que hace á todos es, según queda dicho, querida y respetada y ha conseguido poseer lo suficiente para vivir y que la crean rica.

Alma delicada por naturaleza, le molesta lo que no es armonioso, como si estuviese educada en el ambiente de la música, la poesía y el arte. ¡Qué raro! Sólo asistió á una humilde escuela. En su pueblo vivió siempre... aunque visitó Zaragoza y Madrid, ya casada, y alguna capital más, donde pudo percibir la vida en grande.

Aconseja constantemente en sus conversaciones la prudencia, el decoro y el cariño.

Compadece á los enfermos, á los tristes y hasta los viciosos; á los niños que no tienen padres buenos; ¡qué desgracia! á los que no asisten á las escuelas para aprender la obediencia y empezar á saber lo mucho que necesitamos; porque dice: ¡Cuánto desdichado! ¿Qué será de ellos en el mundo?

Vive en contacto con las gentes porque su comercio-bazar de pueblo le obliga al frecuente trato, femenino sobre todo.

Los niños acuden á su puerta como las

abejas donde hay flores, y la llaman con cariño, deslizándose pasito á paso arrimaditos á las paredes, y no falta quien le cuenta quedito sus penas, y le diga en secreto que su madre no le da una *perrica* para comprar un juguete. Ella les acaricia y regala una estampa ó chuchería.

Nadie se marcha de su casa sin un consuelo ó consejo cuando alguien le cuenta desdichas ajenas.

Todo sin alarde, todo sentido, todo con excelente fin. ¡Qué buena y qué hacendosa! No sabemos cómo tiene tiempo para tanto. Ayuda á su marido sustituyéndole en su comercio, pues las gentes quieren entenderse con ella.

¡Es tan amable, tan cariñosa y de tanta bondad!...

Cría á sus hijos, y aprende sus lecciones de memoria al enseñárselas muchos días. Asesora con gran paciencia á su esposo; tiene su casa limpia y lucida como un espejo, y, en suma, en toda ocasión, aunque lllore á solas, sonrío ante los demás. Esto y sentir toda pérdida, todo dolor, todo desorden ó desequilibrio del prójimo, es la nota distintiva de su carácter.

¡Qué infeliz! la llaman unos cuando llora

por una desdicha extraña: por un pájaro que ha muerto, por un nido en manos de zagal cruel, por una rosa cortada del rosal y en seguida marchita.

.....

Sus virtudes penetran en el corazón de los buenos y especialmente de los que la tratan, disfrutando sus beneficios, sus nobles acciones.

Pero la mayoría de las gentes ignora sus delicadezas naturales. No saben comprenderlas. ¡El vulgo, el vulgo no es la opinión; no penetra dentro de las almas!

Ella, la honrada aldeana, es la mujer del evangelio: es como flor pura y delicada de la alta cima, silvestre madre selva, que esparce su aroma en derredor, embalsamando el ambiente, y de la cual, por estar entre abrojos, pocos conocen sus raras prendas de perfección encantadora y castiza. Un observador encontró la esencia de su perfume y el más puro aroma de la verdadera, la auténtica *modestia*, tan desnaturalizada con las falsificaciones, y queriendo indagar, y apartando las malezas y las espinas que la rodeaban, descubrió las hojas de la planta, y luego exclama: ¡Oh flor

estimada! ¿qué importa que te ocultes si trasciendes?

Tu modestia es doblemente encantadora.

Pensemos. Ya lo veis, también entre las mujeres más humildes se encuentra alguna que, nacida y criada en la obscura y apartada aldea, crece sencilla, delicada, elegante y bondadosa, y aunque procura vivir oculta é ignorada para el mundo también brilla.

Con su ejemplo y consejos siembra en el corazón de sus hijos y de cuantos la rodean buenas y grandes máximas elementales, que son, si no se olvidan, tesoros para lo futuro.

Aquellos hijos del pueblo y aun de humilde y honrado origen nacidos; aquellos que criados en el ejemplo de la madre que lucha por el triunfo de su familia y que sufre en silencio y allana contratiempos causados por la falta de recursos ó por la desigualdad de caracteres con las personas con quien se vive en relación, en trato necesario por los vínculos de la sangre ó los del interés; aquellos hijos de estas madres, que más tarde se alejan de

ellas, ora para ir al ejército, ora para aprender oficios ó carreras, no olvidan nunca el rincón amado donde vivieron su infancia, y en el cual aprendieron lo que parece nada y es mucho, lo más importante: la bondad, la humildad y el trabajo.

Si el talento, la actividad y la fortuna los hace grandes y triunfan en las luchas de la vida, siempre recuerdan el hogar amado, y nunca ocultan su origen humilde, que les sirve de galardón.

Elevarse desde el más pobre hogar hasta un palacio en la clase social, y hacerlo con honradez y modestia, representa un temple de espíritu tan elevado, que en el hombre es el mayor talento y en la mujer el perfume suave y atrayente que la hace siempre encantadora, porque lo exhala su propio mérito; flor singular que brota en el corazón y que para no marchitarse necesita el cultivo constante de la abnegación y las energías del talento inspiradas por una madre como la que se acaba de retratar.

Si es mujer, ¡ah! si es mujer la que naciendo de aquella madre de pueblo, de aquellos padres que para darle educación han de obtener las protecciones de gen-

tes que se complacen en prestarla, educación que no tiene por fin solamente llenar los deberes de un hogar de pueblo, sino de una capital, que no es lo mismo, ó de ganarse el sustento, ó ser esposa de un rico ó de un sabio... entonces estas cualidades la elevan muy alto y hacen de ella un ideal de perfección.

Si por ventura aquella niña, aquella flor naciente ha de ser alejada del hogar paterno... ¿cómo podrá librarse de los muchos azares que han de rodearla?

Necesariamente tendrá que ser heroica para caminar airosa y llegar erguida al triunfo en la juventud y en el trabajo, y el cimiento de estas virtudes es la educación de la madre.

Al separarse de su madre lleva la inspiración de sus virtudes, pero todavía su personalidad no está formada; precisamente saberla formar, es lo más difícil de cuanto imaginarse puede en la educación de la mujer.

Las semillas y los cultivadores.

¿Habremos de confiar al acaso tal empresa? ¿Hemos de dejar que el huracán lleve de un lado para otro la flor preciada hasta que

la marchite el tiempo, cuando no el mundo prematuramente? ¡Es una pena!

No siempre los padres se preocupan de la suerte de sus hijas ni tampoco todos tienen talento para hacerlo. Concretan y cifran toda su felicidad, los ricos con procurarles una dote, en llevarlas á algunos colegios muy imperfectos que abundan, y casarlas como diciendo, ahí va eso; ¡marido! quehacer te mando, con sus ya viejos resabios, que si el amor disimula, no siempre destruye.

No es tal la misión solamente de los padres y esposos. Ha nacido la mujer para proporcionar á éstos mayores dichas en el mundo y para saborearlas también.

¿Y las pobres? ¡Nave á merced del viento!

Es verdad que triunfando entre la necesidad y las desdichas, es mucho más meritorio, es mucho más sacrificio, y mucho mayor el temple que proporciona la virtud; pero ¿por qué razón se ha de exponer á la débil mujer á tantos riesgos?

Se habla de la libertad de las mujeres, y los hombres parece que se asustan de ella.

¿Para qué la libertad en la mujer? preguntamos.

Para el mal nunca debe tenerla, y para

el bien siempre, pero impuesta por su propia discreción, que, á su tiempo, debe cultivarse.

¿Por qué os asustáis, caballeros, si tenéis á las mujeres buenas, no generalmente en libertad, sino en opresión unos y en abandono otros, que es mucho más motivo para que no fuesen buenas? Colocadas en tal situación, contemplando el predominio de los vicios y los halagos de la coquetería, ¿no comprendéis que las buenas viven resignadas, las medianas vacilan, y las demás, ante el peligro, perecen?

Entiendan todos que falta proteger más la virtud y el trabajo de la mujer y pensar seriamente y madurar tales problemas, puesto que de ellos depende la suerte de las familias, en la pequeña y grande sociedad.

Para el mal la mujer que no tiene libertad se la sabe buscar, aunque esté encerrada. Esto se ve diariamente.

Lo difícil es capacitarla para saber tener personalidad, ó sea dirigir sus actos bien, por su propia voluntad ó predominio de la acertada reflexión. Que aun lejos de su madre, ó lejos de su marido, sepa conducirse, en los difíciles momentos de la vida, con

seriedad y acierto, obedeciendo al impulso de su recto corazón y buen criterio para resolver por sí sola ó distinguir los buenos y malos consejos de quien la rodee ó la incline; la conciencia, la propia conciencia, es la mejor guía.

¿Cómo encaminar á la mujer á tales fines, para que lo que hoy aparecen tropiezos en el camino de su vida sean mañana cosas corrientes y sencillas, obstáculos insignificantes, acaso motivos de galardón y triunfo en vez de caída?

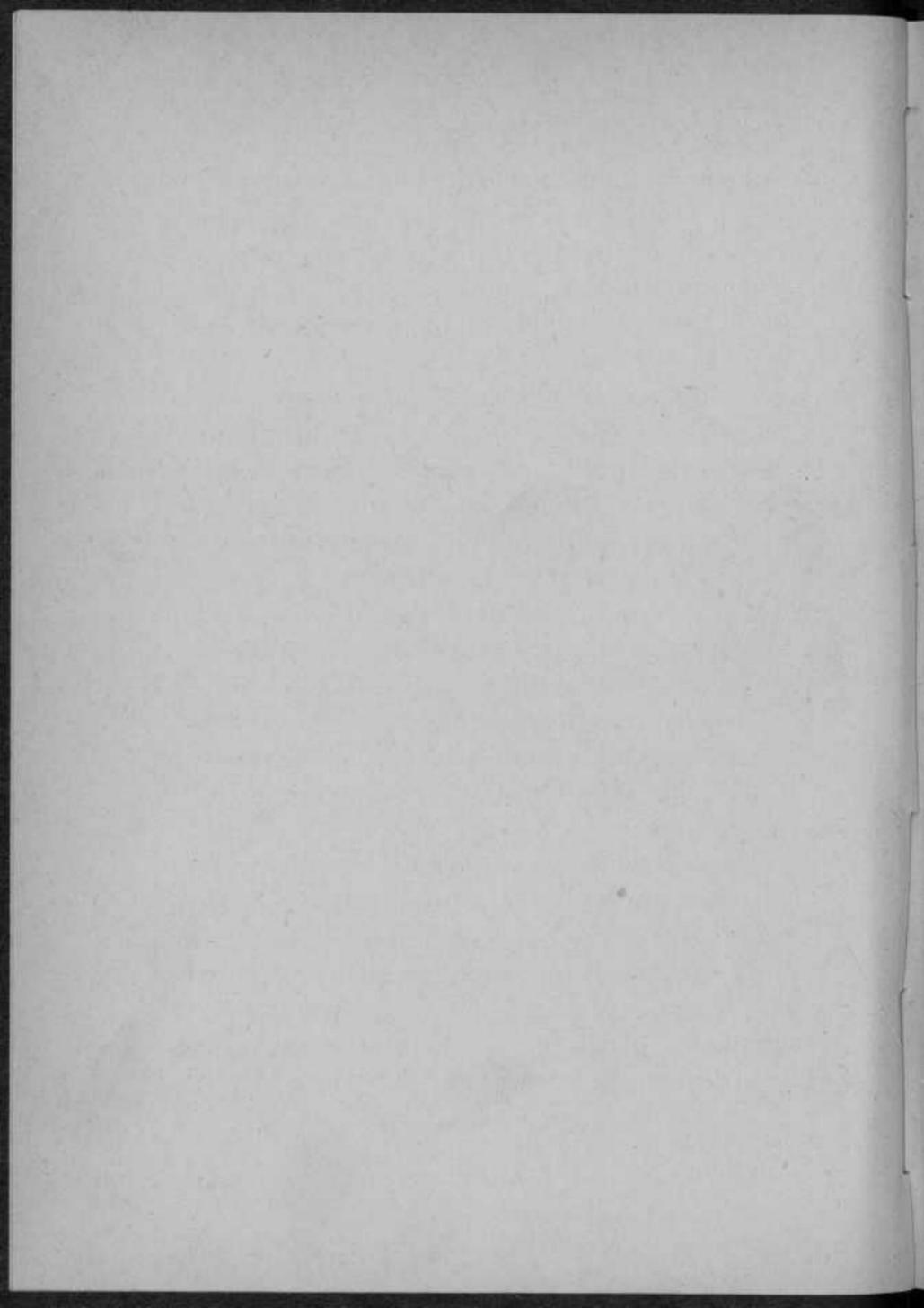
Todo requiere su tiempo y su cultivo.

¿Habremos atinado con los secretos?

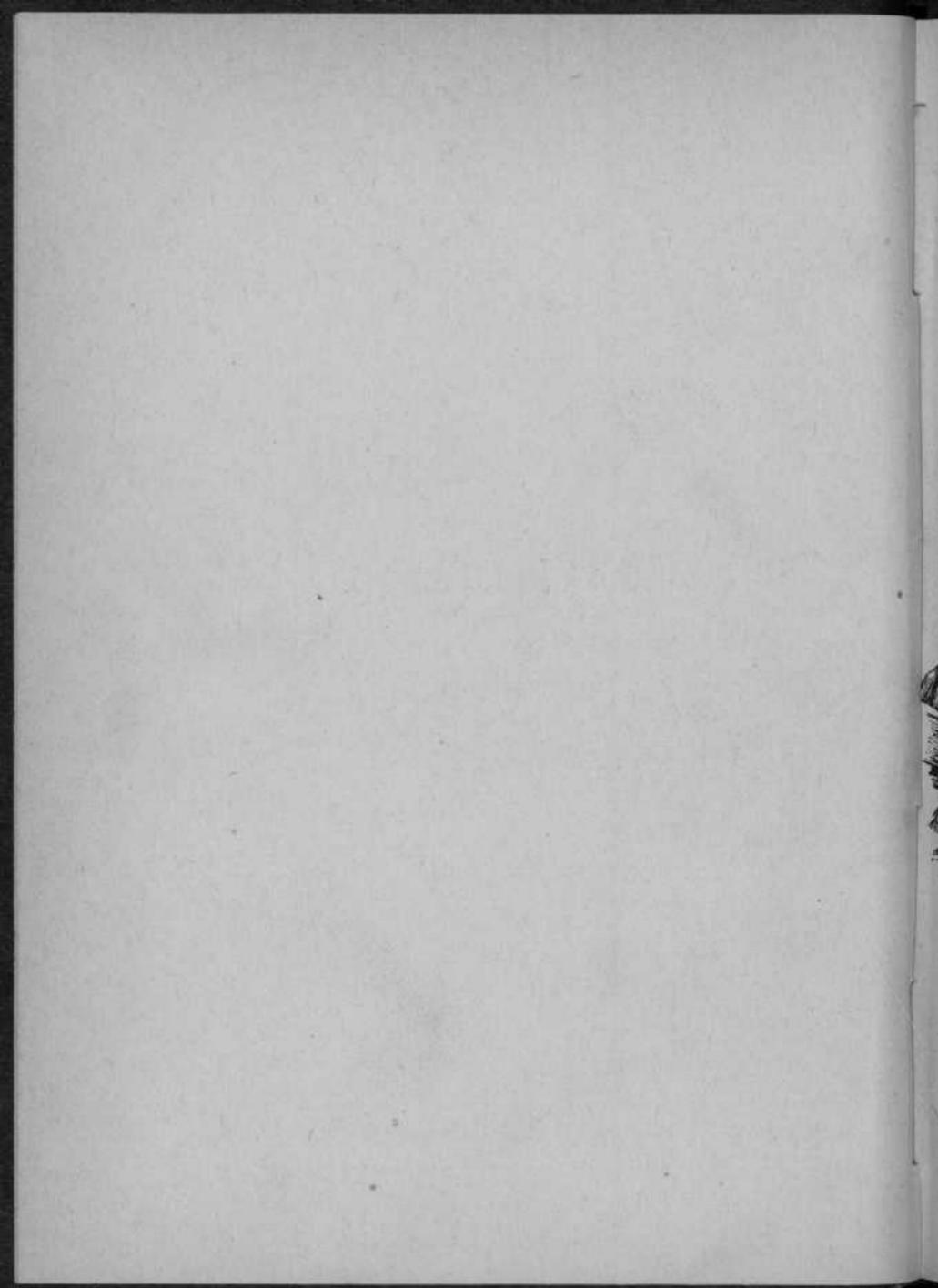
Tenemos el jardín y las plantas.

Esperad que los jardineros y jardineras trabajen, poniendo en práctica los elementos de que disponen para la educación femenina.

De la bondad de las semillas y del entusiasmo de los cultivadores, no hay que dudar; esperemos la ayuda del Cielo, y no muy tarde habremos de ver las flores, que el mundo apreciará por su hermosura, bondad y perfume, nacidas en *El jardín de las Mujeres*.



CAPI TULO III





Joven cu-
riosa.

¿Has oído hablar de Flores?—Así preguntaba una hermana mayor, la rica de la familia, la protectora, que estaba casada en la corte y educada en buenas escuelas, á otra hermana suya de menos edad, joven



agradable, la más pequeña de la casa, recién venida para educarse en Madrid, del pueblo al que pertenecían y en el que habitaban todavía sus padres.—¿No has oído su historia?

—¿La de las flores?

—No. ¿Eres ya una mujercita y no has

leído nada de la que ha de ser nuestro modelo?

—Si no sé nada—contestó la joven.—En los pueblos no sabemos nada.

—No importa que vengas del pueblo para conocerla, eres mujer y esto basta. Yo te la daré á conocer.

Pronto las mujeres de tu edad, si no conocen completamente á Flores la aragonesa, como nosotras, en toda su historia, que tú ahora vas á copiar, sabrán que era una flor encantadora nacida en el Jardín de las Mujeres.

—En los pueblos no sabemos nada, repito. Recuerda, recuerda que allí no hay otra educación y enseñanza que lo que se aprende en la escuela y lo que entre la clase de la mañana y la tarde me enseñaba nuestra madre y lo que veía por allí.

—¡Ya es algo!

—Enséñame, hermana mía y única madre aquí. Cuéntame tú que sabes tanto. Relátame cuentos, oraciones, historias de todo, tú que has viajado, tú que has visto cosas, has estudiado y tienes quince años más que yo.

—¡Ya te entretendré, ya! pero no con cuentos. No eres tan niña que debas pasar el tiempo en bagatelas, ni has venido para

eso. Cuentos sabes tú para contarme á mí. Vienes á educarte bajo mi dirección; ya ves tú si habrá tiempo para hablar.

Eres demasiado inclinada á la fantasía por naturaleza, puesto que te gustan las novelitas, los cuentos y el teatro más que la Gramática. Realidades, realidades muy hermosas podré relatarte entre clases y clases; todo servirá de enseñanza y todo lo copiarás para tu gobierno en lo porvenir.

La vida es constante lección, y tú ya debes fijarte en ella. Aprende en lo que veas, aprende en lo que te suceda, aprende en los libros, aprende en lo que hagas, aprende en todo; porque antes de llevarte al Centro de Enseñanza en donde podrás completar mis lecciones y en donde encontrarás en sus planes vasto campo para tus aficiones, aptitudes ó necesidades, ya sea en las artes ó industrias, ya en las ciencias, ó en las letras ó en cuanto puede interesar á una mujer que pretende ser útil á sí misma y á los demás, quiero, para que no te entristezcas y aburras en la corte, quiero empezar por dedicarte ratos de conversación y contarte muchas cosas que conviene sepas á tiempo, y cuando estemos en ellos, en esos párrafos que todos tendrán

relación con la vida de Flores, debes fijarte mucho.

¿Quieres que te hable de pueblos? Empezaré por el de...

—Á tu lado estaré contenta; pero dime ¿quién era Flores?

—Es muy largo, ten calma y lo sabrás si eres aplicada y buena. Contén la curiosidad, que es mala compañera, y aguarda para saberlo todo.

**El pueblo
del frío.**

Ya sabes que sierras son...

—Sé muy bien la Geografía astronómica...

—¡Todas nos figuramos que sabemos mucho! ¿Cómo? ¿Astronómica? ¿Á la Astronomía pertenecen las montañas? ¡Qué repaso necesitas! Ya aclararemos eso cuando te tome las lecciones sobre lo que has aprendido en la escuela primaria.

En Aragón, en un rinconcito muy antiguo, elevado y escondido, próximo á la sierra de Albarracín, entre picachos muy altos, entre montañas y lomas, entre manantiales y cristalinos ríos, entre peñascos inmensos y piedrecitas sin fin, hay un pueblo de unos seiscientos vecinos, que se llama Villalejos.

Destácase, al contemplarlo, su iglesia de dos torres, construída, hace muy poco, por los mismos habitantes, los cuales contribuyeron religiosamente, unos con su dinero, otros con el sudor de su frente, día por día.

El origen de ese pueblo es una fortaleza de defensa situada sobre una peña, desde la cual se domina un río afluente del Guadalope, á setenta ú ochenta metros sobre él.

Un poeta le llamó nido de águilas.

Las casas, unas de *tapia*, tierra apisonada, y las mejores de cal, arena y piedras, lucidas y blanqueadas exterior é interiormente, la mayoría son de construcción sencilla, pero sólida.

Así había de ser, en armonía con el instinto y la inteligente práctica de sus habitantes, porque mirando el aislamiento en que se encuentra aquel pueblo de toda comunicación, parece imposible penetre en él artista alguno, como no lo paguen muy bien, lo hospeden en casa particular (por no haber fonda), y si no sabe montar á caballo por caminos muy escabrosos, tendrá que *llegar en globo*.

En una palabra, son en extremo difíciles

sus comunicaciones; porque su principal camino, construido al parecer por los romanos, y destruido por las lluvias, nieves y tempestades, arrastrando cantos y pedruscos de las elevadas cumbres, se ha hecho extremadamente difícil de recorrer, como las sendas que lo cruzan.

La civilización piensa sorprender pronto á los vecinos de Villalejos y saludarles con su ruido de ferrocarriles y automóviles.

Mirando á vista de pájaro aquel pueblo, es semejante á los nacimientos de Nochebuena, pero sin reyes ni camellos por los caminos.

Por ellos y por las sendas que lo cruzan en seis ú ocho horas *á la redonda*, no se ve transitar, sobre todo en invierno, más que á pastores con sus carneros y cabritas, aldeanos humildes haciendo de Sanchos en sus borricos y algún Quijote que otro en caballo, que suele ser el médico yendo á los pueblos vecinos ó casas de campo en donde reclaman sus auxilios.

Tenían que ser y son, por lo tanto, como queda dicho, sólidas las casas, porque el invierno es allí muy largo y las nevadas se suceden, siendo algunas tan

grandes que las miden por palmos y varas.

Los vecinos tienen en estos casos que subir á los tejados y tirar la nieve á la calle por temor á que se hundan.

Entonces se forman montones en las calles, tan grandes que llegan á los primeros pisos, dando lugar á que la gente joven se comunique de una casa á otra por los balcones y los vecinos, entre bromas y veras, tienen que hacer túneles para entenderse por las puertas.

Se ven en la precisión de mantener á los ganados en los establos, llevando los pastores arbustos, yerbas y hortalizas de que ya disponen al efecto.

La caza perece en abundancia y los pajarillos tienen como único recurso, en caso de *suelo blanco* mucho tiempo, el de atisbar, al salir de sus agujeros, algún granero, desván ó *solanar* que, por la vejez de sus puertas ó ventanas ó por estar abierto, haya fácil entrada y mejor huída al menor aviso del *pájaro vigilante*.

Hiela tan fuertemente durante el día que á los cuatro grados bajo cero llaman los naturales de allí *heladica*, por pequeña.

De los tejados penden hileras de cristalinias *candelas* de hielo, como allí dicen,

que surgen en los aleros de los tejados por los choques del sol, la nieve y el frío.

Los hombres las desprenden rompiéndolas con palos desde las ventanas para que no caigan sobre alguien.

En fin, pueblo de mucho frío, mucha nieve, muchos hielos, pero de muy buena gente, muy sencilla, muy resignada y muy feliz; cosas que les dan gran salud y alegría, con poco dinero.

—¿Se parece al nuestro, verdad? —dijo la hermana pequeña.

—Algo, pero no del todo. Se llamaba Villalejos, es villa y efectivamente está lejos, pues ya lo he dicho. No preguntes más que hoy no alcanza el tiempo.

Mañana continuaremos.

El premio á tu comportamiento y aplicación será satisfacer tus femeniles curiosidades

—Pero lo que me has contado, ¿es cuento ó es historia?

—¡Qué curiosa! Todo quieres saberlo en un día.

De todo tiene ó tendrá si llegamos al fin. Calma, joven impaciente. Estudia la lección de mañana, repasa lo sabido, y una tarde de las que vayamos á pasear hacia el

campo, allí sentadas y tranquilas continuaré hablándote de la vida en Villalejos, para que la escribas, algo te contaré de sus costumbres en invierno, en primavera y verano, pues no creas que siempre está nevado, y si te impacientas por conocer á Flores, te la presentaré ese día, y tomarás de ella los apuntes necesarios.

Adelante, y cada paseo, velada ó conversación de descanso será un capítulo ó un párrafo, según venga el tiempo.

Hablan - Las dos hermanas, elegantemente vestidas, la mayor con
do en el aire de corte y la pequeña
campo. provincianos todavía, cruzando en tranvía por plazas y paseos, llegaron á las afueras de la población. Lo que se llama al campo.

Una vez allí, antes de continuar la historia comenzada, hizo la mayor las advertencias siguientes:

—Debes peinarte con más esmero y vestirti también. Ya sé que eres limpia, pero no basta.

Las mujeres, sean jóvenes ó viejas, casadas ó solteras, han de ser muy limpias, y esto no consiste sólo en lavarse.

Es preciso que vayan bien peinadas y que sus vestidos, aunque sean de percal, los lleven bien puestos, sin corchetes desabrochados, sin descosidos ni manchas.

—¿Como esta señorita que pasea del traje gris, que tiene tan poquita cintura?

—No te entusiasme ese detalle. Precisamente la exageración que me has hecho notar revela gran ignorancia. Á mí me gustan las mujeres que llevan corsé bien hecho y bien puesto, pero no apretado.

El corsé debe servir de abrigo y de sostén. No ser el opresor y deformador; por eso á las delgadas que todavía se aprietan el corsé las llamo ignorantes sin poderlo remediar, pues denotan el desconocimiento completo de la higiene y del arte, y resultan una figura ridícula en vez de artística.

—¿Pues no dicen que agradan más así?

—Ríete de eso; no has de guiarte nunca por el parecer de los necios. Para éstos, tales tipos.

—Hay de todo en el mundo.

—Lo que en este particular no es higiénico, no puede proporcionar salud, y por lo tanto, tampoco hermosura.

La vida en
aquel pue-
blo.

Pero hay que continuar la historia comenzada

En aquel pueblo, en Villalejos, todos los vecinos tienen grandes ó pequeñas propiedades, y ya trabajando sus fincas, ya las ajenas para ganar más, lo cierto es que todos viven vida propia. Á los rendimientos de la agricultura, si no son bastantes, añaden los que les proporciona la ganadería, especialmente lanar; la explotación de negocios tales como fabricación y venta de quesos, de aquellos quesos como los antiguos que elogia Cervantes, ó sea de Tronchón, pueblo vecino de Villalejos; la de embutidos, sillas de pino y esparto, alpargatería y zapatería, que aumentan sus ganancias, que si bien pequeñas para muchos, grandes para ellos que son industriosos.

Llevan á los pueblecitos vecinos y á las ferias los productos del mercado establecido entre sí.

Excepto tres ó cuatro que llaman casas buenas, todos se dicen pobres.

Nosotros los llamamos ricos y felices porque se conforman con lo suyo y trabajan, descansan los domingos y fiestas si pueden, hacen mil oficios diversos; pero

en provecho de sus propias fincas é industria, conociendo muy pocas enfermedades y viviendo hasta cerca de los cien años...

.....
Como en invierno, en el intermedio de una á otra nevada, apenas pueden salir de casa, en verano hacen como las hormigas: llenan muy bien sus despensas y graneros, preparan mucha leña para las cocinas ó estufas y engordan para las matanzas cerdos, ovejas, cabras y terneras, según la posición.

Los más pobres crían, como ellos dicen, siquiera un cerdito para arreglar las patatas y las judías, que son con el pan la comida ordinaria, y cuando llega el mal tiempo, su distracción y alegría son las matanzas ¡Pero qué matanzas! Aquello es una fiesta. ¡Cuánto disfrutan en ellas! No hay teatros comparables. Se prepara lo necesario días antes, se invita á los parientes y se come abundante y extraordinario; todos trabajando y comiendo, contentos, cantan y hacen chistes hasta tener á la víctima colgada al aire libre en lo más alto de la casa, transformada después en grandes trozos, menudencias y retazos.

¡Qué felices son! Algunos aldeanos de-

muestran en estos casos con sus chanzas ser más filósofos que Balmes y más refranistas y glotonos que el mismo Sancho Panza.

Allá en el *caballo* de la casa, en lo más elevado, el hielo se encarga de secar bien prontamente el embutido y las carnes.

Como en la corte se regala por Pascuas manjares exquisitos muy bien presentados, allí también, entre parientes y amigos, se reparten muestras diferentes cada uno, de su sabrosa matanza.

Y en esta época del año, en la crudeza del invierno, así como aquí se pasa la velada en reuniones de confianza ó etiqueta, en teatros ó casinos, allí hacen unas reuniones tradicionales llamadas *folgas*.

—¿Qué son *folgas*, hermana mía?

—No resultan explicadas: es mejor verlas, pero te diré. Son unas veladas caseras para celebrar las matanzas, en las cuales se reunen parientes y amigos muy íntimos. En ellas se concede gran preferencia á los niños y los ancianos de la casa.

Los primeros y los jóvenes bailan y cantan, al son de guitarras, hierros y pande-retas, jotas al estilo del país. Entonan villancicos y respetuosos é inocentes estribi-

llos con la mayor naturalidad y regocijo.

Los *abuelicos* ríen las gracias también y comentan el *garbo* de sus nietos y el buen humor.

Se interrumpe la fiesta mientras los músicos familiares y los demás beben y comen frutas secas y algún pastel ó conserva preparado por las mujeres jóvenes de la casa y termina la función con armonía y satisfacciones arreglando alguna boda y despidiéndose hasta el año que viene, que se repite si hay buen humor en la familia.

Ya ves, Rosita de Zarza, que así te voy á llamar por lo natural y espontánea que eres, cuanto del pueblo te voy contando en esta primera parte. Otro día será más.

**Cuna hu-
milde.**

Por esta época en este pueblo, y pasadas folgas y villancicos, el día de la Adoración de los Santos Reyes Magos nació Flores.

Ya la tienes aquí, joven curiosa. ¿Seguirás sus pasos?

¿Tendrás paciencia y reflexión para fijarte en lo que parecen pequeñeces?

Si no escuchas atenta y te fijas, no la conocerás.

¿Crearás que esta niña era hija de casa rica?

No señora.

¿Que su bautizo fué suntuoso?

No, por cierto. Todo era sencillo, todo era humilde. Sus abuelos fueron humildes, sus padres también, pero todos virtuosísimos. Su ropita de cristianar sencilla y bien hecha, al uso del país, cosida primorosamente por su madre, por la aldeana Teresa, á quien ya conoces y de quien ya te hablé con interés varias veces.

En cambio de tal humildad, el día de su nacimiento fué grande y glorioso.

Era, como he dicho, el día de los Reyes Magos, el día de los juguetes para los niños, el día de los recuerdos infantiles, el día por el cual la familia, y sobre todos la abuelita materna que aún vivía, anciana de muchos años, pero de clara inteligencia á pesar de su edad, estaba muy contenta, queriendo ver algo de revelación divina en aquel natalicio.

Deseaba se llamase la niña recién nacida uno de los nombres de los Reyes, pero la madrina, algún tanto caprichosa, dijo eran feos y le gustaba más el nombre de Flor, Luisa, Margarita, Rosa, hasta que anun-

ciado el bautismo por tres campanadas y presente la niña en la pila del agua bendita, al bautizarla les decidió el señor cura del pueblo por Florencia.

Á la salida de la iglesia y en la anchurosa plaza, como costumbre, se apiñaban los chiquillos alrededor del pequeño cortejo, formado por tres mujeres, una con la niña en brazos, otra con una jarra bonita, cuya boca cubría una toalla nueva doblada, y la tercera, de alguna edad, acompañando.

¡Bautizo! ¡Bautizo!, repetían los chiquillos, y aunque los padres y madrina no eran gente de fortuna, al llegar, pasada la plaza de la Iglesia y una calle, á la casa paterna, tiró la madrina por la ventana nueces, almendras y cacahuets, obsequio de pobres.

Dulces y otras cosas de más precio tiraban sólo los ricos.

Cesó el griterío de los chiquillos, y desaparecieron contentos con la boca, las manos y los bolsillos ocupados.

—Dios la haga buena cristiana—dijo la abuelita de los cabellos blancos y amable continente.—¿No se llama la niña Reyes?
—preguntó la anciana.

—No, señora, Florencia.

La familia, contenta, celebra el acontecimiento tomando chocolate y pastas.

Á media docena no llegaban los convidados.

¡Ya ves! Pero más humilde todavía nació Jesucristo.

Rindamos tributo á la humildad.

No te explico más hoy, Rosa querida. Á mí me llaman mis deberes del hogar, á ti tus lecciones de repaso.

Dediquemos el tiempo á todo, antes lo más urgente.

Además del arte de no perder el tiempo, es preciso poseer el de utilizarlo, para lo que debemos saber medirlo siempre.

El orden y la reflexión nos ayudarán en todas las ocasiones.

¡Qué lástima da interrumpir las cosas!

Así aprenderás á ser menos irreflexiva y tener más paciencia.

El buen ejemplo. No todo es invierno en Villalejos.

Pasadas las nieves, viene el buen tiempo y el verano, que dura un par de meses, con temperatura de primavera todo él; mas como las nevadas del invierno saturan de

humedad y frescura la tierra, más que el calor del sol, el frío siempre gana el pleito. Las mantas y abrigos podrán variarse, pero no se deben olvidar en todo el año.

Así lo decían algunas familias que de Madrid y otros puntos van en verano á visitar parientes ó respirar aire puro y fresco; pero los naturales, acostumbrados al curtir del hielo, dicen que hace *mucho calor* en el mes de Agosto.

Demuestra en fin, la temperatura el decir que en las puertas de las casas ó plazuelas resguardadas toman el sol las mujeres cosiendo los remiendos de sus ropas humildes, y pocas veces como no sea en verano riguroso, se ponen á la sombra.

Humildes y hacendosas mujeres, semejan á los caracoles, yendo con su silla baja (de pino y esparto fabricada allí) en una mano y su canastillo con labor en otra á buscar el sol en el *buen tiempo*,

Sentadas en grupos, no es extraño ver entre las que cosen y hacen media alguna más ancianita, con el pañuelo de la cabeza desatado y vueltas las puntas hacia arriba, cruzadas encima de la cabeza formando sombrero, hilar con gran aplicación *encerrolladas* de cáñamo ó copos de

fino estambre de sus corderitos á fin de hacer luego las medias labradas de dibujos muy variados, para estrenarlas con el calzón de pana el hombre de la casa, el aragonés serrano.

Es preciso ayudar á los que trabajan en su casa, que son todos, hombres, mujeres y niños. Las ancianas, no ven ya para coser esas telas tan finas que ahora venden en las tiendas.

—Coser esas telas, las cosen—repetía la más vieja—las hijas jóvenes, que también bordan, y las nietas que hacen encaje con un teje maneje de palicos con hilo, unas puntillicas y randas tan finas que no se atisban.

Ahora de todo hay, manifestaba la abuela aludida á sus compañeras.—Para hilar y tejer, fábricas; para coser y bordar, máquinas...

Venden miles de cosas en las tiendas...

Antes si querías botones blancos de camisa, indicaba, no vendían en el pueblo y te los tenían que hacer con hilo, la punta fina del huso y la aguja para festonearlos. ¡Y tan bien que salían!

—¿Te acuerdas lo que hicimos á tu novio en la camisa que tú le hilaste y yo le cosí?

Y las dos abuelas sonreían en aquel momento, al pensar en sus buenos tiempos de antaño.

—Las mujeres ahora no se entretienen en eso, ni aun en hacer medias. Hacen bien; todo lo venden hecho por poco precio. Para todo dicen que hay máquinas. Ya ves qué de prisa cosen.

—Ahora, ¡chica, chica!, las mujeres no sé qué hacen y siempre están corriendo... El caso es que para todo tienen prisa...

—¡Claro! Les gusta ir *majas*, los hombres ganan poco, ellas se echan modistas... y ya ves, para que corran los cuartos tienen que correr ellas también; no alcanza para todo, y si piden y no hay, los hombres, gritos y gritos. Bien va el mundo.

—Que corran, que corran en sus quehaceres las jóvenes; las abuelicas para hilar ó dormir los niños sólo servimos. ¡Pobrecicas criaturas! Ni aun las crían con calma.

¡Quién fuera tú, *Molinera*! (1.) Tú que tienes en tu casa quien te cuida y trata bien. Tu hija Teresa y tu nietecita la mayor vale un mundo...

(1) Apodo.

—Sí sí, tanto me cuidan—contestó la anciana satisfecha,—que en los inviernos, cuando no puedo andar, me quisiera morir para no dar tanto que hacer.

Cuando veo á mi hija Teresa tranquila y cariñosa, que me lleva y me trae al sol tan despacio que tardamos media hora para andar cuatro pasos, y ella á pesar de las prisas que tiene siempre, entre el quehacer que le da el marido, la tienda y los chicos y los que le llaman unos por aquí y otros por allá... yo me quisiera morir pronto (Dios me perdone) para no hacer tanto estorbo. Y me tengo que callar, porque si me oye esto Teresa, me regaña y me dice que yo soy primero que todo lo del mundo. Ya ves, un *trasto* de vieja que no me puedo tener.

—¡Qué buena hija tienes! ¡Qué suerte!—dijo la ancianita amiga de la *Molinera*.—Á mí la muerte de mi hija dejándonos á todos desamparados, al marido, á los chicos y á mí, nos ha aniquilado. Yo no veo para coser ni para nada; si trabajo mucho no me puedo mover de dolores.

¡Qué falta hacen las madres para los niños pequeños! ¡Qué falta me hace á mí mi hija! ¡Cuánto se nota en una casa la falta

de mujer joven, cuidadosa, trabajadora y buena como aquélla!...

Cómo alegran la vida en las casas las mujeres jóvenes, trabajadoras y buenas ¡no lo sabe nadie! ¡Sólo el que lo pasa!

La tertulia de las jóvenes era de otro estilo: versaba sobre las labores que darían á sus hijas para llevar á la escuela, sobre el vestido ó falda que tenían que terminar para la próxima fiesta, sobre la última amonestación de la Fulanica; pero todo en el sentido más inocente posible.

En las primeras horas de la tarde primaveral, en algunos portales se ven niñas solitarias sentadas muy peinaditas y aseadas con una bolsita llena de libros ó un canastillo al lado de ellos y la labor.

Muy formales repasan la lección, pues á la escuela es preciso llevarla sabida y sobre todo las preguntas que les encargan de memoria y la lectura, que es tan difícil, y allí, en la puerta, oyen muy bien el reloj de la torre del pueblo, para llegar en seguida á la escuela, pues la Maestra entra en la clase á la hora en punto, y ¡pobre de la que llegue tarde!

Qué vergüenza encontrar á todas allí

cosiendo, después de rezada la oración de entrada.

Hay que estar pendiente del reloj, de las labores y de las lecciones por fuerza.

Los corrillos y reuniones distraen las atenciones, y allí á solas, en el portal solitario, al sol, se encuentra tranquilidad para el estudio: ¡el deber naciente!

¡Oh deber que vives en la infancia... solitario, hermoso y severo, en el espíritu de un ángel!...

Las mujeres más desocupadas de las faenas se las ve en sus corrillos cosiendo; los hombres, en sus tareas del comercio ó del campo; van algunas durante el día á la fuente, al horno, al río, á las tiendas, y los gorriones van y vienen también, aprovechando el orden y el silencio, con sus pajitas, plumitas y demás materiales para fabricar sus nidos, á los agujeros de las deslucidas tapias ó de los aleros de los tejados en donde han instalado su aposento.

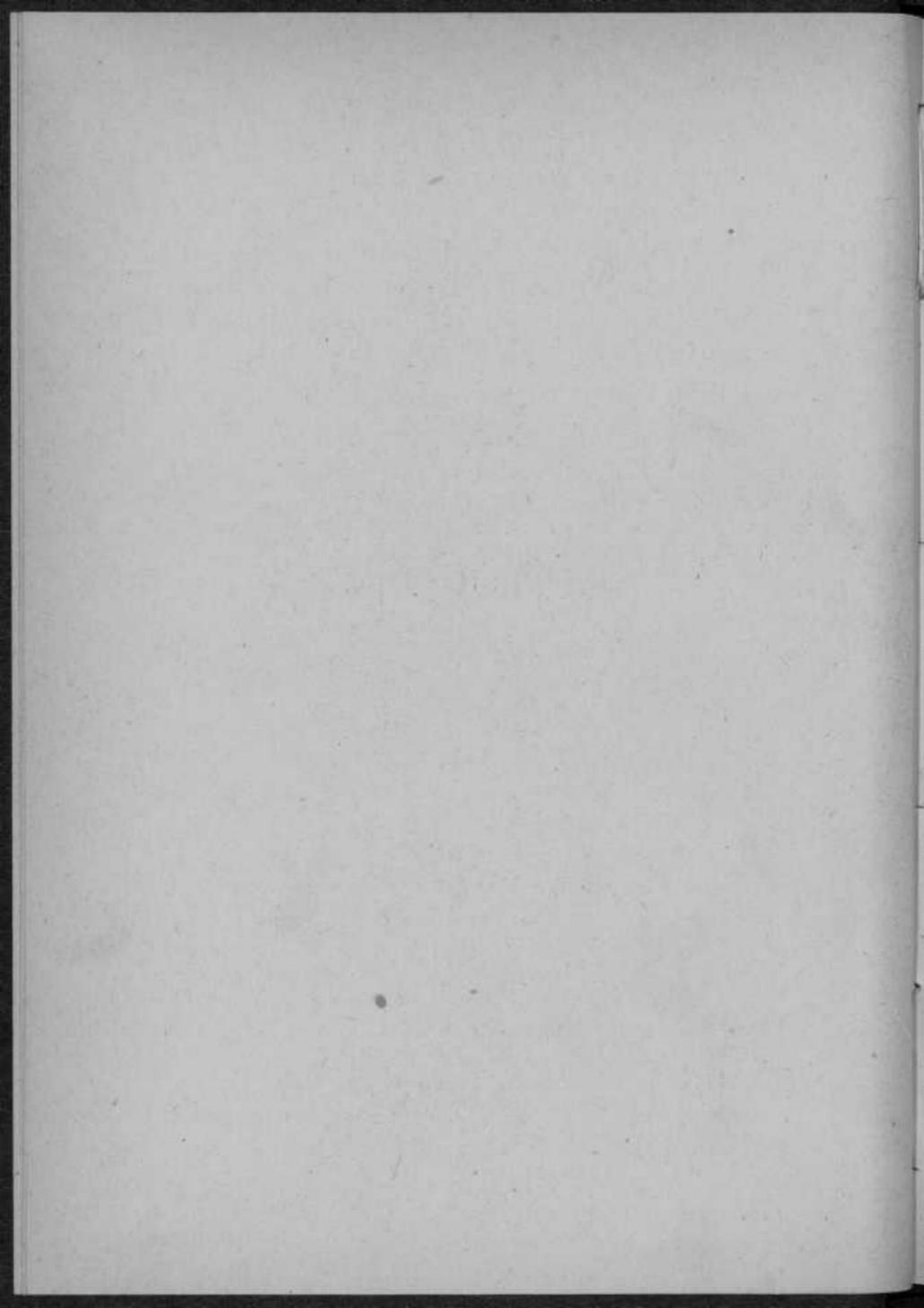
Todo respira generalmente salud, vida y naturalidad.

Todos cuidan sus nidos yendo y viniendo, laborando sin descanso, los habitantes como los pajarillos... y también de cuando en cuando los hombres y mujeres

entonan cánticos armoniosos, como las aves en la enramada, el labrador en el campo, el artesano en el taller, los niños en las escuelas, las madres arrullando amorosas á sus pequeñuelos, y las abuelitas, dichasas, junto á una cuna, recordando sus buenos tiempos, se las ve sonreir, mientras duermen al nieto con tranquilo y monótono cantar.

.....

CAPITULO IV





a niña apli- Madre,
cada y madre,
buena en gritaba
las vis- Floren-
peras de cia, en-
exáme- trando en su casa
nes. al regreso de la es-
cuela, por la ma-
ñana.

Ya nos han entregado las fábulas, las poesías, para decirlas en los exámenes. Mire usted la mía qué larga...—y enseñaba dos hojas de papel rayado escritas en verso.

Me ha dado D.^a Esperanza la despedida de la escuela, por si no voy más años;

por si me marchó á estudiar otras cosas á Zaragoza ó á Madrid. Ella me lo ha dicho. Á María la del Pasenán le ha dado *Los dos conejos*. Á Vicenta Teced *La modestia*, que yo el año pasado aprendí, tan bonita.

Por las flores proclamado
rey de una hermosa pradera
un clavel afortunado,
dió principio á su reinado
al nacer la primavera.

La cigarra y la hormiga á Dolores Plana,
El tiempo á Juana Balaguer.

¡Oh! ¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh! ¡Cómo te deslizas, edad mía!

La curiosidad á mi prima.

Todas estas fábulas las sé yo, ¿verdad, madre?

Las he dado otros años.—Y nerviosamente, como por resorte movida, recitaba trozos de ellas.

—¿Se lo leo á usted lo mío, madre? No es muy largo. ¿Lo estudio? Ya me sé seis líneas.

Y no daba tiempo á contestarle siquiera, cuando la impaciente criatura ya anunciaba á su madre otra nueva noticia.

Y nos ha dicho la señora maestra que no se manchen ni se rompan estas copias, que las sepamos pronto, que las preguntará esta semana á todas.

Además, que tengamos cuidado con las lecciones, que nos examinará ella estos días que faltan, de todos los libros á todas y donde le parezca.

Leemos donde se abre el libro y el manuscrito gordo también. El difícil.

Las planas de escritura ya están hechas. ¡Qué miedo teníamos las mayores que las hemos hecho hoy!

Á María, después de escrita, le ha caído un borrón, y otra vez á empezar. Ha llorado y todo, porque le había salido muy bien.

¡Pobre chica!, se ha quedado sola en la escuela para hacer otra.

—Y tú, ¿ya estás corriente?

—Sí, señora. Ya está guardada mi plana en el armario de la escuela.

Madre, escúcheme usted. La mía la he hecho sin un pelito; y no crea, al principio me ha temblado un poco la mano, pero me ha dado otro papel luego, pluma buena y ya se ha quedado con la plana D.^a Esperanza. Es una carta.

¡Ay, Dios mío!—decía continuando con apuro.—¡Y qué cuenta ha puesto hoy á Dolores la de la calle Alta!

Porque se ha equivocado en un número le ha mandado llevar para mañana sabidos todos los decimales, incluso la división, que es más difícil, y á otra la suma de quebrados. ¡Ay, Dios mío!

Madre, y dice que preguntará mucho este año un médico nuevo que ha venido. Á mí me preguntó el señor alcalde el año pasado qué era un metro, un litro y un gramo, mucho sistema métrico, y el señor cura me preguntó también sobre la explicación del Padrenuestro.

¿Ya me tiene planchadas las labores?

—Esta tarde, esta tarde, hija mía. Come, come ahora. Vamos á la mesa y tranquilízate.

—Tengo que repasar el libro... de lectura. No se crea usted que ahora es como otros días. Ahora leemos dos veces. Una seguido y otra parando en puntos y párrafos para explicar qué es lo que hemos leído, y hay que decir de memoria lo que quiere explicar el libro.

—Mucho, mucho tienes que hacer, hija, pues eso son cosas muy difíciles. Come aho-

ra, vas por un *cantarico* de agua á la fuente, y después á estudiar hasta que toquen las dos para ir á la escuela. Yo te guardaré la despedida y cuando vengas te la enseñaré bien.

—¿Sí, madrecica? ¿Me la enseñará usted? ¿Y me llamará mañana á las seis de la mañana? ¡Hoy lo ha hecho á las siete! Quiero que me llame á las seis y si no ya verá cómo no quedaré bien en los exámenes, por ser el último año. ¿Me llamará?

—Sí, mujer, sí—contestó la madre.

—Bueno—dijo la niña, más tranquila.

Escenas semejantes se repetían todos los años al regreso de la escuela, cuando se aproximaban los exámenes, porque era tan constante en el estudio aquella niña, sensiblemente delicada y modesta, que al oír las generales amonestaciones de su maestra, encaminadas, principalmente, á las desaplicadas para despertar sus dormidas inteligencias, dudando de su propio saber y buen comportamiento, poníase temerosa y excitada.

Durante el año procuraba cumplir sus deberes escolares con todas sus energías, y las reprensiones que su maestra tenía que hacer de cuando en cuando en alta

voz á las niñas díscolas, la impresionaban grandemente; pero en aquella época final de curso, la tenían en constante zozobra.

Esto hacía que sus escasas carnes quedasen reducidas hasta llamarla su padre el *espadín* y su madre *sedica* ó *seda* por lo fina.

También el corazón maternal de Teresa, de la sencilla aldeana, sufría y hasta interiormente le parecía exagerado el mareo de libros y lecciones que preocupaban la tranquilidad de su hija; pero juiciosa siempre en su pensar, reflexionaba así:

—¡Pobre hija mía! Tanto las apuran para el día de los exámenes que ni come tranquila, ni juega nunca, ni engorda en esta época. Pero ¡qué bien contesta todos los años!

Además, el trabajo es necesario para vivir.

Que aprenda, que aprenda mucho. Que sepa más que yo, aunque mis pobrecitos padres también me enseñaron.

Somos pobres y no le podremos dar un gran dote. Que aprenda; pero cuando veía á la niña sentada en cualquier sitio de la casa repitiendo afanosa y preocupada

las lecciones, procuraba encontrar ocasión y tiempo; y tomando el libro de las manos de la niña, le decía con cariño:

—Vamos á ver, ¿qué lección tienes?

Y la buena madre, enseñando á su hija, aprendía de memoria con ella los trozos de preguntas y respuestas de historia, de aritmética... y demás libros de la biblioteca escolar, que formaban el laberinto de las preocupaciones de su primogénita.

Así calmaba los apuros hasta llegar el día crítico; así, durante todo el año había conseguido ayudar á su hija á entender mejor las lecciones de memoria, las que otras recitaban solamente de rutina. Así también, con los breves momentos que la misma niña reclamaba, hacía fácil el progreso de las enseñanzas que la Maestra con tantas niñas no tenía tiempo más que de iniciar en sus mandatos y examinar, al tomar las lecciones, de prisa.

**Preparati-
vos del
examen.** Por la mañana se celebraban en Villalejos los exámenes en la escuela de niños, y por la tarde, los de las niñas.

La opinión general era que las niñas adelantaban más que los niños, por ser

mejor la Maestra que el Maestro; pero tampoco éste descuidaba sus deberes.

Este juicio favorable á la Maestra y á las niñas lo habían formado las madres, que, entusiasmadas con las labores y el despejo natural de sus hijas, algo más avivado en esta edad que el de los niños, y la mayor animación que en el acto del examen daban las mujeres, asistiendo en mayoría todos los años en los de las niñas, era la nota femenina que resaltaba simpática, hasta llegar al entusiasmo y hacerles establecer comparaciones.

El día anterior adornábase la sala con toda clase de flores y yerbas silvestres: amapolas, margaritas, *deditos de Nuestro Señor*, dragones, espiguitas y demás menudencias que la espléndida y armoniosa Naturaleza ponía á disposición de algunas niñas que salían al campo por la mañana para proveerse.

¡Parece mentira que con elementos tan sencillos pudiesen formar grupos tan encantadores! Bellos cual las manitas que los aderezaban para colocarlos en los clavos que sostenían encerados, carteles, láminas de Historia Sagrada y máximas morales.

Del jardín de una viuda gran señora que

vivía allí disfrutando pingüe fortuna, traían también ramos de rosas, claveles, azucenas, jazmines, malvas reales, heliotropos, violetas de Parma y Gales, y siemprevivas.

Las más serias por sus colores eran elegidas para el Crucifijo; las más claras y poéticas para la Virgen Purísima y las restantes para SS. MM. el Rey y la Reina.

¡Qué preciosa! ¡Qué adornada quedaba la escuela!

La maestra despedía á las mayores, á las que habían servido de artistas, diciendo:

—Descansad y ya veremos á ver mañana cómo me hacéis quedar ante todos.

La lectura despacio; á las preguntas no contestar de prisa, fijarse antes; las oraciones gramaticales, cuidado con los verbos; si hay uno, si dos, si algún elíptico. Cuidado con aturullarse.

Esta última impresión del día anterior al examen, duraba en las criaturas hasta asistir á ellos, y por eso aquella tarde presentábanse en sus casas silenciosas y tristes la mayoría, y se contentaban por la noche con recitar al acostarse las consabidas fábulas y poesías que habían de dar principio á los ejercicios de cada sección.

Piensa Rosa, piensa en aquel jardín, plantel de lindas flores, aquella escuela llena de niñas en las cuales han puesto las madres todo su empeño para presentarlas limpias y bien vestidas, con relación á la humildad de sus pobres hogares, que solamente podían ser sostenidos por la abnegación, el método y laboriosidad de sus moradores.

Colocadas están en la escuela en los sitios respectivos de las niñas, sobre los bancos de escribir, bandejas colmadas de labores, consistentes en calcetas, ganchillo, costureros con ensayos de zurcidos, marcadores, piezas y ojales, prendas de ropa blanca y alguna que otra tela modesta con bordados en blanco y sedas.

Encima tienen colocada la plana de escritura, todo cuidadosamente cubierto con un pañuelo.

No puede descubrirse hasta el fin.

Llegada la gente, ocupan los sitios de preferencia las autoridades y alrededor las madres y señoras del pueblo; con un toque de campanilla anuncia la Maestra que van á dar principio los exámenes.

Reina el mayor silencio y el corazón de las madres late fuertemente, y sobre

todos el de una niña mayorcita que sale de su sitio y pasa cerca de la presidencia para recitar, algo turbada, una composición poética que decía así:

**Principio
de los exámenes.**

Para llenar un deber,
ante vosotros venimos
nuestra labor á exponer,
anhelando merecer
la indulgencia que os pedimos.

Nuestro infantil corazón
jamás como hoy ha latido;
ayer todo era ilusión,
hoy la severa razón
reclama el deber cumplido.

La Iglesia con su bondad,
la ciencia, la industria, el arte,
el pueblo, la autoridad,
en esta solemnidad
toman cariñosa parte.

Los premios vais á otorgar
al trabajo realizado:
permitidnos suplicar
mucho indulgencia al juzgar,
nuestro tiempo malgastado.

Para la maestra querida,
que serena y esforzada
encaminó nuestra vida
en la virtud bendecida,
queremos dicha colmada.

Al Hacedor imploramos
que calme nuestro recelo,

y que para ella obtengamos
el prestigio que anhelamos,
porque nos dirige al Cielo.

Esta lucha del sufrir,
y mucho esfuerzo al luchar,
son el eterno vivir,
y vivir así es cumplir
el deber que hace gozar.

Los premios que aquí logremos
en tan solemne ocasión,
á España los ofrecemos,
y á Dios los agradecemos
como eterno galardón.

Todos escuchan gustosos.

Pasan luego sección por sección las niñas á presencia de los señores, como ellas decían, para ser examinadas, y es un encanto el apreciar el grado de progresos de aquella escuela y el calcular la paciencia de la Maestra para sacar tanto partido de las inteligencias infantiles

¡Prodigio grande! Es imposible pedir más ni en lectura, ni en escritura, ni en catecismo, ni en gramática, ni en cuentas y labores.

Complacidísimos se ve á todos.

Y para terminar, después de haber quedado airosísima en su sección, que era la primera, vemos recitar á Florencia una

«Despedida de la escuela», escrita por insigne poeta y pensador, á quien una señora amiga de la Maestra suplicó escribiese para ella.

En tales momentos ya Flores aparece otra niña.

Satisfecha algún tanto de sus ejercicios y aligerado el peso que le causaba la zozobra, destacándose entre todas fué á colocarse al lado de la Maestra.

Despedida de la escuela. En aquel momento Teresa, su madre, sale impresionada de entre el grupo de personas que cerraban la puerta de la clase, confundíendose un instante entre ellas para ocultar y secar sus lágrimas.

Ya repuesta, sentóse en sitio próximo para oír la tranquila entonación que su hija daba á la poesía, renaciendo entonces en su corazón la calma más placentera, la satisfacción más grande.

Flores, que dejaba ya definitivamente la escuela, dijo con voz clara y sonora:

Despedida.

Llegó el instante dichoso
tantos días esperado.
Nuestro placer se ha colmado;
cesó el sufrir anheloso
con el premio deseado.

Gracias mil al tribunal
y á las personas queridas,
que de bondad sin igual
derramaron un caudal
sobre almas agradecidas.

¡Ya me separo de aquí,
de este jardín que es mi encanto,
donde inocente viví,
donde lo que sé aprendí,
y en el que he gozado tanto!

¡Adiós, maestra adorada;
tú serás mi norma y guía,
y estés cerca ó alejada,
tu imagen veré grabada
siempre en la memoria mía!

¡Del alma amigas... mi amor!
niñas que sois mi embeleso;
de ternura y de candor,
de mi cariño al calor,
recibid un dulce beso.

Y cuando nuestro destino
de este pueblo nos aparte,
de él no olvidéis el camino,
pues aquí el poder divino
nos conserva este baluarte.

Ya sé que en mi porvenir

la lucha aumenta desde hoy,
sé que llorar y reír
son el constante vivir,
¡pero ignoro dónde voy!

Viva humilde ó en la altura,
quede cerca ó vaya lejos,
sienta dicha ó amargura,
siempre será mi ventura
de esta escuela los reflejos.

.....

¡Ay, la vista se oscurece...
madre te veo llorar
y... ¡no puedo continuar,
pues tu virtud bien merece
vaya tu frente á besar!

Tu triste llanto me arrastra,
es tu amor mi adoración,
se agita mi corazón,
y al decirme el alma: «Basta»,
me enmudece la emoción.

Esta lectura dejó grata impresión en la escuela.

Terminó el día con la distribución de premios y el desfile.

Como todos no estamos dotados de las mismas facultades, ni el trabajo lo practicamos con igual éxito ni voluntad, necesariamente había de notarse las diferencias entre aplicadas y desaplicadas, entre listas y torpes.

Las niñas, emocionadas, no pensaban más que cada una en lo presente, en lo que le habían preguntado, en lo que habían dicho, en la fábula y la lectura que les salió bien, en los premios que llevaban.

La parte más sensible del público, las madres, reconociendo interiormente algunas el abandono en que habían tenido á sus hijas y pesarosas por no haberles mandado más puntualmente á la escuela, decían en tono de disculpa:

—Mi pobre chica no puede hacer más; ha tenido que cuidar los pequeños y ha faltado mucho. Por eso el angelito no trajo apenas labores y está tan atrasadita—y todas, en su interior, prometían para el año próximo mandarlas más asiduamente á la escuela con el fin de que adelanten mucho y sean las más sobresalientes.

Rasgos de
bondad
de Floren-
cia.

Mientras así pensaban y comentaban las madres, Flores habíase acercado á dos niñas vestidas de luto riguroso, de cinco y ocho años respectivamente, que tristes y sin premios, por la falta de asistencia á la escuela, á causa del desorden de su casa por la muerte de su madre, miraban las

dos solitas y juntas las caricias que las otras madres prodigaban á sus hijas, y permanecían anonadadas ante el desconuelo y la indecisión que les producía en aquel crítico momento la falta del regazo cariñoso donde depositar los entusiasmos y las fatigas.

Les decía Flores, la buena niña, compadecida:

—Dolores y Pura, venid conmigo, que nos espera aquí mi madre.

Mi mejor premio es este *libro nuevo*. Tómalo tú; eres la mayor. Á mí me comprarán otro mis padres. Para ti los dulces, Purita.

Y añadió para mejor persuadir las:

—Creo que somos parientes además de amigas. Venid ahora conmigo á mi casa, que luego vuestro papá vendrá á buscaros y después os acompañaré yo á la vuestra.

Atraídas con tanto cariño se fueron las tres juntas.

La señora Teresa, no pudiendo faltar á la bondad de su carácter, aceptó gustosa las disposiciones de su hija, y sin escuchar más comentarios ni excitar envidia en las otras madres, se despidió agradecida de D.^a Esperanza, la singular maestra, y des-

apareció de entre los grupos, diciendo á todas:

—¡Pobre Maestra! ¡Pobres niñas! Todas, todas se han portado muy bien. Todas, todas—repetía.—Que descansen. ¡Pobrecicas!

Y llegando á su casa con su hija y las huérfanas amiguitas, mandó á las tres á pedir permiso al padre de aquéllas para que tranquilamente estuviesen algunas horas cenando y entretenidas con Florencia, para que no les faltase cariño en día tan grande.

Entre tanto regresaba, satisfecha y presurosa, Teresa, como si fuese á retirar un tesoro ó una joya milagrosa; así guardaba labores, planas y premios en el más querido rincón de sus armarios.

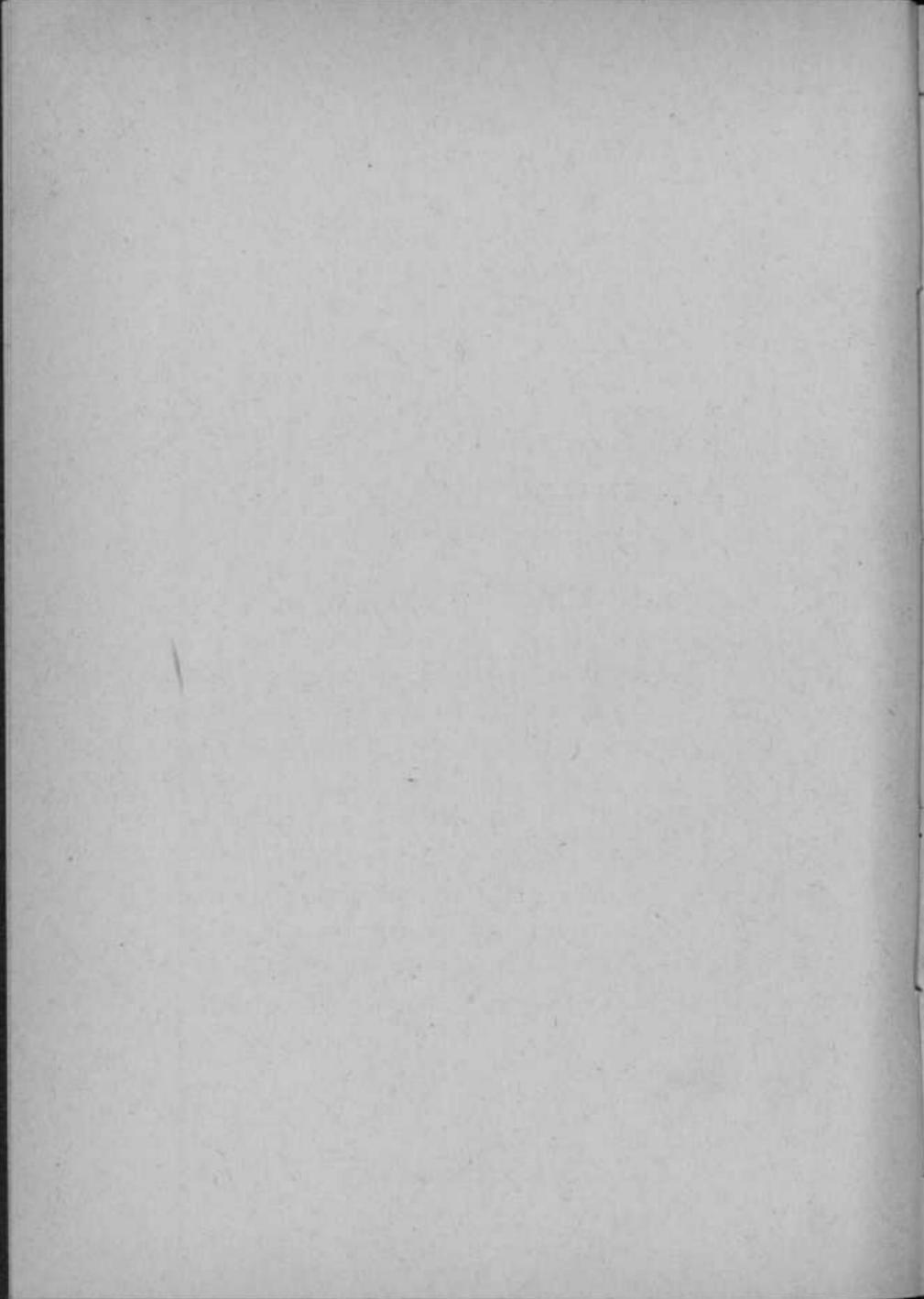
Eran aquellas prendas la representación de las fatigas de su hija. Eran el premio del trabajo constante. Eran las mejores ganancias de la casa. Eran el alma, en fin, de su amor y sus desvelos.

Presumo, hermana mía querida, que te irá interesando la historia de Flores.

PARTE SEGUNDA

Seréis mujeres.

CAPÍTULO V





vacaciones. —¿Crees acaso, Rosa querida, que Flores no tenía ocupación en la época de vacaciones? Escucha.

Las tareas de estudio, las horas que le consumían los libros quedaban libres casi totalmente. Su madre decía que en el verano había necesidad de descansar de las tareas intelectuales. Además, con lo delgada que se había quedado su hija, era preciso cuidarla para que se repusiera pronto.

Era necesario dejarla reposar por la mañana, sin interrumpir su sueño, sin lla-

marla á las seis para estudiar antes de ir á la escuela, que durmiera hasta que se despertara naturalmente.

Que quedase bien satisfecha, pues el sueño es gran calmante de los nervios y reparador de las fuerzas perdidas.

El resto del día lo ocuparía en faenas domésticas. La misma madre le explicaría cuanto era necesario para que supiera las cosas de la casa, pues ya iba siendo mayorcita; además, no sabían aún si decidirían darle alguna carrera, como les indicaba D.^a Esperanza y el boticario, y entonces... ¡oh, entonces tendría que separarse la madre de su hija! y ¡pobrecita! todo el saber de la escuela sería poco.

Así repetía una y otra vez; era preciso, por si acaso, imponerla de todo cuanto antes.

¿Quién sabe lo que le había de suceder en el mundo? ¡Hay tantas cosas! ¡Hay tanta gente y de tan diversas clases!

¡Y tan linda que era Flores! ¡Qué cara más expresiva tenía! Más que bonita era angelical.

—Será porque soy su madre—pensaba ésta al compararla con otras,—pero ninguna me parece tan buena y tan guapita.

¿Y corazón? ¡Como me vea triste! Siempre tengo que estar disimulando con ella, y aun haciéndolo me pregunta la causa y no sirven pretextos. Lo comprende todo; mis fatigas, mis alegrías...

Sin saber nada, ya llora y no quiere ir á jugar ni aun comer tranquila.

¡Qué satisfacción sentía aquella madre!
¡Qué esperanzas cifraba en aquella niña!

Era agraciada, era inteligente, era buena...

Tenía también mucho afán por aprender las labores de la casa; pero en el resto del año le faltaba tiempo para ellas por llevar muy bien preparadas las lecciones de la escuela.

Además necesitaba ser mayor para saber hacerlo todo bien, porque muchas ocupaciones del hogar precisan para dominarse, años de experiencia además de entendimiento, y Flores á la sazón tenía muy pocos años.

En las vacaciones hacía la participe en las faenas de la casa, con el deseo de que aprendiera á ser mujer del hogar, á saber hacer lo indispensable y algo más.

Allí todavía no estaba generalizada la costumbre de comprar el pan, y muchas

mujeres, entre ellas Teresa, amasaban la mayor parte del que consumían en su casa.

El día del amasijo verías á Florencia colocada al lado de la artesa, situada en la cocina, y enterarse de los detalles más pequeños. No hacía más que preguntas. ¿Por qué se necesita levadura? ¿Por qué se pone la harina poco á poco y se emplea el agua templada? ¿Por qué se tapa la masa y se deja reposar hasta llevarla al horno? ¿Por qué los panes han de ser así y no de otro modo? En fin, todo quería comprenderlo.

Lo que más le gustaba era que le dejase su madre hacer los panes á ella sola, *tortas finas* con manteca, huevos y azúcar para los de la familia con su señal correspondiente al objeto de distinguir los de sus tres hermanos pequeños; una grande para la abuelita, otra para el padre, otra para la madre, otra para ella y tres más pequeñas para los hermanos.

Repartirlas en casa era su contento:

Y cuando venían las fiestas, ayudar á hacer pastas para su casa ó la del médico ó boticario, que eran amigos... ¡Qué atareada!

Contar en el horno tantas *treintenas* para

obsequiar á huéspedes y forasteros... ir y venir con *llandas*, toscas bandejas de hoja de lata, llenas, ayudada por alguna otra niña amiguita... ¡Qué diversión!

En los días que hacían colada, para lavar la ropa en su casa, ayudaba á las lavanderas, encargándose por su parte de las prendas finas.

Poníala su madre remangada hasta los hombros, un delantal grueso desde debajo del brazo, y era curioso ver con el entusiasmo que frotaba para que desapareciesen las manchas.

Tenía su madre que ponerse seria á fin de obligarle á suspender la tarea, para que no resultasen rozadas ó heridas sus muñecas con tanto frotar y jabonar.

Sin embargo, siempre salían muy desgastados sus deditos finos, jabonando.

Después de colada la ropa al estilo antiguo, es decir, con lejía de ceniza en *cocios* (el cuero para colar) en caliente, cosa que resulta muy higiénica, á causa de que desaparecen toda clase de microbios por someterla á tan altas temperaturas, aclaraban, no en la fuente ni lavaderos del pueblo, donde lavaban otras muchas personas, sino al agua corriente del cristalino río

formado por abundantes manantiales y oxigenadas sus aguas en el chocar y saltar entre las peñas y rocas. Teresa decía que la mandaba á aclarar en el río porque aquella agua, aquel sol, aquel romero y aquel tomillo daban á la ropa un olor de limpieza especial, y tendida en los peñascos del quebrado país, la blancura más blanca que los ampos de la nieve que tomaba era gloria y hermosura.

Este día de la colada, el del aclarado y tendido era de grandes acontecimientos para aquella laboriosa niña. Lavaría á sus anchas, comería en el campo y si su madre bajaba al río á verla cómo ayudaba á la lavandera y á merendar con ellas mientras se secaba la ropa, ¡qué regocijo más grande!

**Camino del
río.**

Como ya te he dicho, el terreno era quebrado y montañoso, y el pueblo estaba situado sobre unas rocas.

Para ir al río era preciso bajar casi resbalando y haciendo eses que marcaban el ancho, muy pendiente y pedregoso camino, hasta llegar al antiguo puente de grandes arcos de piedra.

¡Qué ruido hacía el río al chocar y saltar con las piedras rizando sus aguas en matices blancos!

Á su orilla había que hablar á voces para entenderse.

Ya allí, Flores con la lavandera ó lavanderas que alquilaba su madre, buenas mujeres pobres á las que socorría Teresa en sus desgracias, se sentía alegre y satisfecha.

Llegado el borrico cargado de ropa, recién salida del cuero y oliendo á colada caliente, buscaban los sitios predilectos ó desocupados entre los cuatro ó seis de costumbre.

Elegido el mejor, descargaban el asno, poníanle á apacentar en los diferentes praditos vecinos, atando el ronzal á un arbusto, no fácil de arrastrar, ó á un árbol, y empezaba el aclarado y el tendido.

Las piezas menuditas eran de la incumbencia de la niña aprendiz. Ella tenía que lavarlas, tenderlas y recoger las secas.

Parecía como una pajarita de las aguas, ó lavandera yendo y viniendo á tender sobre las rocas, paredes y arbustos, entonando al mismo tiempo cánticos populares ó

místicos, sin apurar nunca su abundante repertorio.

Aquella ocupación le daba mayor alegría á medida que adelantaba en la tarea.

Arrodillada delante de una gran piedra lisa, lavadera, mirábase en los cristalinos remansos como en su mejor espejo, y para ser todavía más limpia de lo que le había hecho Naturaleza, se lavaba brazos, cara y pecho con el mayor entusiasmo, y al terminar en la tarde las tareas, hacía saltar en la orilla las aguas con encantadora agilidad, transformándose sus mejillas delicadas en frescas y rosadas amapolas.

El trabajo al aire libre, el manejo que usaba, la alegría de comer en el campo, de traer y llevar de un lado á otro la ropa seca, daban á su persona un aspecto sano y angelical; sorprendiéndola en aquellos momentos, se veía una preciosa mujer en capullo.

Su pelo, abundante y de color castaño, parecía entonces más lindo; sus ojos no podían definirse entre azulados, verdes y pardos; su gentileza y revoloteo era tal, que, envidiosos los ruseñores de la enramada, cantaban también al verla y oirla, alegrando á los cultivadores de las abundantes

huertas vecinas, que se extienden á derecha é izquierda del acuoso caudal hasta más allá, río abajo, donde se une el afluente del Ebro, llamado Guadalupe.

Hay tiempo para jugar. Así pasaba Flores los años de su infancia.

Al contarte, hermana, la aplicación, laboriosidad y juicio que tenía, creerás acaso que no jugaba nunca.

Esto de no jugar es perjudicial en niños y niñas y hasta imposible si no están enfermos.

Su madre no era de esas tiranas y exageradas que creen es mejor tener oprimidas y dominadas á las hijas hasta impedirles sus expansiones.

Esto da muy malos resultados, aunque á veces parezca lo contrario, pues nunca las niñas ni las jóvenes criadas en la opresión y la hipocresía llegan á tener un carácter bondadoso y francamente propio. Además, es más difícil corregirlas, porque nunca se manifiestan tal cual sienten y son.

Lejos de esto, sus madres llegan á verse ellas mismas envueltas en las redes que sus hijas les tienden.

Convertidas las niñas en mentirosas é hipócritas, confunden hasta á sus propias madres, las que, cegadas doblemente por el cariño y el enredo, llegan á no conocerlas y hasta á ofenderse con alguien que tenga interés de manifestarles la verdad en contra de sus apreciaciones. Insensiblemente llevan á sus hijas á la desgracia.

Dando expansión á los espíritus infantiles, manifiestan éstos sin reparo ninguno sus inclinaciones y sentimientos, y aquí tienen los padres la ocasión, que no deben dejar pasar, para conocerlos, fomentar las buenas tendencias y reprimir, con tino, las malas, haciendo los debidos esfuerzos al objeto de cambiar el rumbo en la dirección, á veces mal tomada, de los sentimientos ó de las facultades.

Aquí, Rosa, lo tan repetido del árbol que se endereza de pequeño; pero es preciso que los jardineros de estos arbolitos llamados niños procuren abonar bien el terreno, proteger el desarrollo y crecimiento de la infancia, y que observen qué cultivo especial necesita aquella planta en colectividad y aisladamente; vean ante todo si, abandonada á su propio crecimiento, no co-

rresponde al cultivo ni al campo; más ó menos pronto se nota si es rebelde ó se tuerce, y entonces necesariamente precisan otros elementos más enérgicos que los usuales y corrientes.

Conviene que el arbolito crezca mirando al cielo, y la habilidad y la ciencia no estriba en torcerlo bruscamente, sino con suavidad, inteligencia y esmero.

Si se arrastra por la tierra, el sucio polvo ó el lodo marchitarán sus flores, por lindas y espléndidas que nazcan, ó los gusanos se comerán sus frutos.

¿Veis los capullos de rosa tan lindos y delicados, de colores diferentes, que nacen en los rosales bien cultivados de los jardines, en aquellos rosales de tronco erigido, recto, mirando al sol, y cuyas hojas y flores forman copudo arbusto?

¿Verdad que son más preciosas, más encantadoras sus flores, que aquellos otros rosales que crecen arrastrándose por la tierra, salpicadas de fango y cubiertas de sucios insectos?

Rosa escuchaba atentamente.

Pues así se distinguen de las otras las jóvenes que han tenido y tienen, además del buen origen, aunque éste sea humilde,

semilla cultivada por sus padres, inteligentes y celosos jardineros en su camino y educación, que les hace crecer gentiles y robustas de cuerpo y alma, fuertes y valerosas, sin perder el delicado encanto femenino, perfume de rosa primitiva que trasciende, admira y emociona.

—¡Yo quisiera ser así, hermana mía!— dijo entusiasmada Flores.

—Yo también quisiera que fueses; lo intentaré, puesto que no tienes mal origen y tu inteligencia se prepara al superior cultivo.

Salud, tiempo y tranquilidad para poder ocuparme de ti, como me propongo, es lo que anhelo. Sigamos.

Juegos naturales. Los juegos de las niñas de aquel país eran también muy variados.

Las que tenían de ocho á doce años y sus madres les confiaban el cuidado de hermanitos menores para tenerlos en brazos, mientras hacían las faenas de la casa, estas niñas solían quedar convenidas, cuando no se encontraban en la calle casualmente, en asistir á las afueras del pueblo, á sitios que llamaban las eras.

Éstas eran, como ya sabrás, plazoletas situadas delante de los pajares, donde se hacía la trilla del trigo, cebada y demás cereales en la época de la recolección.

Sentábanse en la tierra misma varias amigas con sus hermanitos pequeños. Allí jugaban todos al *corro*, á la *cuca* ó *escondite*, á la *gallinita ciega*... á los *pitones* con cinco priedrecitas, á las *pitás* con tiestecitos, á las oraciones, acertijos y cuentos, á las máscaras y demás, según la época ó el humor ó la concurrencia inspiraban los deseos de jugar.

Otras veces recogían palitos, cardos secos y paja y hacían hogueras sobre las que al final saltaban con infantil atrevimiento.

Esta diversión no solía ser del agrado de las madres, por temor á que se hicieran daño á se quemasen.

—¿Á qué jugamos, hoy?—preguntaban al reunirse.

—Yo á las señoras; yo á las maestras; yo á quién corre con mayor ligereza—decían las más retozonas hasta que se empezaba una disputa por la desigualdad de pareceres, como sucede también muchas veces en las reuniones de las personas mayores

La más discreta y autorizada persuadía generalmente á sus compañeras.

—Tú colócate aquí; tú allá; córrrete más allá para ponerme yo, ó no juego—decían las envidiosillas, y no faltaban ocasiones también en las que estos libres desahogos del corazón humano causaban acaloradas disputas, cuestiones, críticas y calumnias infantiles, por supuesto, y dando como resultado la pérdida de tiempo que podían haber consumido en bien de la alegría general, y alguna que otra vez, por falta de autoridad, veíase el triunfo de las malintencionadas y el pesar ó lágrimas de la más angelical que era vencida. ¡Pícaro mundo! ¡Triste humanidad! ¡Siempre y en todas partes aparecemos imperfectos!...

Siempre hay desavenencias, desarreglos é injusticias. Desde la infancia hasta el fin del vivir. Dondequiera que hay más de un hombre aparecen Abel y Caín.

Jugando la Un día jugaban un grupo de
niña se ve seis ú ocho niñas en las afueras
la mujer. del pueblo.

Iba una señora forastera de paseo con un hijo suyo de dos años y se fijó mucho en aquellas pequeñas discusiones de las niñas.

Todas estaban entonces sentadas en el suelo, y la mayor, de unos doce años, discutía seriamente con otra de siete u ocho.

Al llegar y fijarse en el grupo se suspendió la polémica. Observó de qué se trataba y vió en la era montoncitos de tierra de diferentes colores, piedras menuditas, tiestecitos de vajilla machacada, vidrios, asas de jarras y pucheros, palitos, trapos de colores, etc.

Arrimado á una pared de pequeña altura habían fabricado con arte infantil casitas en las cuales la cocina era lo principal. Allí figuraban todos los cacharritos y el fuego y los pucheros cociendo encima de unos trocitos de piedras negras que imitaban el carbón, y así sucesivamente; había útiles domésticos, los unos de retazos de hojalata, los otros de recortes de cartón y muchos de pedazos de vajilla.

Las dos niñas mayores eran: una la dueña de una casa y la otra la de la tienda de cosas, contigua, en la cual había hasta unos pesitos fabricados por ellas mismas, tienda colocada enfrente como á un metro de distancia del vecino domicilio.

Todos sentados en el suelo formaban co-

ros, y te digo todos... porque también había hermanos chiquitines.

La niña de la cocina hacía la comida y arreglaba su casa con el mayor esmero para cuando llegara, decía, su marido del trabajo, y en estos arreglos se le ocurría necesitar mil cosas.

Entonces manifestaba á otra pequeña:

—Julianita, tú eres hija mía y haces lo que te mande, porque yo te enseño para que cuando esté enferma hagas las cosas de la casa tú sola. Vete ahora á la tienda de la señora Pía y tráeme una escoba, una perrita de sal para guisar y otra de almidón, que tengo que planchar.

—Voy en seguida.

—De prisita y que no se te olvide nada.

Enfrente estaba la niña mayor, muy agradecida por cierto, dispuesta y lista.

Llegaba la enviada, que sólo iba con el pensamiento, pues nadie se meneaba del corro, formando circunferencia con radio próximamente á un metro y medio, y empezaba á pedir sus compras.

—Díle á tu madre—contestaba la señora Pía— que el almidón es muy bueno y y la sal recién traída de la fábrica, y que

escobas esta tarde tendré, que me llegarán de fuera, pues las tengo pedidas.

—Bueno, adiós.

Y enseguida preparaba, si no tenía alguna plumita, unos retacitos deshilados atados á un palito, y ya tenía de venta escobas para cuando volviese la compradora.

Con el constante comprar y vender, llenar los quehaceres de la casa y demás asuntos pasaban sin sentir las horas.

Al llegar la dama forastera indicada, callaron avergonzadas; pero veíase en sus semblantes la indignacion infantil. Estaban porfiando disgustadas las mayores.

—Vamos á ver--dijo la señora,—¿qué os sucede?

Suspensa toda acción y palabra, miraban al suelo sin atreverse á contestar.

Y seguía diciendo, para descender á ellas y disminuir el respeto que les había causado.

—Hará mucho que estáis aquí para preparar tanta cosa... ¡Qué casita más mona! ¡Y cuánta cosa diferente!... ¿Y esto qué es?... ¿un jardín con arbolitos?

—Es mi huerta—contestó por fin la mayor.—Yo vendo prendas de muchas clases

y aquella niña es la dueña de esa casa y compra...

La confianza llegó necesariamente, sin preguntar más la explicación... el por qué reñían hacía un momento.

—¿Ve usted ese *trapito azul*? Pues mire —señalaba un *retacito* muy mono, la causa de la discusión,—esta niña siempre regañamos con ella... Si al empezar el juego la hacemos la madre, en seguida ya quiere ser la maestra; si es maestra y nosotras madres, si tiene comercio y nosotras somos compradoras, quiere en seguida comprar y luego en seguida pega ó araña, además de no saber jugar, porque todo lo hace mal... Mire usted qué arañazo me ha dado—decía la mayor.

—¡Qué cosas más feas! —contestó la dama del niño.—¿Y arañarte, siendo ella más pequeña?

—No crea usted, señora, que á fuerza me gana; pero yo no la quiero pegar á ella porque no me dejaría jugar más mi madre si yo pegaba á alguna, y además, porque es hermana de esta otra niña, dueña de la casa.

—¡Haces muy bien de ser así, niña juiciosa! ¡Tú serás querida y respetada de to-

das, aunque contratiempos te asalten y envidias te arañen!

Está muy bien que juguéis en buena armonía todas para divertiros y perdones á esta envidiosilla.

—Cuando no está ésta, no reñimos. Hoy nos ha deshecho las casas dos veces porque sí... por gusto de ella. Yo le digo: Si no quieres jugar, no juegues; déjanos á nosotras; pero nunca se sabe lo que quiere... y siempre reñimos por ella, por su culpa, además de admitirla y dejarla escoger.

Así hablaba la mayor casi enojada.

—Ya no lo hará más—dijo la señora.—Continuad jugando ahora que sois niñas.

Esta niña revoltosa es, hermana mía, el fiel retrato de la mujer enredadora é hipócrita.

Se la deja tomar parte en el juego de la vida, en los honestos placeres, y su inutilidad ó falta de mérito la hace envidiosa generalmente de la gloria ó la virtud del hogar y dicha ajenos...

Pobres de los que hayan de tratarla necesariamente: como ella se empeñe en hacer daño, lo hará siempre.

Enreda hogares, indispone familias, arma chismes y cuentos y deshace negocios y

ganancias, hasta donde alcanza su acción, y no faltan ocasiones en las cuales, si trata con necios, ó la ocasión la favorece, se la ve cantar el kikirikí en su teatro, donde cree dominar al público.

¡Cuánto bien y cuánto daño puede sembrar una mujer así!

No imitéis nunca, nunca á estas mujeres ni á aquella niña que por un *retacito de trapo azul* disgustaba é interrumpía el juego, convirtiendo en riña y malhumor tanto entretenimiento y tanta dulzura.

Desgraciados los que, haciendo daño, se divierten y envidiando dañan.

No conocen los goces elevados de perdonar y hacer bien, ni los verdaderos triunfos del espíritu; y si hoy engañan á los inexpertos y pequeños, de los que procuran rodearse, mañana se atraen con sus bajezas de alma el desprecio de los buenos; de estos privilegiados seres que, viviendo en regiones elevadas y sublimes, miran compasivos á los malos y envidiosos como á esos desgraciados reptiles que, arrastrándose á orillas del camino, salen al centro de él para picar el pie del laborioso caminante, interrumpiendo su viaje é inoculando el veneno elaborado en las

repugnantes fauces del envidioso; ¡Dios se apiade de éste!

No, Rosa, no; las niñas, las jóvenes y las mujeres, no deben ser envidiosas, porque la envidia es detestable.

Cada uno en su corazón tiene un tesoro. Debemos cultivarlo bien, con grandes y propios cuidados. Resignarnos con nuestra suerte y alegrarnos del bien ajeno, y nunca nos faltará entretenimiento alegre y honesto examinando nuestros deberes, disponiéndose la voluntad á cumplirlos.

Así, poco á poco, recogemos el fruto de la virtud, en vez del castigo por las malas acciones y deseos.

La niña Flores fué siempre juguetona; pero, aunque atrevida, también bondadosa para todas sus compañeras.

Florencia era entre todas la que más juguetes había tenido siempre, porque la tienda de sus padres, que vendían sedas, adornos, bisutería y juguetes, parecía más que tienda fábrica de ellos, taller escondido de donde salían muchas monadas de juguetería gracias al industrioso ingenio de D. Miguel del Campo, padre de ella, mecánico por natural vocación, el que auxiliado de cuando en cuando por algunos hom-

bres necesarios á sus fines, ganaba bastante dinero vendiéndolos al por mayor á otros comerciantes y quincalleros que ya conocían la fábrica.

Allí lo mismo se fabricaban objetos de alambre manejando el alicate, que se hacían imperdibles, rosarios y pendientes finos, se tallaba la madera, se construían guitarras, panderetas, tambores, petacas y mil menudencias, para cuya completa terminación hacía D. Miguel unos días de carpintero, otros de fabricante de cola y colores, otro de dibujante y pintor y manejaba mil y mil herramientas con maestría y completa destreza é inteligencia.

Era su centro. Para vender tenía muy mal genio.

Poco diplomático con las mujeres, solía regañar en seguida, todo lo contrario de D.^a Teresa, que, cobrando más caro si era posible que él, con sus consejos y habilidad dejaba contentos á todos y aumentada su fortuna.

Con la máxima lo bueno nunca es caro y la demostración de que su casa era la que tenía los mejores géneros de la provincia, no había quien se resistiera á sus tentaciones, máxime si la compradora era

novia que iba por adornos para su equipo ó madre para el de sus hijas.

Era preciso oírle.

Si sabía que la que compraba era de familia rica ó *letra de fácil cobro*, ya podía prepararse la compradora.

¿Quién se resistía ante escenas como la siguiente?

**Consejos
de un al-
ma buena.**

Fíjate en lo que era una entrevista amistosa y comercial en aquella tienda de Villalejos.

Comprando y vendiendo cambiaban impresiones las mujeres.

—Señora Teresa, ¿cómo está usted?

—¡Hola, María! ¿Qué tal? Cuánto tiempo que no venías á verme. Tu madre, tu padre, tus hermanicos...

—Todos, todos bien.

Y poníase tras el pequeño mostrador, sonriente, aun cuando no tuviese más que ganas de lo contrario.

Era preciso dejarlo todo y no pensar más que en aquella parroquiana y amiga. ¿Qué importan á los de fuera las zozobras tuyas y las fatigas?

—¿Y tu Flores? ¡Qué niña más lista! Dicen que es la primera de la escuela.

—Sí, sí. Le he dado un poco de libertad y está á jugar con sus amigas. ¡Como son vacaciones y otro año tal vez no la tenga en casa!...

—Y qué, ¿qué me vas á comprar? El día de la Virgen oí en la iglesia la última amonestación tuya.

Tengo unos adornos preciosos—dijo Teresa.—De Madrid, niña, de Madrid, que no sé cómo los hacen tan baratos; unas finuras y unas monadas... ya verás.

La novia, sin contestar. Parecía en aquellos momentos preocupada y como queriendo contar algo á la señora Teresa, más importante que la compra de los adornos para su boda.

Indudablemente: aquella joven, futura esposa enamorada, necesitaba expansión; consultar algo sentido, algo del estado de su alma indecisa, confianza que había de depositar en amiga superior y juiciosa.

—¿Qué le parece, Teresa, de mi boda?—dijo ya, por fin, tímidamente, aprovechando la soledad de las dos.

—Qué quieres que yo te diga. Es difícil adivinar el mañana—(y continuaba Teresa diciendo muy seriamente):—Francisco es buen chico. ¿Sabes en qué me fundo? En

que es trabajador, y no teniendo tantas diversiones como otros, vive, sin embargo, satisfecho. Siempre está amable y jovial á pesar de su formalidad y de ayudar mucho en el trabajo de su casa. Y no es tonto, no.

Tiene siempre buen humor, y de él nadie se ríe... Es formal y valiente...

Sin embargo de todos estos méritos, que yo le tengo bien conocidos, te digo lo siguiente: ¿tú le quieres?

—Ya lo creo, á él mucho, ¡pero tiene una hermana...!!

—Ya la conozco, muy fingida... pero ¿has de vivir con ella?

Hija mía, no todos los hombres son perfectos ni las familias tampoco. Naturalmente, debe preocuparte aquello que pueda alterar la dicha de tu hogar. Das pruebas de sensatez al fijarte en detalles.

Yo no se qué decirte, pero mira, creo que no te engaño si te digo lo siguiente.

Si él te quiere, procura con tu conducta que siga queriéndote. No te abandones ni en tus deberes ni en tu persona... Pórtate bien con los suyos, que nunca tengan motivos para hablar mal de ti con razón..., pero también haz por que entre ellos y tú haya siempre respeto, que no digan de ti

aquello de muchas familias: Nuera, nuera, nuera, nada.

Cada cariño es diferente. Deja á tu marido que quiera á los suyos y que no ofenda á los tuyos y tú haces lo mismo que él.

Querer á los tuyos como siempre, y á los de él respetar y querer según sus actos más ó menos lo requieran, pues el cariño ha de ir brotando.

Siguiendo esta norma, si son buenas las familias, te tomarán cariño... si son malas, envidia, y entonces, ¡ah! entonces te servirá el respeto que les has impuesto como de barrera para refugiarte, y como en tu casamiento no se trata de un hombre informal ó zarandillo, sino que es serio y te quiere, creo que á pesar de la pasión y ceguedad que engendra la sangre de la familia... creo, repito, habéis de vivir independientes y felices, si tú no olvidas mis consejos y él conserva el juicio que hasta hoy ha demostrado.

Trataba los asuntos la señora Teresa, cuando se le comunicaba ú obligaba, *sin quitar ni poner rey*, y su lógica hacía llorar en muchos casos. No servía para engañar ni fomentar los malos pensamientos, y decía las verdades con mucho tino, aconsejando

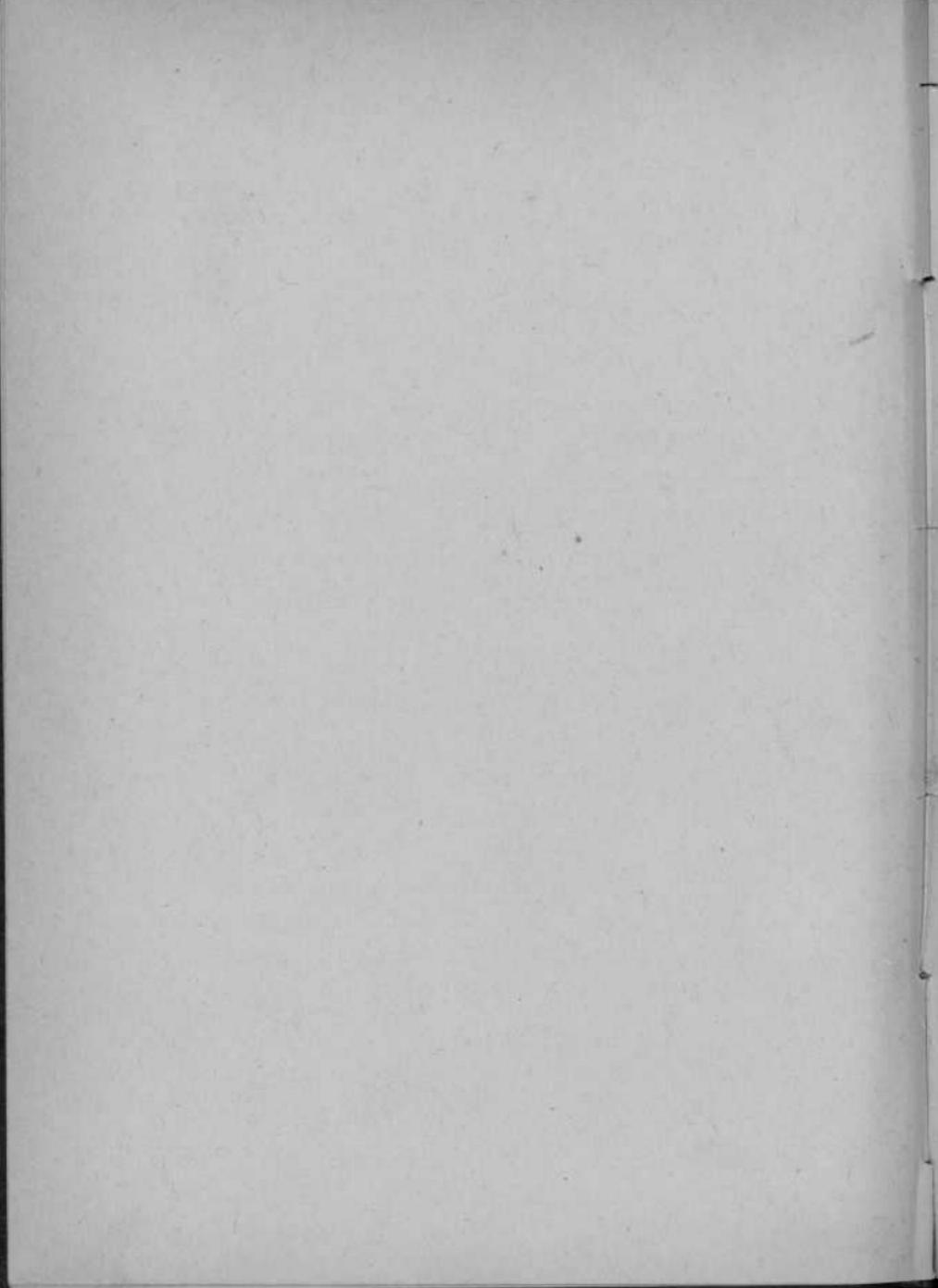
siempre la prudencia á las mujeres y á los hombres la compasión.

Salió la novia aquel día de tal casa fortalecida en sus buenos propósitos, y desvanecidos los errores que podían haberla hecho desgraciada.

En un paquete llevaba las compras y en el corazón algo que valía más: las máximas y consejos de su buena amiga.



CAPÍTULO VI





Amores ma- El padre de
ternales. Flores, cuan-
..De viaje. do no era el
tiempo de las nieves,
que lo pasaba ocupado
en su taller, solía via-

jar para dar salida á sus productos por las provincias aragonesas principalmente.

En estas excursiones sentía la necesidad de ir acompañado, pues merced á su excesiva y honrada intransigencia y á su carácter raro, pronto chocaba con la gente de no muy buena calidad y peor intención que á veces suele hallarse en posadas y fondas.

Tuvo la manía algún tiempo de querer llevar consigo en alguno de estos viajes á su hija mayor, Flores.

Decía que deseaba esto para no ir solo y para que la niña viera mundo.

Á lo que replicaba Teresa:

—¿Dónde vas á ir con una criatura de doce años por esos pueblos de Dios, tropezando con gente de todas clases, expuesta á sustos, á fríos, á calores?... Si fuesen viajes de recreo, bien, para que aprendiese; ¡pero viajes de negocio! Si es peor para ti, hombre; tendrás que cuidar de ella, y mejor harás tus ventas solo. Lleva á tu sobrino para que te acompañe y te ayude; pero la niña, ni pensarlo; así me trajeras millones, no sale de casa á gusto mío. ¡Qué ideas tenéis los hombres!

Y ya estaba temblando aquella madre, pues sabía que cuando su marido se empeñaba en algo, era difícil disuadirle.

Se desvaneció alguna vez tal idea; pero D. Miguel, á fuerza de hablar á su hija de viajes y cosas desconocidas, consiguió llegar á tenerla completamente ilusionada por ver tierras nuevas, á pesar de los temores y avisos de su madre.

Ya tenemos llorando secretamente á Te-

resa, viendo inútiles sus razonamientos y reflexiones, porque el padre, inspirándose en la curiosidad infantil, en el deseo manifestado por Flores de ver ríos, fuentes, ermitas, prados, torres, carruajes, señoras lujosas, tipos singulares de lugareños, pueblos, villas y ciudades de las que había oído hablar con frecuencia la niña, le satisficieron las razones y sinrazones de su padre, y sugestionada por él tomó también empeño en viajar.

Aquella fué la primera y única vez que pesó más en su ánimo la voluntad de su padre que el temor á los disgustos maternos.

Decidida la excursión á una fiesta que se celebraba en el santuario de un pueblo, siete horas más allá de Villalejos, la buena Teresa escribió en seguida á una familia amiga que en él residía para que velaran por el padre y la hija, como así lo hicieron.

Vedlos preparando el equipaje. Teresa, triste por la ausencia, considerando el pleito perdido, decidió aconsejar separada y juntamente á padre é hija.

Al primero le decía entre mucho más:

—¡Por Dios te lo pido! Ya que te llevas á la niña de viaje, no la pierdas de vista, que hay mucho *bruto* en el mundo, y por

esas tierras que no se conoce á quien se trata ni la conocen á una. Acuérdate de que coma. Tápala bien cuando duerma. No la regañes á la pobrecica, que tan entusiasmada se marcha contigo. Enséñala aquella Virgen tan hermosa de la ermita y que beba de aquella fuente cristalina y milagrosa que hay allí.

Si veis nubes, retiraos, no os mojéis.... que es muy malo. Cuidado con las tormentas, que no se asuste. Móntala á caballo, á ratos siquiera, pues á pie son muchas horas para una criatura tan joven y fina.

—¿Soy algún niño yo?—decía D. Miguel enojado.—¿La voy á llevar á padecer? Si es más valiente ella que tú. ¿Verdad, Florencia, que no te cansarás de ir á pie todo el camino con tu padre?

—No señor, no—contestaba la niña muy ufana.

**Teresa en-
fadada.**

—No pongas tantas cosas en el borrico ó márchate solo—decía ya desentona da, como no era su costumbre —¿Dónde vas á montar á Florencia? ¡Nada, nada! Renuncio á todas las ganancias del mundo, á toda la carga que vendieras. Aún no somos tan pobres. Aún

tenemos trigo y patatas de nuestras fincas y el taller y la tienda. ¡Tanta tontería! Ó quitas esa caja que pones encima de la carga, ó en casa se queda la niña.

—¡Calla, mujer! — contestaba el hombre. — ¡Qué enfadada se pone tu madre, Florencia! Quiere que siempre seas señorita y siempre estés metida en la escuela. Eso ya se acabó este año.

¿Hay buena merienda en las alforjas? — decía colocándolas en la carga, como el buen Sancho, aunque él tenía más de Quijote.

Ya estamos arreglados, y vamos andando.

Tú delante, pequeña.

—Voy, voy á decir adiós á la madre.
¡Madre, adiós!

Madre é hija se abrazaron y salieron hasta las afueras del pueblo, continuando las advertencias de la resignada aunque afligida Teresa.

—Nunca lloves—decía bajito—la contra á tu padre, no se enfade y te castigue, ya que nunca te ha pegado, que los hombres tienen la mano muy pesada y te haría daño sin querer.

Cuidadito con las aguas, no te pruebe mal el cambio.

Tápate bien al dormir, no te vea destapada algún hombre de los que hay por el mundo.

Siempre recatadica, hija mía. Irás á casa del tío Felipe, que es buena familia, para que no vayas tú á la posada, pues no hay buena fonda en ese pueblo.

Díle al padre cuando te canses que te monte en el borrico; si no se lo dices, se le olvidará que te cansas.

Adiós. Rézale á la Virgen de la Vega, que vas á ver, que es muy linda.

La despedida fué casi interminable por los avisos, y Teresa, tan pronto les dió la espalda, lloraba tristemente, y sin volverle la alegría les seguía los pasos hasta el día que los viera regresar, sanos sobre todo, aunque cansados. Aquel día respiraba francamente.

Entre tanto, Teresa quedaba en casa, atendiendo como siempre á los quehaceres del comercio, del hogar doméstico, de los otros hijos, y de su anciana madre.

.....
Te contaré, Rosa, lo más notable del primer viaje de Flores.

.....
Era un día espléndido, con temple primaveral.

—Yo no sé cómo es tan tonta la madre—
decía el padre caminando.

Calló la niña, marchando airosa.

Camino llano unas veces y otras cuesta abajo, llegaron al Guadalope, río que pasa por el Oriente de Villalejos, chocando sus cristalinas aguas recién nacidas en caudaloso y pintoresco manantial, por entre encumbradas y próximas rocas como las que circundan aquel pueblo.

Allí se ven las fábricas de hilados...

—Ya estamos en el río, viajera. Aquí está la primera fuente. Al cuarto de hora hay otra. Encontraremos muchas con muy buenas aguas.

Yo voy á tentar un poco la bota para subir mejor la cuesta. ¿Quieres probarlo?

—Amarga mucho. Agua, agua y chocolate.

Hemos de pasar por el puente ¿verdad, padre?

¡Qué ruido hace el río! ¿Hay mucha agua?

—Como tantas peñas desprendidas de las montañas y rocas hay en él, se forman remansos y pozos de mucha hondura.

—¿Cuánto serán de profundos? ¿Cubren á un hombre?

—El pozo de al lado del puente á dos y

á tres también de pie, uno sobre otro. Se llama el pozo de Marcos, porque se ahogó un atrevido que quiso sondearlo y llevaba ese nombre.

De prisita... vámonos adelante, no te entretengas, que el día es corto para la jornada que tenemos.

Á la impresión de despedida siguió, como hemos visto, la del río; á la del río el encuentro de fuentes y casas de campo, de cruces de madera con el nombre y el día escrito en ellas, de los desgraciados que allí murieron.

En otras decía: «Aquí se dice que murió un peregrino», y un montón de piedrecitas menudas rodeaban la antigua cruz.

Flores, impresionada, rezaba un padre nuestro y después, enterada por su padre, tiraba un *cantalcito* ó piedrecilla en señal de respeto para aumentar el montón formado por los antiguos pasajeros, tal vez tan curiosos y corteses como ella.

—¿Y el chocolate que ha puesto la madre entre la merienda para las fuentes?— preguntó, pasadas cerca de tres horas.— ¡Yo tengo gana!

—Descansaremos un momento para comer, terminado el mal camino, la segunda cuesta de San Pedro, allá arriba—decía el

padre levantando la cabeza y mirando la cumbre que tocaba al cielo.

.....
—Aquellas canteras—dijo el padre—altas y desiguales que se ven á lo lejos, son los órganos de Montoro.

Hay un sitio preciso en donde se da una voz desde enfrente y el eco la repite tres veces; y, además, hay una piedra alta en medio que parece un hombre de pie. Se llama el organista.

—¿Pasaremos por allí, padre? ¿Tomaremos algo?

—Si acaso á la vuelta.

—¡Mira cómo se acuerda la picarona de comer!—dijo Miguel cuando hubieron dominado la montaña que formaba la cuenca del río Guadalupe.

Florencia, al llegar á tal sitio, contemplaba largos momentos el pueblo que se divisaba á distancia, y continuando el viaje después de comer, sentados sobre una piedra, animada y amorosa, cantó como una alondra que al cielo se elevaba:

Villalejos, Villalejos,
mis ojos te quieren ver;
en tu regazo he nacido,
y al mismo pienso volver.

Con una carcajada demostró el padre su asombro y alegría.

—¿Quiere usted creer, padre, que he discurrendo yo el cantar?

—¿Tú?

—¡Ya lo creo!

—¡Qué demonio de chica! ¡No cantará mucho rato!

—¿Quiere que le cuente un cuento discurrendo por mí, todo, todo?

¡Ya verá!

**Hasta cuen-
tos.**

—Pues, señor... Ésta era una madre que tenía dos hijas.. no, no. Una niña que se llamaba Cenicienta. No, no. Tampoco, que éste lo sé por haberlo leído en los libros que mandaron de Barcelona... Que iba por un caminito...

Esto no es gracia.

Nada, nada, formalmente. Espere usted que discurra uno que no me hayan contado ni esté en los libros de cuentos que me han regalado. Espere que discurra...

Y después de guardar silencio unos segundos, dijo:

—Pues, señor, esto era una madre que tenía dos hijas muy hermosas, muy hermosas. Vivían en una casita de campo cui-

dando de la finca, y tenían gallinitas, cerdos, corderos... un gato... un borriquito pequeño

La madre era muy buena, muy buena. Se llamaba Margarita del Monte, y sus hijas Azucena y Rosalía.

La madre hacía la comida para las personas y para los animalitos, y el tiempo que le quedaba *cancaba* lienzos del pueblo vecino.

¿Le gusta, padre? ¿Es bonito?

—Sigue, sigue; pero te vas á cansar.

—No me canso, no.

¿Sabe lo que es *cancar* lienzos, padre?

Pues mire usted, es que las mujeres hilan cáñamo y luego los tejedores lo tejen... como el tío tejedor y la abuelita nuestra... Bueno... y luego las mujeres mojan todos los días en verano estas telas, las ponen al sol á secar y se van volviendo blancas, blancas, poco á poco. ¿Dónde estamos?

¿En que *cancaba* lienzos Margarita del Campo?

Sí, y que con los huevos que vendía y el dinero de los lienzos, compraba hilo para coser y cosas en las tiendas.

Pues señor...

Esta Margarita era viuda, y su marido había sido tan bueno que estaba en el cielo.

La viuda siempre lloraba y rezaba por él antes de acostarse, y se levantaba á mirar las estrellas, como nuestra abuela antes de vivir con nosotros cuando estaba en la masía, para saber qué hora era para madrugar, y veía las Cabrillas, los Bordonos, el Caminico de Santiago, el Carro, los Luceros. No había relojes y miraba al cielo...

Tanto rezaba, tanto rezaba que un día le pareció que lo veía con mucho resplandor porque era santo, y le decía que ya pedía él á Dios para que nunca abandonara á su mujer y á sus dos hijas tan hermosas, y se puso muy alegre la viuda Margarita.

El pastor de aquella casa se llamaba Jaime, y era tan bueno que se le aparecía la Virgen y las ovejitas se arrodillaban todas. ¡Ay! Ya verá, ya verá usted lo que sucedió.

Pues señor, andando los tiempos, un día pasó por allí un gran señor... muy guapo, que venía de lejanas tierras. Á Margarita le dijo que le hiciera de comer, y como era muy pobre no sabía qué darle... ¿Qué le daría siendo un gran señor?

.....

El señor le dijo que comería con ellos, que no hiciera nada de extraordinario, y comió como si fuera pobre *farinetas* y patatas, pues no tenían más que pan en aquella casa, es decir, y tocino también tenían para arreglar las patatas y un poco de aceite y sal; pero vamos, que estaban muy pobres, muy pobres...

—Bien, bien—manifestó el padre, ya interesado en el relato.

—Y le dijo aquel gran señor: «Mire usted, señora Margarita, yo vengo por su hija Rosalía».

La madre se asustó de pronto, y avergonzada y confusa contestó que no quería separarse de ella; pero él le dijo:

—Yo cuidaré siempre de ella y no le sucederá nada malo. Está destinado que ha de ir á recorrer muchas tierras conmigo, hemos de hacer mucho bien por el mundo, y no tema usted, que ya sabrá de ella; aunque no la vea, todas las noches vendrá un minuto siquiera á contarle lo que hace.

—¿Quién es usted?—dijo la madre.

Padre, ¿sabe usted quién era aquel señor? ¿Á que no lo adivina?

—¿El Rey?

—No, no; era ¡Nuestro Señor! por ser tan buenas las tres.

Rosalía desapareció.

Y al día siguiente se levantaron y fué la Virgen á consolar á Margarita, la madre, y á Azucena, que se quedó sola rezando con la madre, porque se figuraban no verían más á Rosalía.

Al cabo de muchos años, muchos años...

Interrup- Aquí llegaba Flores en su
ción, si- cuento, cuando, tropezando y
lencio y haciéndose daño en el tobillo
tristeza. con una piedra, se dió cuenta de lo rendida que estaba y terminó por afligirse.

¡Pobrecilla! ¡Caminaba hacía más de cuatro horas!

Pero ¿cómo quejarse después de tanta valentía?

¿Cómo decir á su padre que no podía más?

Y sus piernas se dormían, y doblábanse sus coyunturas, y tropezaba sin cesar, y un nudo oprimía su garganta.

.....
Pero era preciso continuar, porque anochecía y el *burro blanco* estaba muy cansado y se paraba á cada rato en señal de protesta.

Las angustias, el miedo y la aflicción de la niña iban en aumento.

Su cara de ángel jugueteón tornóse en melancólica. Su cuerpo airoso quedó como flor tronchada. ¡Tan grande había sido el cambio causado por la violencia del continuo caminar por valles y cañadas, por montes y riscos, por senderos sin fin...

.....
¡Dios mío! ¡Cómo agobiaba su imaginación todo lo triste y los sufrimientos por ella oídos en sus doce años de existencia!

¡Razón tenía su madre! ¡Por el mundo se pasan trabajos! Empezó á presentirlo con lo que le estaba pasando.

Su recurso para sufrir silenciosa era pensar en la Virgen, y... alucinada completamente, próxima á caer sin sentido, se apercibió su padre del cambio causado por la fatiga, y la tomó en brazos, consolándola.

Con sus palabras y alientos consiguió animarla.

Mas para continuar andando ella necesitaba descanso.

Á caballo un ratito en el borrico blanco y en brazos de su padre cuando era preciso aligerar la carga para seguir, pudo

Flores llegar al fin al término de jornada tan deseada y penosa.

Muchas horas emplearía en explicarte los detalles angustiosos ocurridos desde el instante de su rendimiento, hasta el de descansar en el lecho que le habían preparado sus amigos.

Imaginadlos.

Las últimas horas fatales, angustiosas, mataron sus caprichos infantiles y despertaron recelos para otros viajes.

¡Ya llegaron á los alrededores del pueblo! ¡Gracias á Dios!

El balido y esquileo de las ovejas que caminaban también rezagadas y habían llegado ya á los corrales de las afueras del pueblo, el ladrido de los perros, la gritería de los chiquillos, la luz que salía por las ventanas y balcones, los últimos resbalones del asno en las piedras relucientes de las calles, todo esto pasó casi desapercibido para Flores que, recostada sobre la carga del cuadrúpedo, apenas se daba cuenta. Y estos últimos momentos de llegada sólo dejaron huella á su mente como de sueño confuso que se recuerda en el instante de despertar y que al punto desaparece.

Sólo repercutía en su recuerdo, por lo que le impresionó, el encuentro que habían tenido en las cercanías de allí con un hombre que caminaba contento y de prisa por el lado del cansado grupo sin detenerse, como una ráfaga dichosa, cantando cerca de ellos este cantar, que alegró el alma de Flores hasta el punto de poderlo grabar y repetir en su memoria, como repercusión de extraña alegría ajena:

Caminico, caminico,
caminico de mi tierra,
allá vuelven mis amores
para gozar de mi aldea.

¿Quién sería? ¿Vendría de muy lejos?
Ella no conocía allí á nadie.

Sin duda era uno que, dichoso, buscaba los suyos para ser feliz, pues la ilusión pasa cantando y de prisa.

Antecedentes de la fiesta. Amaneció la víspera de la fiesta.

En casas y calles notábase la extraordinaria animación causada por los preparativos. Y no era en el pueblo donde se celebraba; era en la próxima ermita.

En otras fiestas de los cercanos santuarios, como San Marcos, Santa Lucía, la Virgen del Campo y demás que no te cito por abreviar, salía al amanecer ó un poco más tarde una procesión desde la iglesia del pueblo á la ermita de la Virgen ó del santo patrono que distaba del pueblo poca cosa.

Á esta ermita acudían cuatro ó seis parroquias, todas con lucidos estandartes, acompañados por muchos feligreses y devotos agradecidos, en romería.

Se celebraba á las diez y media próximamente una misa solemne con su sermón, y se volvían por la tarde, después de espléndida comida, cada uno á su pueblo, quedando los comerciantes, ganaderos y traficantes dos ó tres días más, haciendo sus compras y ventas y hablando de sus negocios hasta próxima entrevista en otra feria.

En Alcalá, la procesión salía de la ermita á las diez en punto, con la Virgen de la Vega, imagen hermosa que sonreía á todos según tradición repetida de padres á hijos.

También había danzas y los danzantes recitaban versos.

**Despertar
rendida.** Despierta Flores á eso de las nueve del día siguiente, rezó como de costumbre el ejercicio del cristiano, mientras se vestía y miraba sorprendida cuanto le rodeaba.

Al bajar de la cama para vestirse; ¿cuál no sería su asombro al ver que no podía andar apenas de tantas *agujetas*?

Sobre todo, bajar las escaleras, imposible; tenía que hacerlo casi como los gatitos, á cuatro piés, para que le doliesen menos las piernas, y el cuerpo no podía enderezarlo.

¡Pobre capullo tronchado! ¡Seda fina despeluznada por áspero cepillo! ¡Es la vida!

Pero siquiera aquello era ya un pueblo y había gente...

En el camino nadie, sólo el buen hombre del cantar

Con la curiosidad y las cosas nuevas, todo se le fué mitigando.

Así se borran los sufrimientos, siquiera momentáneamente, hasta que de veras desaparecen los dolores físicos, como desaparecieron los de Flores.

Tenían también una hija los dueños de la casa amiga, joven de veinte años, de la

que había de ser compañera; y aunque cansada, iría al otro día con ella á la ermita, y además de este motivo de consuelo aquella gente de la casa hablaba mucho á Flores de su madre y muy bien, con lo que se ponía contenta.

¡Vaya un viaje! Pero aquello era otra cosa.

—¿Dónde está mi padre?—preguntó á la señora de la casa, buena mujer de alguna edad, aunque no anciana, en cuanto la vió.

—No tengas cuidado, que tu padre vendrá á la noche ó antes; está á su negocio, á ver otros comerciantes que son parroquianos suyos, á prepararse para mañana.

No te impacientes, que ya irás tú mañana con Rita, mi hija, para que no le quiten cosas de su tienda, porque por el mundo hay gente mala, granujillas que no dejan vivir en paz á los buenos.

¡Qué cansadica llegaste anoche! ¡Muertecica, muertecica llegó la pobrecica!

Esto lo decía dirigiéndose á otra familia pariente de su difunto marido, que había ido á la fiesta desde otro pueblo vecino.

—¡Es muy jovencica para andar tanto!

— Eso es cosa de chicos. Su madre no quería, no...

Descansa hoy, que mañana es la fiesta.

.....

A la ermita. Ya tienes á Flores con Rita, joven graciosa, gentil, examinando rincones y rinconcitos de la ermita de la Virgen de la Vega en la madrugada del día de la fiesta.

Visto todo lo del interior de la capilla, extendieron al salir de ella su mirada para examinar las llanuras de aquellos campos, las hermosísimas praderas, los *porches* que circundaban las plazoletas, el río que pasa cerca de allí, los muchos y frondosos árboles, algunos caducos y ancianos, otros corpulentos y fuertes; todas las tiendas llenas de lanas, de algodones, de sedas, de porcelanas, de hierros, de estampas y cuadros con marcos diferentes; de frutas, de hortalizas, de plantas y semillas, de efectos para la recolección, como cribas, horcas, palas, de chucherías, golosinas y demás *menesteres* y *sacadineros*, como decía aquella gente.

Rita contó á Florencia todos los detalles de la aparición de la Virgen en aquel sitio y el por qué se hizo la capilla y se celebra

aquella fiesta anual, en la que sacan en procesión á la Madre de Dios, la cual en la calle sonríe á los fieles... Pasaron la mañana muy entretenidas y contentas.

Comi  la familia amiga all , en el campo, ayudaron en las ventas de objetos y juguetes al padre de Florencia, y ésta, por la tarde, sabedora ya de los sitios más importantes de todo aquello, viendo la ermita y plaza más desocupada, se atrevió á pedir permiso á su padre y fué sola á la capilla, para fijarse mejor en ella y rezar con mayor tranquilidad. ¡Algo tenía que pedir á la Virgen!...

Plegaria. Despacio y con la formalidad de una viejecita, llegó all , examin  las paredes interiores del santuario, de las que pendían muchas figuras de cera, representando miembros del cuerpo humano, trenzas hermosas de pelo, angelitos y otros objetos. Aquello ya sabía Flores que eran promesas por los milagros de la Virgen, pero le asombron tantas ofertas.

Impresionada, se arrodill  delante del altar y puestos los ojos en la Virgen de la Vega y elevando el espíritu como puede hacerlo el alma más candorosa, más fer-

viente y más pura, empezó su oración interior en esta forma:

—¡Señora de los cielos! ¡Virgen Santísima! Yo, humilde pecadora, te pido que no se me muera mi madre;

.....
que no me canse en el viaje, para llegar á casa; que llevemos mucho dinero para alegrar á mi familia y que pronto paguen las letras de los almacenes de Zaragoza donde hacen pedidos y te suplico que mi madre esté siempre contenta.

¡Virgen de la Vega! Además, dicen que me llevarán á una ciudad ó á Madrid con mis tíos para darme carrera y estudiar muchas cosas. ¡Virgen del cielo! que me lleven te ruego y que gane pronto y sea modista, bordadora, maestra ó algo. Maestra... maestra me gusta más.

Yo quisiera, Madre de Dios, mandar dinero á mi madre para que no se apure nunca ni esté triste, y que yo salga bien de los exámenes. Y que venga yo también como las señoritas en los veranos para poder ver á mi abuelita y á mis padres y á mis hermanos; que no se muera mi madre como á Mariita... Cinco salves para eso.

Y las rezaba seguidamente con la cabeza inclinada.

Además, Virgen de la Vega, tres avemarías para que no me regañe mi padre y volvamos con salud á casa. No me desamparéis ni de noche ni de día y entrad Señora en mi interior porque yo no sé explicarme todo lo que quiero, y si soy ahora mala y no me queréis conceder esto que pido, sea así porque me conviene y que me vuelva buena sin ningún pecado ni mortal ni venial.

De este modo terminó la niña sus oraciones; y tomando agua bendita, hizo la señal de la cruz frente al altar, con el mayor recogimiento, y salió á la plaza, en donde ya el ruido de por la mañana había cesado y las pocas gentes que quedaban se disponían á retirar sus tiendas ó resguardarlas para el día próximo, que había muchas danzas y bailes. También era fiesta.

Al verla regresar tan juiciosa dijo su padre:

—¿Me dejas solico?

¿Tanto rato para un padrenuestro? ¿Vas á ser monjica? ¿Has visto á la Virgen del altar mayor?

—¡Ya lo creo! Padre, ¡qué bonita! Conmigo también se sonríe.

—Con todos... tonta.

—Sí; pero es menester mirarla mucho y rezar mucho y ser muy buenos para que esté contenta—dijo la niña.

¿Cómo era
Rita?

Sabes ya que Rita era hija de los amigos de Teresa, y te diré que tenía un hermano mayor que, con su padre, eran *perailes*, oficio antiguo que consistía en cardar, peinar y hacer con la lana diversas operaciones para sacar lo que llaman *trama* y *estambre*, y que, además, eran pequeños labradores y propietarios.

En los años anteriores murió el padre y el hijo mayor quedó con todo el trabajo del oficio y la hacienda.

Había habido en la familia una tía que dejó cierta cantidad para el varón que saliese con *inclinaciones* de cura, pagarle la carrera; y á la mujer que quisiera ser monja, el equipo y la dote.

La madre de Rita procuraba educar á ésta en ideas religiosas con tales motivos y fines.

Oye lo que hablaron Rita y Flores una noche de las fiestas, noche que durmieron

juntas. Sin saber por qué, á pesar de la diferencia de edad, veinte la una y doce la otra, se inspiraron mutua confianza.

—Tú ¿qué serás, Rita?—dijo la pequeña.

—¿Y tú?

—Yo, puede ser que sea maestra...

—Pues yo, no lo sé...

—¿Te casarás?

—Eso tú.

—Yo—dijo Flores—viviré siempre con mi madre; los hombres son muy malos.

—¿Qué sabes tú? ¿Qué, has tenido novio?

—¡Yo novio! Si sólo he cumplido doce años.

—Como dices estas cosas. ¿Qué sabes tú?

—¿Qué, tú tienes novio? ¿Sabes mucho de mundo?

—Bueno, mira, si me prometes no decir nada, te cuento.

—Nada, nada, nada. Ni una palabra.

—Mira que es pecado mentir.

—¡Ya se ve que no me conoces! Todas mis amigas me enteran de sus secretos porque no digo nada.

—Yo he tenido un novio para casarme, vamos... formal; eso decían... pero, hija mía, hemos regañado, me parecen los hombres muy brutos, y le corría prisa el casa-

miento y se casó con otra en seguida.

Ya ves qué prisas... Como yo soy morena y tengo los ojos grandes y negros, y no sé qué de gracia, siempre están diciéndome algo los mozos. ¡Me confunden y me ocasionan rabia!... Voy á la fuente, y se para alguno y espera á ver si paso por una esquina; yo me marchó por otro lado de la calle, porque las jóvenes debemos ser honestas y recatadas. Se acerca á mí, y como me tropiece con intención... aunque sea amigo de mi hermano, me separo y le pongo mala cara. Á uno le di un día un bofetón merecido y me llamó *mula*; pero, hija, yo prefiero me dijera eso que no que estuviera conmigo tan amiguito como con otras, á las cuales les gusta jugar y soportar bromas de hombres, que son pesados y...

Á mí me parece que esas lo pagan luego; pero como no todas son recatadas, á mí me llamó *mula*; ése es el que se casó. Ya ves qué palabras emplean algunos cuando no se les da gusto en sus *chanzas*. Yo estoy desengañada.

Ya te digo que los hombres aquí son muy brutos.

Yo me voy á meter monja; ya se lo he

dicho á mi madre y todo lo está arreglando un tío cura que tengo.

—¡Ay, monja!—dijo Flores con asombro.

—¡Chica! ¿De verdad, de verdad?

—Yo no digo mentiras—contestó Rita.

—¿Y adónde irás?

—Donde me lleven.

—¿Y qué harás?

—No sé. Lo que me manden. Yo quiero ser de la Caridad, cuidar enfermos, hacer bien para servir á Dios.

—¡Ay, Rita! Y tú irás al cielo, ¿verdad? Yo también deseo ir al cielo.

—Tonta, pues al cielo puedes ir. ¿Te crees que siendo maestra no puedes ir al cielo? La cuestión es vivir en gracia de Dios. Muchos santos y santas han sido labradores, y zapateros, y músicos, y de todo.

—¿Y casadas también van al cielo y son santas?

—¡Ya lo creo! Mejor que otras. Resistir las tentaciones, soportar las inconveniencias, trabajar, trabajar con virtud es la cuestión, ó que Dios dé un momento de lucidez para arrepentirse de los pecados antes de morir.

—No hables de muertos, que tengo miedo.

—¡Qué tonta! ¡No pienses en miedo y no lo tendrás! Yo sé muchas vidas de santos; he leído un libro que mi tío me mandó. Si vienes otro año y no soy monja todavía, te contaré...

—¡Tú sí que sabes cosas! ¡Pobrecica de mí!—dijo Flores.—Yo sí que tendré que rezar más que tú para ir al cielo.

—Rezar, aunque sea poco, de corazón. Ya te he dicho que resistir las tentaciones, y mi tío me manifestó que todos podemos ir al cielo si sabemos, cada uno en nuestro *deber*, servir á Dios.

—Tú serás santa como Santa Teresa, como Santa Rita, como Santa Clara. Yo también he leído máximas de Santa Teresa y la vida de algunos otros santos en el *Año Christiano*. Un libro que tiene mi madre y sólo me lo dió á leer este año, que tomé la primera comunión. Lo tiene en el armario y únicamente me lo deja los domingos y en la Cuaresma. ¡Cuántas cosas dice para vivir bien en el mundo! Mi madre sabe muchas máximas de memoria aprendidas en él.

—Á dormir, que me regañará la mía si sabe te doy charla tanto tiempo. Vuélvete y reza para madrugar mañana.

De regreso. Pasaron tres días más en aquel pueblo, y ya dejó Flores al despedirse algún interés y afecto conquistados en el corazón de aquellas gentes; sobre todo en el de su compañera Rita y su familia, cuya despedida les causó la natural, momentánea y triste impresión de naciente amistad.

Ella también llevó agradable recuerdo de aquel hogar y de tan buenos amigos.

No regresaron á casa padre é hija directamente.

Dieron una vuelta para correr vecinos pueblonen dondetenía ocupación D. Miguel.

—¿Cuánto tardaremos en ver á la madre?—preguntaba Flores.

—Pronto, pronto, mimosa.

Hemos de ir á un pueblo donde te enseñará una mujer á fabricar bolsas de lana y de seda para guardar el dinero, como las que vendemos. Tú, después que sepas, enseñarás á tu hermana menor, por si te marchas á Madrid y nos quedamos solicos, y así la otra hará entonces los encargos que tú haces ahora para la tienda.

—Pero, padre, y volver á casa ¿cuándo?

¿Se aprenden pronto esas bolsas y portamonedas?

—Pronto, pronto, y si no otro viaje lo

haremos, pues veo que ya no puedes aguantar sin ir á casa antes de ocho días.

En efecto, en aquel viaje convinieron únicamente los precios y la época en la cual estarían dispuestos para enseñar á Flores.

Aunque este primer viaje fué de grandes fatigas, aquel año y el siguiente, su padre la llevó á otros muchos y diferentes, que hicieron en compañía del borrico blanco, cargado de menesteres para su tráfico.

Como en el primero, enseñaba D. Miguel á su hija todo lo que en cada sitio había de más notable, sin perder detalle. Aquí una *carretera real*, allí un camino de carro, en aquel pueblo una torre antigua, en otro un resto de muralla, acullá una fábrica de sombreros de fieltro; en otro sitio, la cría é industria de los gusanos de seda; en algunos, fábricas de alpargatas; á la orilla de los ríos grandes, molinos harineros y fábricas de hilados y tejidos, aprovechando los frecuentes saltos de agua, todo lo cual curioseaba la niña con atención extraordinaria, haciendo de cuando en cuando interrogatorios difíciles de contestar.

Ya tenemos á los humildes viajeros de regreso en dirección á casa.

San Joaquín y Santa Ana los llamaba

una tía suya que los vió de la mano, y á mí me lo recuerdan en este momento.

¡Qué semblante tan risueño lleva Flores!

Sepárase del padre y camina más de prisa que á la ida. Va delante, tan templada.

—¡Padre!—grita.—¿Es por el camino de la derecha ó por el de la izquierdá?

—Sigue á la derecha, por el más ancho, hasta que encuentres una fuente.

—Bueno.—¿Qué es aquella casa blanca? ¿Pasaremos por allí?

—Es una venta, pasaremos; pero como nosotros llevamos repletas alforjas y el día es bueno, iremos sin parar hasta casa.

—Bueno, adiós. En la fuente le espero.

Y seguía sola, sin detenerse, como no viese venir algun pastor ó caminante, en cuyo caso, temerosa, volvía la vista atrás para examinar la distancia á que se encontraba su padre.

Para colmo de su alegría y derecha fortuna, hasta encontraron un hombre de Villalejos montado en un caballo, que regresaba de una masía al pueblo, y viendo caminar á pie á la hija de Teresa que aquel año, en su presencia, se había despedido tan bien de la escuela... recordando aquella tarde y aquella niña... compadecido,

bajó de su caballo y se propuso ir más despacio, al paso del borrico blanco, para que montase Florencia hasta llegar á Villalejos.

Ella nunca había ido en caballo, y le asustaba un poco la valentía de éste y las cabezadas que daba; pero pensando en las fatigas para llegar rendida hasta Alcalá, todo le parecía gloria, tanto los ratitos que iba sola en el caballo, como los de mal camino, en los cuales montaba el amo en compañía de la niña para no exponerla tanto.

¡Siempre hay almas que se complacen en aliviar las fatigas del bueno! Lo difícil es encontrarlas.

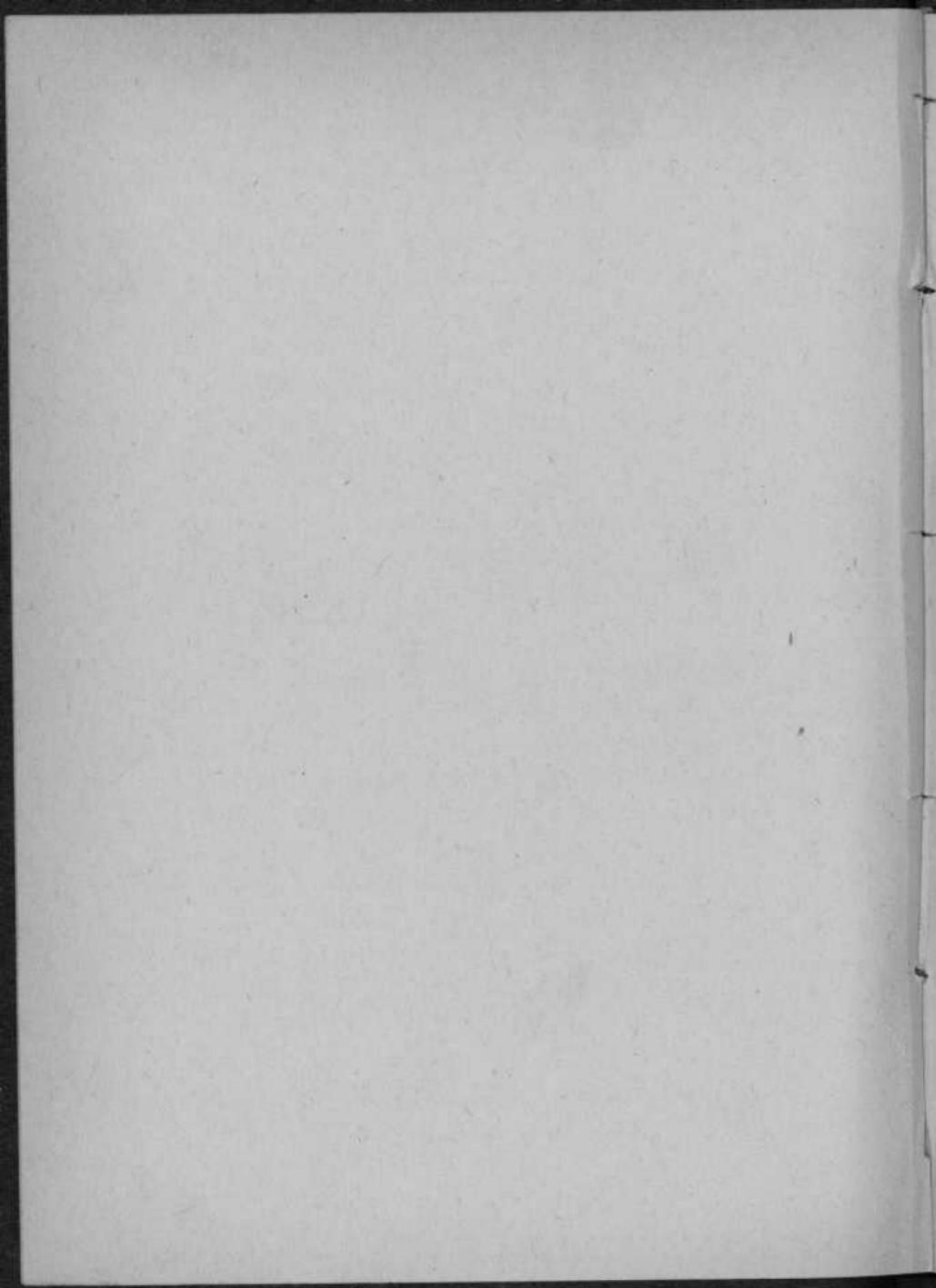
Su padre, cansado también, casi la tenía envidia y ella al verle caminar á pie, conociendo y recordando lo malo que es andar muchas horas sin descanso, su propio dolor, que es el que más enseña, la hizo más compasiva.

—Yo ya he descansado—dijo en alta voz.

—Ya se ve Villalejos. Pronto llegaremos.

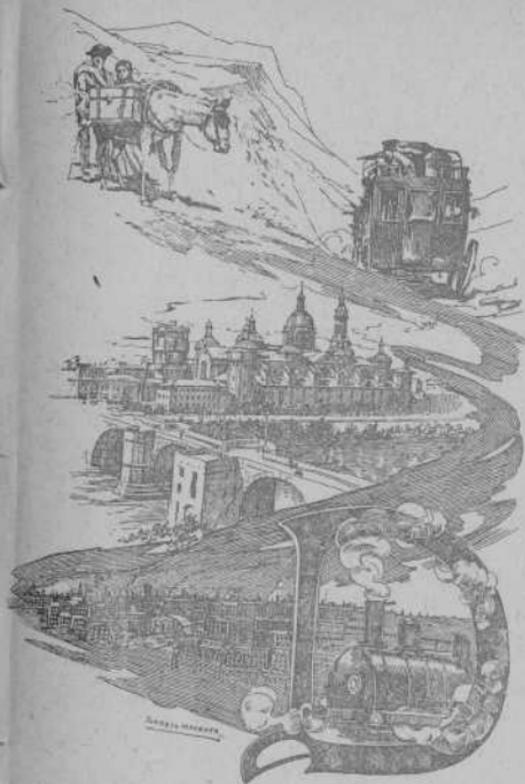
Amigo, yo bajaré del caballo é iré á pie para que monte mi padre. ¿Le dejará usted ir á caballo un ratito?

.....
¡Qué alegría experimentó al poco rato, cuando abrazó á su madre!



CAPÍTULO VII





el pueblo Cator-
á la cor- ce años
te. t e n í a

Flores, dos me-
nos que tú aho-
ra, Rosa queri-
da, cuando reci-

bieron sus padres una carta de unos pa-
rientes de Madrid, que así decía:

«Querida prima: Hemos despedido al
ama de gobierno y á la criada también, y
como sabéis que queremos traer aquí á
Flores, puede venir ahora, pues Lolita,
acostumbrada á su *aya*, *el ama de gobierno*,
está triste, y con ella se alegrará.

Mi esposa Dolores opina como yo. Que venga, que venga Flores.

Las niñas la esperan, sobre todo la mayor, que casi es de su tiempo.

Que no traiga ropa, pues aquí se viste de otro modo.

En Zaragoza, fonda de Europa, estaré yo. Que la lleve allí su padre.

El treinta, sin falta, espero se presenten.

Á mi tía y á todos recuerdos, y para las fiestas iré á veros. — *Domingo.* — 24 Octubre.»

Pensativa quedó Teresa al recibir esta carta de la corte. Nada decían en ella de educar ni enseñar á su hija. Parecía más bien que la llamaban para entretener á sus primitas; pero como Domingo era rico, nada creía había de faltar á su Flores.

Ella, Teresa, no podía sino acceder á los ruegos de sus primos, que tanto bien podían hacer á la niña.

¡La humilde aldeana no era nadie!

Su primo gastaba á miles é influía mucho en los de la familia... Muy principalmente en Teresa, que le debía atenciones repetidas.

¡Oh! ¡Era rico! Y ella en un rincón del mundo metida, donde se gana tan poco...

El primo, porque hizo fortuna. Y menos mal, que se acordaba de ellos...

Domingo, para que se conozca mejor, diremos que cuando iba á las fiestas pasaba por allí como un relámpago, del cual les quedaba sólo la rápida impresión de haberle visto.

Durante su corta estancia en el pueblo, las numerosas invitaciones de amigos, con los que le gustaba compartir, llenaban la casa de gente y proporcionaban á Teresa y demás familia no poco trabajo, tanto más cuanto que el buen Domingo exigía se sirviera y atendiera á los comensales y visitas con verdadera prontitud y esplendidez.

Ella ¡tenía que guisar tanto!... y siempre corriendo, y con el temor de no acertar el gusto de su primo.

—¡Qué cosas tienen los que vienen de Madrid!—decían comentando Teresa y la abuela.

—¡Qué cosas tiene Domingo! Se empeña en que aquí se haga todo como en la corte, donde tiene tantas criadas y puede comprarse en seguida lo que hace falta.

Los pueblos son pueblos, y ni con dinero se arregla todo á veces.

De pronto se presenta él con cuatro ó

seis más á comer, y para mí son los apuros.

Gracias á las ollas de conservas, que me sacan de ellos; á pesar de que como él quiere que sus invitados coman á lo señor y manda se pongan las mantelerías y vajilla finas... siempre estoy con el agua al cuello.

En un día todo manchado; y ya te puedes preparar para el convite de mañana...

Pero no se le escape á usted, madre, decir nada y se nos enfade. .

Teresa, por lo poco agradecido que era su excesivo trabajo, deseaba dieran fin los lugareños convites, en los que corría el vino en abundancia, se fumaban sabrosos tabacos y eran las corridas de toros y los negocios de bolsa la conversación favorita.

Movida por el cariño que su buen corazón le inspiraba hacia su primo, anhelaba Teresa que dedicase dos ó tres días de su corta estancia á ella, á la abuelica y al resto de la familia. Pero llegado el momento de partir, siempre quedaban la abuelica y la hija atontadas, la primera por el barullo de las fiestas y rendida la segunda por tantos quehaceres extraordinarios, y muy apenadas se preguntaban:

—¿Y la colocación de tu hijo? ¿Y la ayuda para nuestro asunto? ¿Y tal cosa? ¿Y

tal otra de que escribió el primo que hablaríamos á nuestra vista y nada nos dijo antes de partir?

—Le preguntaremos á su amigo Antonio, si hablaron algo.

Despedida
de la al-
dea y últi-
mos avi-
sos.

—¡Ya te llaman los primos, hija mía!—dijo Teresa saliendo llorosa de la habitación, donde estaba en la cama la abuelita.

—Á ver, á ver la carta—contestó Flores.

—Si no dice nada, hija; que el treinta estás en Zaragoza, fonda de Europa. Ven aquí que te advierta cosas que luego más tarde, con despedidas y prisas, no podré decirte. ¡Ven aquí! Siéntate. Vas á emprender un viaje, y antes de hacerlo quiero decirte todo lo que siente mi corazón.

Flores y su madre se abrazaron impresionadas y lloraron algunos momentos.

Suelen los hondos pesares obligar al silencio, por no poderse expresar, hasta que su propia fuerza rompe el nudo opresor y brota la emoción en lágrimas que serenán el cielo del sentimiento y aparece luego la palabra relativamente tranquila; así pasó á Teresa en la última amonestación y los últimos encargos á su hija.

¡Momento solemne de los postreros días, en la íntima despedida!

—Has de saber antes de llegar á Madrid que ya, hija mía, tus tíos mandarán en tí, y que debes obedecer á todos jovial y amable.

No pidas nunca nada; manifiéstate contenta siempre; en la comida, en el vestir, en todo, mucha moderación; piensa que ya tus padres entonces estamos lejos y no podemos hacer nada por tí; aquí ya sabes, vivimos trabajando, y para vivir en Madrid no somos nadie. En pocos viajes gastaríamos lo que tenemos... ¡después de tantas fatigas para ganarlo!

Tú no estés triste, ni pienses en nosotros ni llores nunca: ¡siempre valiente!... —y lloraba para adentro la madre, con un nudo en la garganta y oprimido el corazón.

Ya te traerán algún verano que vengán aquí mis primos y nos contarás muchas cosas.

∟ Cuidado con dar nunca ningún disgusto. Procede en todas ocasiones á satisfacción de los tíos, para que no tengan queja de tí.

Por Dios te encargo, sobre todo, que aprendas mucho... que trabajes siempre, que el trabajo es lo más santo y más sano.

El saber es bueno y agradable y además muy útil.

Sabiendo y trabajando todos te querrán y serás con el tiempo una mujer de provecho... Ociosa y holgazana... nadie te apreciará.

Á tus primitas no les hagas daño, por falta de cuidado.

Por las mañanas ya te explicarán tus quehaceres; pero mira .. nunca salgas de tu habitación sin levantar la cama y asear tu cuarto y lavarte y arreglarte, que no parezcas mal ni sucia á nadie, ni que digan ¡qué madre te habrá enseñado tan mal!

Mucho, mucho cuidado, que empiezas vida nueva; tú sola has de comprender si obras bien ó mal.

-Allí que estará todo á propósito y ordenado, ya sabes lo que á mí me gusta. No te olvides de ello.

Y en fin, hija mía, no te encargo más. La Virgen Santísima te ayude y te libre del mal... Yo, aquí me quedo llorando y rezando por ti, y en espera de que tus noticias serán mi consuelo.

-¡No llore usted, madre! No tenga cuidado. Ya le escribiré mucho.

¿Cuántos meses faltan para las fiestas?

¡Qué gusto si me trajeran entonces! Ya no me conocerán; iré *vestida de señorita*, como me dice mi padre.

Así se expresaba la niña ocultando su emoción y sus lágrimas.

—Más linda que ahora me pareces, no me parecerás... no me parecerás—decía la madre estrechándola con mayor cariño.

¡Qué pena es no poseer bastante fortuna para tener los hijos siempre al lado! ¡Dios mío!

La duda y la esperanza llenaron desde aquel día el corazón de Teresa.

En marcha. ¿Qué fué de su hija en Madrid?

Ya lo irás sabiendo.

Muy bien arregladita y no sin equipaje, pues les parecía á los padres demasiada improvisión, salió de casa, habiéndose despedido de la abuela, que lloraba sin esperanza de volverla á ver, de su maestra, quien la encargó estudiara, si podía, su misma carrera, de sus amigas, y de casi todo el pueblo en general que, dándole alientos y esperanzas, le dijeron adiós, cariñosamente, unos en la tienda de sus padres, y en la calle y hasta en las afueras los

más íntimos, de donde regresaron acompañando á su afligida madre.

Ya se fué Flores, camino adelante, con su buen padre...

.....

Tras una jornada en el ya conocido *borrico blanco*, pasaron á la diligencia que con mayor brevedad acortaba largas tiradas, una tras otra, de la carretera, *ancha faja* gris, al parecer interminable... Con resonantes cascabeleos de las caballerías, alegres cantares del mayoral, cansancio y mareo de viajeros, los cuales se tropiezan sin querer en los frecuentes traqueos, llegaron á la estación de la Puebla de Híjar.

La aparición de la rugiente locomotora no impresionó mucho á la joven viajera, por la idea aproximada que de ella tenía, lo que le habían contado, lo que había visto en grabados y estampas y por los juguetes que se vendían en el bazar de su casa.

Apenas entraron los viajeros, exclamó Flores:

—¡Qué bien se va aquí! Se puede hasta dormir.

Y cansada del traqueteo del coche y rendida por las emociones, se durmió.

Se aproximaba el ferrocarril á Zaragoza y Miguel se lo advirtió á su hija.

—¡Qué cierto me ha parecido el camino! ¡Cuánto corre el tren!—dijo la niña.

D. Miguel le llamó en seguida la atención de esta manera:

—¿Ves por la ventanilla esas luces, allá, tantas, tantas?... Es Zaragoza.

Cuando entres en Madrid, percibirás más luces y un gran movimiento al llegar á la estación.

Bájate despacito. Cuidado no lo hagas nunca de prisa; hay tiempo... Escucha, escucha, y se oyó repetir en el andén: «Parada y fonda».

¡Todo llega en este mundo! No te precipites.

.....

Ya estamos en Zaragoza.

De Zaragoza á Madrid. Como buenos aragoneses no dejaron de visitar á la Pilarica, en cuyo templo los dos oraron fervientes y de rodillas, besando, además, el desgastado pilar de piedra que al respaldo de la capilla adoran los fieles.

Y vieron el Ebro famoso deslizarse por detrás del templo, manso, pero valiente,

como centinela guardador de aquel sagrado monumento, cuya arquitectura, cuyos altares y cuyo coro, pinturas y demás detalles de mérito, comparaba D. Miguel con la iglesia de Villalejos, haciendo notar á la niña diferencias tan notables.

Fueron también á La Seo, cuya severa y extraña arquitectura impresionó de tal manera á Flores, que le hizo exclamar:

—¡Qué cosas tan hermosas hay en Zaragoza!

—Y las que están haciendo—añadió el padre.—Ya verás otro año la Facultad de Medicina y el barrio de Torrero, y muchas cosas más... y cafés y comercios y calles y plazas y fuentes... Ahora empieza á ver mundo. En Madrid hay muchísimo más.

Encontraron al primo Domingo, comieron en la fonda con él y al día siguiente fueron á la estación de Zaragoza para continuar el viaje.

Ya en la despedida, haciéndose la valiente Flores, abrazó á su padre, lo besó muchas veces sin llorar; pero al decir el señor Miguel «Adiós, hija mía, no nos olvides nunca ni á tu madre ni á mí, que, aunque somos pobrecicos, somos tus padres», en-

tonces la niña lloró mucho y con grandes sollozos.

En aquel instante, había surgido en su memoria que una niña en el pueblo, envidiosa como la del *trapito azul*, que ya conoces, al despedirse de Flores, dijo á las amigas: «Cuando Flores venga de señorita no nos mirará siquiera. ¡Parece mentira que sus padres, pobres como son, la dejen ser señorita!»

Disgusto le causaron las noticias de esta conversación cuando á ella llegaron, pero al decirle su padre casualmente en la despedida: «*Aunque somos pobrecicos, somos tus padres...*» le trajeron este recuerdo, afligiéndola tanto como si ya comenzaran los reproches.

—¿Tan animada y lloras tanto?—dijo el señor Miguel, sin penetrar el fondo de la niña.

—Adiós, padre...—contestó—y no llore... Cúidese mucho con la madre, hasta que yo vuelva; les quiero muchísimo á los dos. nunca, nunca les olvidaré. Escribiré en seguida de llegar á Madrid una carta muy larga con todo lo que vea—y le dió afligida gran número de besos y abrazos.

El padre volvió á la aldea triste y llo-

roso, aunque pensando que él sería muy pronto viejo, y aquella niña, si *llegaba á flote*, podía servirles de consuelo y ayuda en la vejez.

Tenían que sacrificar su cariño en bien de ella y de todos.

En Madrid. Llegaron á la corte tío y sobrina. Un coche de alquiler los llevó á la calle de San Felipe Neri, esquina á la calle Mayor.

Su tía, primas y varios amigos esperaban alegres á la *paletica*; al verla y preguntarle por el viaje y la familia, ya les pareció en sus modales y charla menos paleta de lo que esperaban.

¡Qué guapita! ¡Qué lista parece! ¡Qué bien contesta á cuanto le preguntan!

Esta fué la impresión general al verla y observarla los primeros días.

Un gabinete á la derecha de la sala y otro á la izquierda eran las habitaciones principales de la casa, cuyos cinco balcones daban á la calle Mayor, de los cuales se dominaba ésta, desde cerca del Ayuntamiento hasta parte de la Puerta del Sol.

El mueblaje era el preciso, sencillo y elegante.

Instalada quedó Flores en el gabinete de la izquierda, muy bonito y muy claro, con dos balcones alegres, sobre todo uno, que sin salir de él se veía el incesante movimiento de tranvías, carruajes y transeuntes afluentes á la puerta del Sol. *Coché parado*, como le llamaban á tan distraído gabinete.

El otro balcón daba á la calle Mayor.

Ya está Flores sentada en silla de rejilla, en su habitación, bordando en un bastidor chiquitito, vestida con una blusita de percal blanca con lunares azules y falda de lana.

Su trenza entre rubio y castaño, que en Villalejos llevaba enroscada en moño bajo, ha cambiado de forma y colocación. La tiene doblada hacia arriba terminando en moño alto, y además usa flequillo rizado.

Aquí está la flor temprana, tranquila, pasadas las emociones primeras, juiciosa y timorata después de conocer la nueva familia. Linda es la maceta que la contiene, Veremos cómo crece trasplantada del montañoso campo.

Fíjate Rosa, que ya está en presencia de su tía.

—Quiero que me llames prima—dijo entrando la esposa de D. Domingo—Me parece que tía soy más vieja y no me gusta. Tu tío dice lo mismo. Primos, primos, y á las niñas por su nombre, ya lo sabes; y á Inés mi amiga no se te escape llamarla señora Inés... es señorita, porque no se ha casado todavía y le sabe mal llamarla señora.

—Bueno, tía Dolores ¡Ay, Dios mío! ¿Ve usted cómo se me escapa? Me parece poco respeto llamarla prima; pero bueno, prima Dolores, á ver si ya lo diré siempre así.

—No prima Dolores, prima solamente. Es que he regañado con una sobrina que tenía de niñera y no quiero ni criadas parientes ni que me llamen más tía. Ya se lo dije á Domingo antes de llamarte á Madrid. No quiero más.

Mañana vas al teatro con mi papá y sin vestido á propósito y sin sombrero... á butaca.

Se ha empeñado en eso. ¡Qué cosas tiene!

Te pondré una mantilla...—dijo indiferente.

Hacía muchos días que no venía á esta casa: desde que me dió un disgusto tremendo.

¡Ya, ya! Y viene esta mañana con idea de llevaros al teatro á tus primos y á ti.

Y hay que obedecerlo porque si no vuelve á enfadarse.

Ya vienen las niñas del colegio—dijo mirando á la calle y viéndolas aparecer por la acera de enfrente.

Pronto llegará también tu primo á comer; puedes ir á la cocina á probar aquellas judías verdes, y veamos cómo las aderezaba tu madre, que aquí no acertamos ni cocineras, ni yo ni nadie, y siempre está él nombrando los guisos de allí y las patatas deshechas con trocitos de jamón. Yo no sé más que el puré de patatas y él dice que no es eso. ¿Qué podrán ser esas dichas patatas? ¿Dejarán de ser patatas? Todo lo de Villalejos es riquísimo, empezando por la fruta y terminando por el jamón, dice siempre. Yo no sé en qué consiste; ¡chifladuras por su tierra! Más cosas y mejores que aquí no habrá en Villalejos.

—No, D.^a Dolores, no las hay—dijo Flores: —aquí hay más, sólo en la tienda que vimos ayer, aquella de Prast, en los escaparates, de donde trajimos tantas cosas; hay más allí en aquella casa que en todo Villalejos. ¡Ya lo creo!

Los que van á nuestro pueblo en el verano, los señores, dicen que son las aguas, que como muy buenas, dan hambre y los aires también y el subir y bajar cuestas.

—Eso será: hambre le falta á tu tío; pero te repito que no me llames más D.^a Dolores...—dijo en tono de mando. ¿Crees que nos llevamos tanta edad?

Tu tío es doce años más viejo que yo; ya ves, soy todavía joven.

¿Tú tienes quince años? Yo no llego á treinta. Podemos ser hermanas; otras se llevan más diferencia.

—Mamá—gritaron en el pasillo las dos niñas,—esta tarde no queremos ir al colegio. Jugaremos con el teatro, con las muñecas y con las cositas del armario; que las arregle Flores...

—Yo no quiero ir á la escuela...—gritó el lorito entonces, al oír las voces.

Y las niñas continuaron hablando las dos á un tiempo.

—Anoche nos dijo Flores un verso muy bonito y además un cuento. ¡Sabe muchos, mamá!

Que nos cuente otros esta tarde, y, como es sábado, no vamos al colegio.

—Lo que quiera mamá—contestó Flores.

.....

Antes de continuar el curso de esta historia, hermana querida, historia que quiero sirva de ejemplo para ti al contártela y de aliciente á las lectoras para quienes tú la vas copiando, según te lo cuento, y después se ocuparán en la imprenta de darle forma de libro, quiero que sepas que aquí, en este pasaje, empiezan los momentos más críticos de la vida de Flores.

Escucha con la mayor atención.

**El abuelo
de Madrid**

Era el padre de D.^a Dolores comerciante que vivía ya retirado merced á la economía, larga lucha, constancia en el trabajo y suerte que tuvo en pocos años con acciones de minas que le proporcionaron cuantiosos dividendos.

Cuando le conoció Flores, su aspecto era el de un caballero de edad, pero no anciano, de buen color, bien conservado y calva cabeza.

Este señor, un tanto raro por la fatiga del trabajo, vivía solo con dos sirvientes en la calle Mayor, cerca á la casa de su hija, á la cual había educado en colegio vecino y criado con ama de gobierno desde

que su esposa se había muerto, procurando suplieran á ésta en la educación de la hija aquélla y las maestras. Trataban ellas con muchos mimos á la niña, con demasiado rigor el padre. La falta de constancia en el cariño y de las amantes correcciones de la madre, hicieron de ella una mujer buena y aun infeliz, pero de carácter orgulloso, poco reflexivo y desigual y salud bastante delicada.

Esta D.^a Dolores, ya conocida, era madrileña, no fea, rubia y alta, que se casó prematuramente con D. Domingo, impulsada por un carácter independiente, propio de su orfandad y el deseo del padre de colocarla pronto.

Cambio. Habiendo visto el abuelito en la joven aragonesa como un pretexto constante para estar más con sus nietas y que la aldeanita les sirviera de ejemplo, iba y venía de una á otra casa frecuentemente, llevando flores ó dulces para las niñas, ó anunciando se preparasen para ir á distracciones ó recreo con él Flores y Lolita.

Por esta causa conoció Flores con el abuelo todo lo notable de Madrid, museos, iglesias, teatros, paseos, edificios y las cos-

tumbres de la corte, que el buen señor iba explicando cuando estaba más alegre.

En las primaveras, como los médicos le aconsejaban al viejo distracciones y paseos por el campo, organizaba excursiones al Escorial, á Aranjuez, á la Granja, á Toledo, etc., y para expansionarse mejor iban la baturrica y su prima, que consideraba como nietas á las dos.

En fin, llegó el abuelo á no saber gastar el dinero solo, y á cobrar tal afecto á sus juveniles acompañantes, que á pesar de ser tan gruñón y raro, poco á poco parecía que su carácter se iba dulcificando y hasta trataba con más afecto á su hija.

Llegó á persuadirse de que tanto influían estas dos niñas en la suavidad de su espíritu, que cuando quedaba solo reflexionaba sobre la pobreza de Flores y la bondad de su corazón, haciéndose á la idea de que era un deber educarla como á su prima.

Llegó á llamarla *Lazo de Unión*, establecido entre la casa de la calle Mayor y la de San Felipe Neri.

Y al cabo de poco tiempo resolvió protegerla decididamente.

Mas todo es en la vida efímero y variable menos la eterna bondad de Dios.

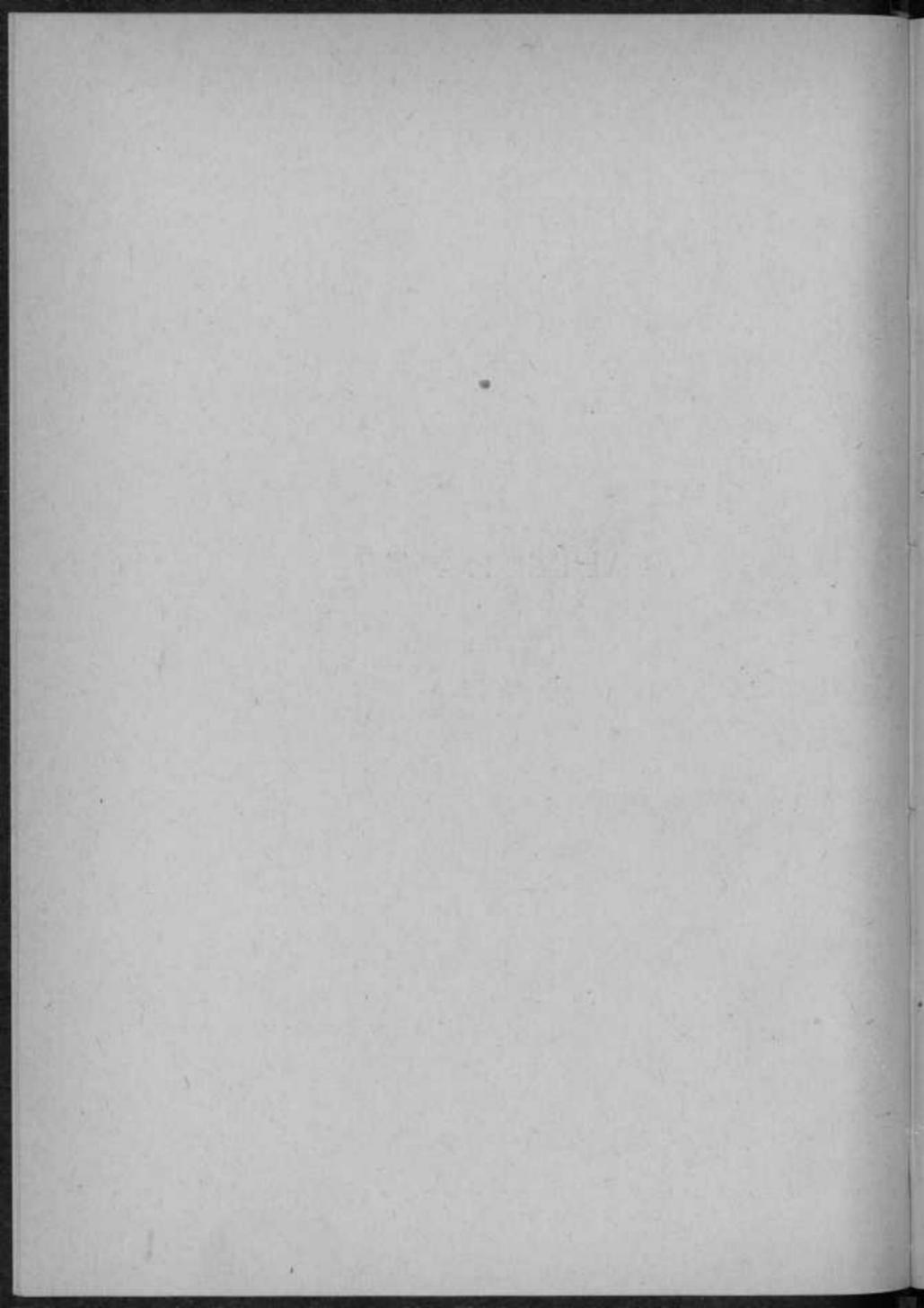
Aquella iniciación de dicha y armonía no duraron mucho tiempo. Engendraron el cariño y las preferencias del abuelo á la aldeanita y á su nieta Lola; pero esto despertó la envidia de algunas amigas de la familia, parecidas á las del trapito azul, que las hay en todas partes, amigas que visitaban la casa y á las que también solía prodigar obsequios alguna vez el abuelo; éstas hacían comentarios de todo, extraviados de la realidad, que ocasionaron en doña Dolores los naturales celos, por sí y por sus hijos, siendo Flores al cabo el blanco de todos sus malos humores y hasta de algún apartamiento del pobre viejo, que no quería se enfriase el cariño de los suyos en los últimos años de su vida.

Flores no fué el primer año ni al siguiente á su pueblo, y tratada con cariño primero, y con despego después por D.^a Dolores, empezó á titubear hasta de sus propios é inocentes actos, á sufrir en silencio, á no saber en qué forma conducirse, á trabajar más que nunca para ver si acertaba, á manifestar conformidad en todo cuanto á ella se refería, á ir como un lince adivinando pensamientos de grandes y pequeños, á madrugando mucho, ayudando á las criadas y aun

trabajando más que ellas... Todo fué contraproducente.

Los elogios que muchas personas hacían de ella, aumentaban más el despego de D.^a Dolores, causando ésta más temor que afecto á Flores, temor que iba aumentando y ganando poco á poco el sitio de cariño que en el corazón infantil había germinado.

CAPI TULO VIII





ostal- Muy
 gias, triste,
 refe- xiones herma-
 y ale- grias. na mía,
 llegó á
 encontrarse
 Flores.

Empezó á notar la diferencia que hay entre el cariño de los buenos padres, la libertad y confianza del propio hogar y la frialdad que causa el extraño, cuando no se encuentra el afecto franco y verdadero.

En el amanecer de un día de sus sole-

dades, hallábase despierta en su lecho. ¡Tan distante de Villalejos!... como tú de nuestros padres y aún más si se quiere; porque estaba triste y la tristeza aumenta en estos casos la distancia... como el miedo aumenta el susto.

La pena tenía despierta antes que de costumbre.

No se atreve á levantarse, no vaya á estar mal hecho también; no la oigan que tropieza en alguna silla y haciendo ruido le digan luego que ha despertado á los demás.

Decide estarse quieta pensando...

¿Qué pensar para consuelo?... ¿De qué tenía ella culpa?... ¿Á quién quejarse? ¡Á nadie!

Su madre le había dicho que mucho cuidado con molestar á sus tíos y en todas las cartas repetía lo mismo...

Una percha tenía enfrente de su alcoba y allí colgadas varias faldas.

Entre ellas veíase un grueso refajo encarnado de lana y punto de crochet que la misma Flores había hecho en las vacaciones, al lado de su madre en el portal de su casa..

Contemplantarlo y acudir á su mente los recuerdos felices de su madre, de la escue-

la, de las vacaciones, de sus amigas y sus hermanitos... fué todo uno. Su alma entonces llenóse de aflicción.

Cubrióse con las sábanas la cabeza y sollozó largo rato.

Aquel desahogo tranquilizó momentáneamente su ánimo, ¡pero hasta el llorar le parecía delito!

Llorar estando en casa tan lujosa, en tan buena cama, comiendo tan bien, yendo á diversiones y teatros, á viajes...

¿Sería ella acaso desagradecida? ¿Serían todas estas cosas por falta de reflexión?

¡Pobrecilla! Faltábale conocer el corazón humano, para poder explicarse sus penas y sus nostalgias.

Era sensible, era inocente y echaba de menos el cariño verdadero, el cariño de los padres.

¡Es tan triste no verlos cuando se es buena hija!

¡Cuantos ratos pasó como éste desde entonces!

Mas para aprender era necesario sufrir sin que lo supiera nadie... La almohada era su única amiga de confianza, la que sabía todos sus secretos, sus dolores y sus recuerdos.

Desde entonces las cartas de su casa, los cajones con frutas y regalos que mandaban por Nochebuena sus padres, todo, en fin, lo que de Villalejos venía, le causaba alegría primero y luego triste impresión, fenómeno psicológico que á veces terminaba en lágrimas que procuraba disimular para no ofender á nadie, ni dar motivo á indirectas ni reticencias de los que ya no la miraban con agrado...

Su carácter llegó á cambiar con esta lucha interior algún tanto; se volvió más tímida y recelosa: disimuló, reprimió la franca y natural espontaneidad de su infancia.

Encontrar ocasión para poder á solas leer el *Quijote* y otros libros del despacho de su tío era su afición favorita, su verdadero consuelo.

En aquel grandioso libro le parecía ver los caminos y ventas de su país y el borrico blanco con sus alforjas llenas de merienda. Encontraba además algo que le recordaba las sentencias provechosas de su madre, y el sabor de naturalidad y armonía del campo que la trasportaban á él, quedando á ratitos satisfecha.

Leyó todo el sublime libro de Cervantes

aquel año, aun siendo tan extenso y necesitando paciencia para seguir su curso por primera vez. ¡Ya verás tú, moza, ya verás cuando lo leas el tiempo que emplearás!

Estudiar y repasar en los libros de Lolita lo que ella había aprendido en la escuela, fué también un recurso instintivo que pronto le sirvió de mucho, de muchísimo.

Ocupado su tío todo el día en los negocios, no pudo notar el cambio de la joven, en cuyo rostro se veían las huellas de la nostalgia, amortiguando los vivos colores que siempre habían adornado sus mejillas.

El abuelito fué el primero que comprendió algo de lo que sucedía y turbaba el ánimo tranquilo é inocente de Flores, y sin ésta saberlo habló al detalle con sus tíos. Abordó la cuestión enérgicamente; desde tal entrevista constituyóse en protector de la baturrica y decidió marcar á la joven rumbo fijo en su conducta.

Á Aranjuez —He querido venir solo contigo y sin Lolita, para hablarte muchas cosas— dijo entre los paseos de los hermosos jardines el abuelito.
con Flo-
rencia.

¿No estabas muy contenta otras veces, cuando te llevábamos al teatro, á paseo ó de excursión, Florencia?

¿Por qué no te alegras hoy?

—¡Sí, señor, si estoy contenta!

—No. Otras veces te he visto muy risueña y no te veo ahora.

Para un viejo una niña siempre tiene el pecho de cristal.

¿Has llorado hoy?

¡Bueno, bueno! Nada me digas

¡Antes que tú conozco yo las personas!

¡Conozco el mundo, hija mía! Yo arreglaré muchos desarreglos de mi hija.

Ya sabía que tú nada me habías de decir. Eres sufrida.

¡Volverla al pueblo!...—decía indignado como hablando solo.

Así pasan las cosas: hoy quiero y mañana no.

Caprichos y tonterías uno tras otro...

¡Cuándo tendrán juicio! ¡Primero más que una hija... ahora que al pueblo!

¿Qué dirían sus padres y su abuela de nosotros?

¡Volverla al pueblo, después de sacarla de su casa y hacerla una señorita!... No puede ser.

Flores escuchaba queriendo comprender bien el alcance de aquellas reflexiones.

Lo que hablaba el abuelo eran reflejos de una entrevista con su hija y marido de ésta, respecto á la salud de Flores y á lo que había de hacerse con ella en adelante para preparar su porvenir.

—¿Te gusta estudiar?—dijo el anciano de pronto.

—¿Una carrera? ¡Qué alegría! El saber es muy útil, me decía mi madre. La tía me dice, en guasa, «*leyendo me acuesto, leyendo me levanto*». ¡Ya ve usted si tengo afición!

—Pero entonces, ¿cuál es la causa de ocuparte tanto de los quehaceres y labores domésticas de la casa?

—Porque de día hay mucho trabajo en las casas y el almuerzo y el principio me dice la chica que lo haga yo como en Aragón, que así come más mi tío y la niña malita me quiere más á mí también cuando queda sola en mi habitación por la noche y no duermo, leo... y estudio...

—Bueno, bueno... Tú me vas á hacer caso á mí desde hoy y nada más. Yo tengo menos que hacer y puedo ocuparme de ti que eres niña y necesitas ayuda.

Tus padres creo que me darían atribuciones para todo si supieran lo que ocurre.

Mejor será que no sepan nada para que están tranquilos.

Quiero favorecerte, porque lo mereces y estás en una edad muy difícil, eres pobre y, siendo ya una señorita, no vas á ir á *arar*, cuando se ve por todo que no has nacido para eso.

La joven miraba triste al suelo apoyándose en una sombrilla y apenas alcanzaba lo que le decía.

El abuelo continuó hablando.

¿Qué harían de ella? ¿Qué decidirían?...

Silenciosos caminaban.

—Sí, hija, sí. Todos los que muestran querer razonar no tienen razón, ni todo lo que parece es.

Tú eres niña, no entiendes todavía las cosas humanas. Esto no es tu pueblo...

Continuaremos otro día estas reflexiones y te dire cómo creo que debes proceder de hoy en adelante.

Prescinde un poco de tus tíos, pues yo he hablado con ellos. No te preocupes de buenas y malas caras, que á veces será idea tuya. Tú no eres de nada culpable;

si algo pasa, sufre, calla; nada me has contado tú, de nada te han de culpar.

Obedeces al abuelo y respetas á todos.

Si alguien te regaña, aquí estoy yo que ordéno lo que has de hacer. Dímelo.

—Si yo estoy contenta y conforme...

—Pues yo no; á estudiar para maestra. Con lo que ya sabes pronto lo serás. Conozco profesores y profesoras en abundancia.

La joven callaba y siguieron en silencio un largo rato de paseo.

Después vieron la casita del labrador, recorrieron los jardines y volvieron á Madrid, sin haberse enterado bien Flores de nada de cuanto recorrieron.

Las preocupaciones llenaban el espíritu de la joven por la novedad con la noticia del cambio de vida que desde aquel día había de hacer; el del anciano por el deber que le imponía la tutela de la niña aragonesa, que siempre había de ocasionarle alguna molestia y celos de su hija y nietas, á quienes quería más que á nadie; pero según decía él repetidamente, la caridad es un deber.

Protegida. Animada quedó Flores con el apoyo del abuelo; alegrábale lo de estudiar

cuanto quería y soñaba ya con ganar para ayudar á sus padres; pero, no obstante, en muchas horas del día estaba triste y preocupada, con temores é inquietudes.

Silenciosa con sus tíos, sólo tenía orden de salir de su gabinete para comer.

Así lo hacía, temerosa... de molestar.

El demás tiempo debía de dedicarlo á los libros y á ella.

Para nada había de hablar con nadie, según le dijo un día su prima.

Sola siempre, menos en la mesa, estudia que te estudia, lee que lee, cose que cose, borda que borda, corta que corta, sólo era sorprendida alguna vez por la espontaneidad de las niñas, que comprendiendo instintivamente de dónde partían las caras serias, decían al entrar corriendo escapadas:

—No estudies más, Flores. Cuéntanos un cuento ahora. Mamá ya ha salido. Corre, rica, que te quiero mucho...—añadía besándola cariñosamente Hortensia, que tenía diez años.

La silenciosa pasionaria, dando la vuelta á su asiento, dejaba entonces los libros y formábase no muy tarde el corro que puedes suponer...

No fué cuento lo que contó Flores un día. Fué un poema infantil, que reflejaba su estado de ánimo y las dulzuras de su hermoso y sencillo corazón.

—Cuéntamelo, cuéntamelo — repitió Rosa.

—Otro día será. Si á contarte fuera detalles lindos é interesantes de la vida de Flores, no terminaría nunca. Hay muchos muy singulares, muchas grandezas y muchas hermosuras, que esta vez he de pasar por alto para continuar el relato.

Entrañablemente se querían Flores y las niñas, sobre todo la pequeñita, enferma, pero hubieron de separarse sin comprender ellas el por qué.

¡Cosas de familias!

Para evitar disgustos, decían los mayores:

Los primeros ensayos á solas.

—Este vestido viejo ¿le sirve para algo, prima?

—Es pasado de moda de cuando yo no tenía hijos y gastaba mucho en modista; todo lo de ese baúl para tu pueblo.

—Entonces, ¿es para mi madre todo esto?

—Sí, y cuanto antes voy á mandar un cajón. Fuera estorbos.

—La voy á pedir á usted un favor, y es que como todo es para mi casa, si me dejara usted, si me permitiera ensayarme de modista, que yo corte unas cosas y haga lo que quiera...

—Puedes hacer lo que gustes con todo eso del baúl grande. Cosas antiguas que no he de llevar más.

Siempre con dibujos y patrones y ensayos de modelos.

¡Qué sabia vas á salir! Si se empeñan... claro.

—¿Puedo cortarme un vestido ó lo que me salga?—dijo con temor.

—No me preguntes más. Haz lo que quieras.

Si en esta casa manda mi papá.

Callar ella siempre á todo era la orden prudente que le había dado el abuelo.

Ensayando algunos ratos en los vestidos y telas viejas para no pedir nada y prepararse para el viaje, se hizo con lo que había visto y su afición, un corsé, dos blusas y un vestido, que copió del figurín á que estaba suscrita su prima, y como le saliera bastante bien y las telas, entredoses y encajes eran todavía muy buenos, un domingo, que subió el abuelo y había buen humor en

la familia, olvidando la joven tristezas diarias, fué llamada por Hortensia, y avisada de que estaban las amigas. Sin decir nada Flores, entusiasmada con su propia labor, vistióse con su corsé blanco hecho de piqué viejo y con su vestido elegante del figurín de aquel mes, y saliendo del gabinete á la sala donde estaban todos los de casa y las amigas de costumbre con otra íntima familia, dijo:

—Buenas tardes, señoritas. ¿Estoy bien con este traje?

Hasta su prima puso cara de risa y de grata sorpresa. Los demás, que no estaban en el secreto de la hechura del nuevo traje, no hicieron más sino decirle... ¡Cómo has crecido, mujer!... ¡Qué guapa estás! Yo no sé qué te encuentro... será el peinado ó el traje, pero estás elegantísima.

Flores calló, pero Hortensia rompió el secreto, diciendo:

—Lo ha copiado ella misma del figurín... Y ha vestido un tocador de batista y encajes de malla.

Venid al gabinete y veréis.

—Ya no tiene su tía que gastar en modista... ¡Qué ganga!

Se me ha metido en la cabeza á mí que

se casa pronto Flores, tan engalanada, antes de cumplir los veinte años...—continuó diciendo la amiga.

Está guapísima... no tiene los colores de cuando vino, pero aunque delgada, parece muy bien, muy bien. En pocos años se ha transformado.

Yo sé que ya la miran por ahí, por estos barrios, no muy lejos.

Flores, avergonzada ante sus primos por la charla indiscreta de la amiga, olvidó su silencio impuesto hace tiempo, y contestó:

—No, señorita, yo pienso, no en casarme, sino en aprender antes el corte y otras muchas cosas que me gustan y ser maestra superior en Junio, si Dios quiere que salga bien por enseñanza libre.

—Además, en Agosto se marcha á las fiestas á ver á sus padres—interrumpió el abuelo.—Hace cuatro años que no los ve y tal vez se la queden allí ó se case con algún boticario.

—Es casado el de Villalejos—dijo siguiendo la broma Flores... aunque con timidez, viendo que su tía en nada tomaba parte.

—¿Y dónde te examinas?—continuaron las amigas, siempre curiosas.

—Mi profesora tiene familia en Zaragoza, con la que pasa el verano; y como allí me sirve de paso para mi casa y nos llevará y presentará al examen á varias, como todos los años lo hace con sus discípulas, allí me examinaré. Por aquellos programas estudio.

—Si sale bien—dijo D. Domingo,—su padre irá por ella y se la llevará á las fiestas de Villalejos, que son en Agosto. Ya es hora de que la vean.

—Ya lo creo que saldrá bien—dijeron todos.—¡Tanto estudiar! Yo no sé cómo no está atontada.

—Rufinito dice que nunca la ve cuando viene, que siempre está estudiando. Nosotras hacía que no la veíamos qué sé yo los meses.

—Con lo que gasta ya tendría dote...

—¡Tanto estudiar!—dijo Flores...—Pues ya ven ustedes, para lo mucho que piden los programas, todo es poco. Yo tengo un miedo... porque como no me conocen y eso de los programas siempre tiene en sus respuestas opiniones diferentes... y es imposible dominarlos todos por igual... es tontería asegurar... Pueden suspenderme...

—¡Qué modesta te vuelves, hija! Ya sabemos que eres aplicada.

—Lo que tengo es un miedo... ¡Dichosos exámenes!...

Quisiera haberlos pasado ya... quisiera que me conocieran allí como yo á mis profesores de aquí. ¡Si nos conociéramos!... Pero así... Yo que soy tan miedosa... y que sólo me examiné una vez cuando ingresé en la preparatoria...

—Pero ya ves las notas que traías siempre.

—Calla, calla, que ya estamos persuadidas de que saldrás bien. Y yendo con tu profesora... ¡Lástima fuera!... Y tanto estudiar... Ni para sabio...

—Por falta de pedir los programas no quedará, si se pudieran saber bien.

Si salgo mal, no vuelvo á Madrid más, de vergüenza.

—Pues adiós, amiga Flores.

Silencio... en todos.

Hasta la
vuelta y por
si acaso.

Voló el pájaro de la jaula dorada. Ya no hay flores en la maceta. Flores está en Villalejos.

Mudo y silencioso se halla el gabinete *coche parado*; continúa el pasar y traspasar

de transeuntes, coches y tranvías por la calle Mayor y sigue el poco movimiento de la calle de San Felipe Neri...

Un anciano... el abuelito piensa en su nieta adoptiva, y tanto piensa, que hasta quiere, viendo la situación de ella... dejar algo escrito... hacer testamento... pero... no se decide... piensa y medita solamente.

¿Qué dirá su hija, que es la heredera única?... El está todavía fuerte de salud, mas por si acaso... No se encuentra bien aquellos días... necesita escribir, decir... no, no; sería... aumentar envidias... por fin un día... escribe algo...

¡Pobre Flores! ¡Tan aplicada y siempre amable y sonriente!...

Ya sé yo que ha pasado muchas penas en silencio... que mi hija no se ha portado muy bien. Que la ha tratado algunas veces con gran despego. ¿Qué sería cuando él faltara? Y con seguridad que á sus padres en el pueblo no les contaría nada por no entristecerlos y que la dejaran volver á estudiar más y más... Pocos la conocían mejor que el abuelo y sabían lo agradecida y humilde que era.

Un día, el abuelo, á solas, escribió algo

que escondió muy escondido... muy escondido... más que algunas monedas de oro antiquísimas que conservaba, con letrero para ella, en paquete más escondido todavía...

Desde entonces respiró más tranquilo...

Alma agradece.

¿Quejarse de algo á sus padres? ¡Qué ingratitud! Y lo que hacían por ella ¿no valía nada? ¿Y haber visto lo mejor de los teatros y los conciertos y otras diversiones y grandezas? Y pagar todo lo que ella quería aprender, y matrículas y lo que valía el título superior que ya lo tenían aparte para pagarlo cuando estuviese tramitado.

Y el viaje de ella y su profesora hasta Zaragoza, y los amigos de esta capital que la tuvieron, sin dejarla ir todavía á Villalejos por lo pálida y desmejorada que estaba, en una posesión magnífica para reponerse de las fatigas de los veinte días de exámenes y reválidas, paseando entre los jardines y los campos, entre palomares y gallineros... escribiendo á sus primos para que la dejaran allí un mes siquiera antes de regresar á Madrid pasadas las fiestas de Villalejos. Y los obsequios que hicieron á

su padre, al que ya conocían hacía mucho tiempo. ¿No era esto mucho para ser recordado y agradecido?

¿Todo aquello no merecía sufrir en silencio las nostalgias de los primeros años en Madrid?

No hay atajo sin trabajo y el que es desagradecido, es mal nacido. Estas dos máximas teníalas siempre presentes para olvidar quejas y amarguras y aparentar felicidad.

Lo bueno quedaba en ella mas presente siempre.

Lo malo, aleccionábala para lo futuro.

Nadie comprendió en el pueblo lo más mínimo porque saliera de sus labios la menor queja.

Ya está en las cercanías de Villalejos.

Locos de alegría se pusieron sus padres al verla y al abrazarla.

Desde las afueras, como en procesión, caminaba entre amigas y curiosos que sabían su llegada.

En la cama, todavía con reuma, estaba la pobre abuelita. Allí entró Flores y la abrazó, diciendo:

—¿Ve usted, abuelita mía, cómo me vuelve á ver otra vez? ¡Usted que decía que no!... Ya estoy aquí... aquí de nuevo.

—...Déjame que te toque bien, Florencica... déjame... veo poco... estoy muy flojica... casi no me levanto en todo el año; la cabeza bien, pero el cuerpo muy dolorido.

—Todo, todo se lo curaremos cuidándola mucho... ¿Tiene usted ochenta y pico?... Pues, mire, lo menos ha de vivir hasta ciento... Yo conozco una en Madrid... no se apure usted...

Ya estoy en mi casita dichosa. ¡Dios mío!—dijo Flores dando un gran suspiro y mirando á su alrededor.—¡Qué chiquitito y qué bonito me parece todo, hasta las calles! Todavía dudo si es sueño ó realidad que he llegado aquí.

—Y qué finica hablas, hija mía, ¡pareces otra!—dijo animada la ancianica...—Fini-co, bonito, ya eres madrileña... aquí siempre bastos. ¡Pero qué delgadica!... ¡Qué gobanillicas! Descansa, descansa, y á ver aquí si engordas.

Come y bebe de firme y que no se te llenen hasta que estés gruesa; tanto, tanto... saber, te van á matar entre todos.

—No hay remedio; hay que estudiar, abuelita.

En cambio, ya soy maestra, ya tengo una carrera.

—¿Ya eres como D.^a Esperanza?

—No sé como explicarme, abuelita. Soy como D.^a Esperanza, pero sin escuela, y como tengo otras cosas empezadas, el corte, el dibujo aplicado á labores, los idiomas... resulta que si así lo dejo todo, como dice mi profesora mejor, no soy nadie. Por eso es menester afirmarlo todo ahora para luego ser más... El tío Domingo dice que oposiciones no quiere que haga mientras ellos vivan... Seguiré estudiando.

No sé, no sé lo que sucederá después. El abuelo de Madrid me quiere mucho.

—Tú te entiendes, hijica... ¿Viene á las fiestas mi sobrino Domingo?

—Dijo que sí.

—Pues diviértete antes, que luego cae en esta casa si viene él mucho que hacer para todos.

Tenemos que encargarle, si se puede hablar con él despacio, que se lleve al hermanico tuyo á un almacén á escribir. Sabe mucha letra también y para aquí es demasiado fino. Todo lo hace bien, pero tan guapo y con tanta letra estaría mejor en Madrid y sería muy señor en todo, bien vestido.

—¡Ay, abuelita! También allí hay feos, también. Y bien feos...

—¡Claro! Donde hay muchos hay de todo.

—Me llaman...

—Ya verás, no te dejará en paz la gente, todos te preguntarán.

Días de alegría é ilusiones. Ante la iglesia de Villalejos hay una plaza, donde suelen los hombres en corrillos esperar, los domingos y fiestas, comentando noticias, el paso de la gente y el principio de la misa.

Los jóvenes se ocupan en mirar cuál chica va mejor ó les parece más simpática.

—¿Quién es ésa?—pregunta un joven forastero, hijo de buena familia de aquel país, según decían, y con carrera terminada, que ansioso de emociones ó sin duda de conocer peñascos y rincones, ha ido á pasar las fiestas.—¿Quién es esa señorita del traje color de rosa? ¿Es del pueblo ó forastera?

—Es madrileña—contesta uno.

—No, señor, que es del pueblo—dice otro.—Es la hija de la señora Teresa, la

dueña de la tienda de juguetes, la que ha venido de Madrid.

¡Qué joven más agraciada!—continuó diciendo el forastero.—Pues me gusta.

Flores penetró en el atrio de la iglesia en compañía de su hermanita, y á sus oídos llegó: «¿Quién es ésa?», y sin atreverse á levantar la vista del suelo, algo turbada, tomando agua bendita, se fué á colocar en su antiguo sitio, por la izquierda, á lo más alto de la iglesia, á la capilla de la Virgen.

Allí, en aquel sitio de sus recuerdos, entre cánticos y notas aflautadas del órgano, en la misa mayor, dió repetidas gracias á Dios por haber vuelto triunfante de sus exámenes á ver á su familia.

¿Dónde vive? La naturalidad elegante de Flores, su traje de moda entre el de las aldeanas y su rostro algo melancólico é interesante, hizo resaltar su figura, impresionando la mente del forastero que la vió pasar como pasa una ráfaga sonriendo la dicha. Impresionó al joven tan gratamente, que no cesó aquel día de indagar sobre ella con aparente disimulo.

—¿Dónde vive?—preguntó al siguiente

día á su más íntimo amigo. —Yo quiero verla otra vez. Ayúdame tú, tú que ya tienes novia.

—¿Quieres verla? Verás qué pronto— dijo con naturalidad el amigo de Villalejos. —Ven conmigo y déjame á mí.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Vámonos á su calle y cállate hasta que la veas.

Los dos amigos llegaron á la puerta de casa de Flores y entraron al piso bajo. Allí, en su tienda, bazar de juguetes, estaba el señor Miguel apuntando números y precios con arreglo á las facturas de los almacenes de Teruel y Zaragoza.

—Buenos días, señor Miguel...

—¿Qué desean estos señores?

—Queríamos... queríamos...

—¿Tiene usted portamonedas de plata?

—Hombre, de plata no, pero aquí tengo unos de dos reales y medio que son aún mejor... mucho más fuertes... Por esta tierra lo fino no lo entiende más que algún rico ó señorito como ustedes... Llevan el dinero en bolsitos de lona ó seda como éstos que tengo colgados en la pared, ó portamonedas de cuero.

Ustedes me podían comprar una escri-

banía que tengo aquí, que es muy buena y nadie comprende su mérito...

—Guárdela usted para algún notario, señor Miguel; sáquenos portaplumas y plumas, á ver de qué clases tiene...

—Aquí están las plumas, pero tendrán que mirar el número y la marca... Yo no veo muy bien sin anteojos.

Los dos amigos se miraron y el del pueblo, encontrando oportunidad, dijo, con entonación más alta, dirigiéndose hacia la escalera del piso:

—Florencia, baja á la tienda, que te llama tu padre para ver unas plumas.

Á los pocos momentos, bajando de prisa, se presentó la airosa joven, mirando directamente á su padre y saludando á los demás, que disimulaban su alegría y dijeron:

—Despáchanos tú, que tu padre no ve bien las plumas. ¿Te acuerdas de dónde están las cosas todavía?...

—Las plumas, aquí en el mostrador están. Lo que no recuerde me lo dirá mi padre. Ustedes pidan lo que quieran.

Puestos en el apuro, compraron varios objetos y en nombre de las muchachas del pueblo la invitaron á merendar en el campo para el día siguiente.

Al despedirse el amigo de confianza le dijo:

—Ya vendrá mi madre á verte. Yo, además de comprar, he querido visitarte; date por visitada.—Y saliendo con ella hacia la puerta de la calle, añadió:—Que no faltes mañana por la tarde; á las tres nos iremos á una huerta; las amigas vendrán á buscarte. Este (señalando al compañero) tenía deseos de saludarte también.

Satisfecho y valiente el forastero, se atrevió á decir:

—Señorita, dígame si irá usted á la merienda mañana, porque si usted no va... yo tampoco.

—¿Por mí perder tan hermosa diversión? Vaya, vaya usted á la merienda, que yo hablaré antes con mis amigas. Hasta mañana.

Expansiones. En la huerta de un matrimonio joven, estimado de todos, se celebró la merienda.

Las compañeras de Flores y los jóvenes amigos lo han dispuesto y preparado todo para una tarde alegre; Flores también ha ido por fin.

Ya están en el campo.

Á orillas del río de Villalejos, en donde

brotan frescos manantiales, se ve correr y saltar de piedra en piedra algunos muchachos y muchachas dando fuertes risotadas. Otros cogen florecillas entre el follaje para formar ramitos que adornan en seguida sus pechos y cabelleras. Algunos más arriba, ya dentro de la huerta, recogen, con sus dueños, frutas para los postres. Los más rendidos, están sentados entre las sombras de los árboles.

Por fin, alegres y risueños, forman un corro en un prado; arrellanados, con improvisada mesa y asientos, muy alegres y bromistas, celebran su merienda, que luego digieren jugando á las prendas y bailando al son de la guitarra y bandurria, que los dos más jóvenes de la cuadrilla tocan á la perfección, como artistas verdaderos, los cuales habían llevado sus instrumentos, en secreto para sorpresa.

Como la libertad y armonía del campo predisponen á la natural expansión, el joven forastero empezó aquella tarde por estar siempre al lado de Flores.

En la merienda, en los juegos, en el paso de piedra en piedra por el río dándole la mano... siempre galante y atento, le ofreció las flores del campo que encontró más

lindas á la *flor madrileña*, como él la llamaba.

De dos en dos. Antes que anocheciera, empezaron á subir la gran cuesta que hay del río al pueblo, de dos en dos, emparejados, hablando con una alegría espontánea imposible de describir.

Sólo un semblante no está todavía satisfecho.

Sin duda le ha parecido corta la tarde. ¿Qué le diría yo, piensa, para que no vaya tan de prisa y me escuche amable?

Parece que no me entiende... Pero si no le he dicho nada... y se marcha con todas... se va sola delante... parece distraída...

—Oiga usted, Flores, venga aquí, no me deje sin pareja.

Yo también estuve hace dos años en Madrid; allí he estudiado mi carrera.

Aranjuez. ¿Lo ha visto usted? ¿Le gusta?

—Sí, señor, es hermoso todo aquello...

—Todo aquello es hermoso; pero aquí, por estos peñascos... ¡qué flores hay tan lindas y delicadas!

—Ya lo creo, ya lo creo. Muchas flores y muy pocos jardines; todas son flores del campo, espontáneas.

Juiclosa. Varios días estuvo Flores sin salir á su diario paseo de la ermita. Preocupada con su próxima marcha, tenía el pensamiento ya en sus futuros deberes y además quería aprovechar los últimos días para estar hablando y recogiendo los oportunos y provechosos avisos de su madre.

Y al verla pasar un día desde ventanas y balcones, con su hermana pequeña, salieron á su encuentro varias amigas.

Animadas en coloquio dirigiéndose hacia las eras, le preguntaban:

—¿Conocías tú al forastero antes de venir aquí?

—No, por cierto.

—¿Es tu novio?

—¿Qué ha de ser? Es un chico fino, de carrera. Es atento.

—Como tanto pregunta por ti, sale á tu encuentro y á ninguna nos hace caso... ¿Te conocería ya?

—Para reirse... —dijo aparte intencionalmente burlona la del trapito azul, que en todas las reuniones se encuentra y que en aquélla era la más vieja.

—Ni me conocía ni yo á él tampoco.

¿Creéis, acaso, que porque un joven así,

que ha viajado, que aquí se encuentra y que se aburre... porque cuando me ve esté amable conmigo y me hable de música, de pintura, del Monasterio de Piedra, del Escorial y otras cosas, por eso va á ser mi novio?

—Es que á él—dijo una—le parece muy bien y lo ha manifestado en casa del médico, y dijo eres muy *ilustrada* y *sencilla*. Ya ves si lo sabemos de buena tinta. Y además lo dice todo el pueblo que haríais buena pareja y que es de muy buena familia. Muy rico.

—¡Y Josefica, que tanto presumía!...—dijo, aparte, una maliciosa.

—Escuchad—manifestó Flores—y dejadme de bromas.

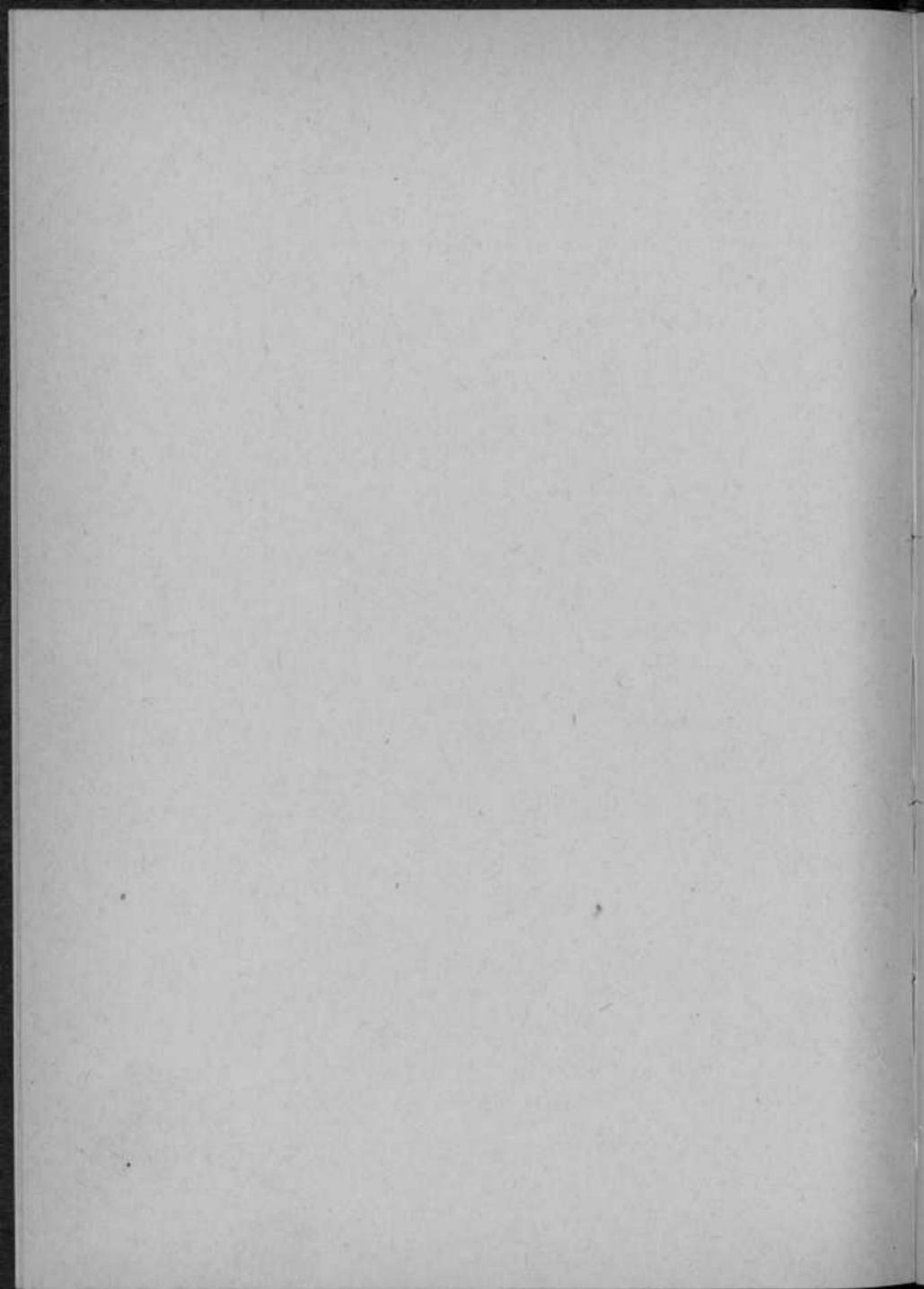
Yo me marchó estos días... tengo muchas tareas empezadas en Madrid y no estoy para estas cosas... Vosotras os quedaréis aquí, bailaréis los domingos é iréis al campo de merienda... Yo, con sentimiento, me marchó. Divertíos mucho y hasta otro año que vuelva.

Con tono misterioso dijo la del trapito azul, que de todo se ocupaba:

—¡Pocas meriendas se improvisarán ya por el forastero!

—...Me parece que viene el invierno y marcharán todos.

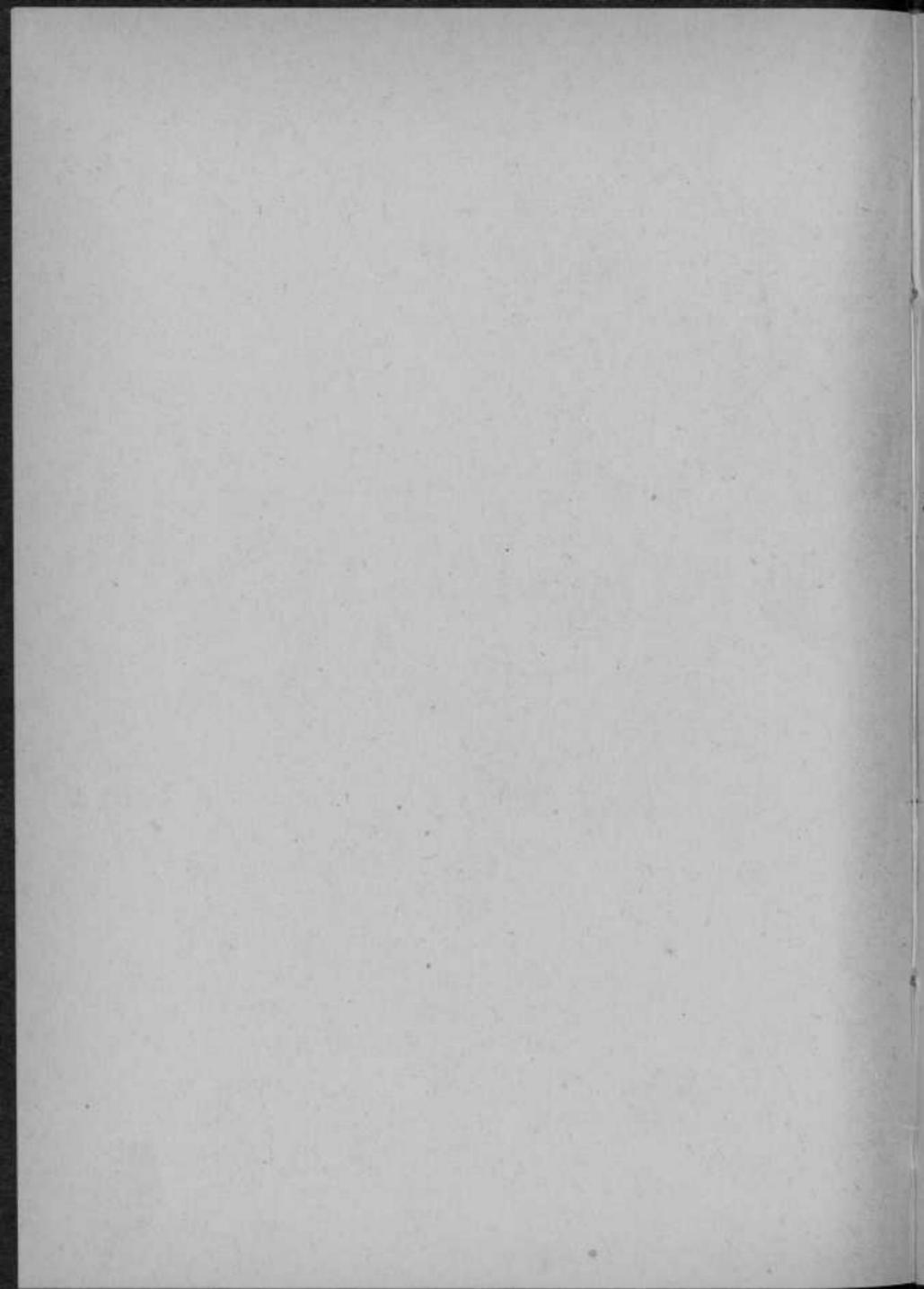
—Él decía que estaba triste el pueblo, pero ahora se encuentra bien. Lo indicó anoche en una casa que yo sé.



PARTE TERCERA

Podéis ser madres.

CAPÍTULO IX





odo ha cam-
biado en
Madrid.

El matrimo-
nio, de los se-
ñores amigos

residentes en su Torre de Zaragoza, ricos de fortuna y de sencillez, consiguió de los padres y parientes de Flores permiso para tenerla con ellos siquiera dos meses.

La esposa, llamada Luisa, sentía verdadera predilección por Flores, á quien ya conocía antes de ir á la corte. La ternura de hija, demostrada en el natural sencillez y cariñoso, en sus bien educados senti-

mientos, hacíala cada día más agradable.

Esta fué la causa de que simpatizaran tanto con ella, y aprovechando la confianza que en ellos se había puesto, se la llevaron á un viaje proyectado hacía tiempo, por el norte, levante y mediodía de España; viaje que fué muy oportuno y sirvió mucho en la educación de Flores, porque con los conocimientos que ya poseía, teniendo una carrera terminada y habiendo visto los museos, bibliotecas y edificios más notables de Madrid con detenimiento y leído algunos libros buenos, unido á la prudencia y angelical carácter que siempre la acompañaban, no hizo extrañezas ni en paseos, ni en fondas, ni en ninguna parte, y fué para dicho matrimonio agradable compañía.

¡No tenían ninguna hija!

Una que nació cuando Flores cumplía un año, no llegó á los siete... D.^a Luisa pensaba que eran muy parecidas Flores y su hija.

Florencia siempre observando y oyendo á los mayores, aprendía y comparaba las diferencias entre uno y otro sitio; ya fuesen éstas relativas á la vegetación, ya en los campos, ya en las montañas, en los mo-

numentos, edificios, costumbres, etc., y aprovechaba las ocasiones para examinar cuanto hubiese de notable en los pueblos que recorrían.

Aquel año no pasó inútilmente para el progreso educativo de la joven.

Descansando de la monotonía de los textos y programas, estudiaba en la realidad, vivía la vida de los hechos, afirmando y confirmando las ideas adquiridas en libros, atlas, explicaciones y grabados.

Todo era lección para ella, cuidadosa y observadora por inclinación...

Cambio grande. Durante la ausencia en aquel año ocurrieron en la familia de Madrid grandes y desagradables acontecimientos. Muriéronse en el intervalo de pocos meses el abuelito y D. Domingo, quedando las dos fortunas en poder de Doña Dolores y sus hijas, las cuales no solamente prescindieron de Flores, sino que no le notificaron siquiera las muertes.

Cuando regresó del viaje, esperábala en la estación un criado con orden de ir, no á su querido gabinete de la esquina, *su coche parado*, sino á casa de su más antigua profesora.

Desengaño profundo.

Estas noticias de la llegada le extrañaron muchísimo. Sobre todo, el no ver á su abuelito en la estación.

Una vez conducida á otro hospedaje con sorpresas tristes, la enteró esta señora institutriz del cambio sufrido para ella, de las muertes acaecidas y de que le habían entregado una cantidad para recoger el título y para el pago de su manutención algunos meses.

Suspensa y muy triste quedó Flores con tales noticias.

Abundantes lágrimas de pena y desengaño derramó algunos ratos después de su anonadamiento. Su primera intención fué volverse á casa de sus padres, á Villalejos; pero ¿cómo había de hacerlo cuando precisamente entonces fué nombrada profesora de la Escuela Modelo Española, y además tenía también próximos á terminar los estudios de la carrera de Comercio?

¡Cómo perderlo todo, renunciar á ello después de tantas fatigas y años de sacrificio!

Triste y pensativa estuvo muchos días, sin resolución.

¡Aquella fué para Flores otra segunda

nostalgia. Estrago grande causaron en su delicado espíritu tamañas y amargas realidades!

Nunca hubiera podido imaginar tal desaire, ingratitud y falta de consideración y de afecto hacia ella.

¡Tratarla con semejante extrañeza!

—¡Qué mundo, Dios mío!—decía para sí misma, que era con quien sólo se atrevía á comunicar su recelo.

Desde entonces empezó á comprender por experiencia lo penosa que es la vida en ciertos trances, lo poco que la querían sus primas, que en los momentos más críticos y que necesitaba más apoyo, aprovechaban su llegada para desprenderse de ella, sin que pudiera preguntarles siquiera la causa de tales sinrazones.

¡Qué desilusiones le causó esta falta de corazón!

¡Qué cambio en su ánimo!

Y repetía en su mente:—Ellas son más ricas; ahora pueden vivir de la renta que tienen en el Banco, mejor que nunca.

.....
Flores quedaba en peor situación, más pobre que siempre, en edad difícil y necesitaba para continuar alternando con gen-

te de posición, ir bien vestida y con agradable semblante.

Sólo tenía pagado su pupilaje para unos cuantos meses... Su profesora trabajaba todo el día fuera de casa para ganar el sustento. Únicamente los domingos descansaba.

Con su corazón bondadoso y su mente pronta á la reflexión, solía exclamar muchas veces tras los suspiros:

—¡Dios mío! ¡Virgen mía!—Y suplicaba mirando al cielo cuando nadie la veía, repitiendo: —¡Dadme alientos, ayudadme, abridme camino! ¡Yo no les escribo esto á mis padres! ¡Sufrirían mucho por mí!

Tal disgusto le causó esta situación, que estuvo en cama decaída, agobiada y enferma por el desengaño y la tristeza, algún tiempo.

Además no quería ser gravosa á nadie. Su profesora era pobre también. Comía de su labor personal. A sus padres había que ayudarles acaso, no apenarles ni pedirles. Ella siempre pensaba en ayudarles, y este anhelo, aumentaba su pena y le hacía ver todo más triste.

Allí no podía estar mucho tiempo sin seguir pagando bien; era preciso levantar el

ánimo, hacer un esfuerzo, asistir á las clases, trabajar y vivir; pero aleteando, aleteando, caía y levantábase en sus esfuerzos y disimulos. Su verdadera situación contábala forzosamente más alegre cuando escribía á sus padres. Era preciso. ¿Para qué hacerles sufrir? Se asustarían en seguida. ¡Tan lejos!

La virtud es poderosa por sí sola. Sobrepuesta algún tanto de su desengaño, continuaba sus interrumpidos estudios de comercio y ejercitábase en la enseñanza del Magisterio como profesora. Un día en la calle vió casualmente á su prima Dolores con sus hijas.

No pudiendo reprimir el ímpetu del corazón cariñoso que respondía al afecto de otro tiempo, con la sonrisa en los labios y la emoción retratada en el semblante, se aproximó hacia ellas humildemente para saludar á la primera y abrazar á las segundas; pero las tres la miraron con desdén y pasaron, sin decirle nada, á la acera de enfrente, continuando su marcha.

Sólo la pequeña Hortensia miró sonriendo, así como con temor, sonrisa que animó á Flores que, fija en su sitio y ano-

nadada, se había parado frente á ellas y con una oleada tristísima que la hizo palidecer.

Desde aquel día comprendió que era preciso resignarse; que estaba sola en Madrid y no debía esperar nunca nada de las que aún seguía queriendo, y á las que tantas y tantas veces había acariciado con amor sincero.

Con el corazón inundado de realidades duras y desengaños, continuó su marcha cabizbaja y pensativa, dispuesta solamente á trabajar día y noche con el fin de ganar el sustento y enviar algo á sus padres, para ayuda, y también y para que no creyesen que á ella le faltaba.

Sus cartas á éstos fueron desde entonces más frecuentes.

Y lo hizo como se había propuesto.

Ayudaba en las tareas de su casa á su profesora, y en la escuela, conquistando á pulso las simpatías y el aplauso de los profesores, que pronto notaron su puntualidad, afición al estudio, juicio y esmero en el cumplimiento del deber y amor á la enseñanza; cualidades que hicieron fuese nombrada para reemplazar á una de sus profesoras en el desempeño de una clase

durante ausencia de varios meses. Y lo hizo con tal tino, que crearon luego en la escuela una nueva enseñanza para dar mejor lugar al desarrollo de sus actividades.

Al mismo tiempo terminaba la carrera de Comercio á fin de tener derecho á una plaza de profesora numeraria en aquella escuela, y mejorar de sueldo.

A cambio de sus desinteresados servicios en todas las ocasiones que faltaban profesores, obtuvo permiso para aprender gratuitamente cuanto allí se enseñaba, pues dió orden excepcional el jefe del establecimiento de admitirla en todas sus cátedras incondicionalmente.

Así aprendió también algunos idiomas y estudios superiores, dibujo aplicado á labores y otros varios detalles de sus aficiones, indispensables á su mayor cultura y perfeccionamiento.

Las dos solistas.

Poco á poco fué haciéndose independiente y respetada de cuantos la conocían, á fuerza de virtud y de constancia en el trabajo.

La profesora joven era llamada en aquella casa, porque se confundía con las alumnas de algunas clases, siendo á veces su

compañera y en otras ocasiones su maestra, cosa que la obligaba, mucho más dado su excesivo amor propio, y el continuo interrogatorio de las maestras y maestros, que para demostrar su severidad y justicia, exigíanla más que á ninguna otra alumna.

¿Qué dirían, además, las suyas, si ella no contestaba mejor que todas á cuanto le preguntaran?

Era preciso dar ejemplo para conservar la buena fama y dominio sobre ellas.

Consiguió, no tarde, desempeñar con derecho una clase de Pedagogía, y otra de encajes y bordados especiales, y tener muchas alumnas particulares cuando regresaba por la tarde á la casa, donde vivía en un cuarto espacioso y claro, aunque interior, con una hermana pequeña.

Por entonces, tras sus fatigas, habíala mandado llamar del pueblo para que la sirviese de alguna ayuda, al paso que intentaba aliviar á sus padres.

Con el recuerdo del hogar paterno y la alegría de la hermana; cambiaban diarias y cariñosas impresiones y solitas trabajaban, rezaban y hacían economías en todo.

Rosa del Campo se llamaba la recién venida.

—¿Como yo?—dice interrumpiendo Rosa.

—Como tú el nombre. Tú eres Rosa natural, Rosa de zarza de otro sitio. Aquella niña de trece años era Rosa del Campo, natural de Villalejos.

Las dos hermanas vivían sin criada para mayor economía.

Mientras Flores salía á terminar sus siempre empezados y reemplazados estudios y á desempeñar sus clases, Rosa barría, limpiaba, planchaba, hacía las camas, lavaba y repasaba la ropa y guisaba la sencilla comida para ellas, todo imperfectamente, por supuesto, por falta de edad y práctica; pero el buen deseo, la novedad y la necesidad hacíanla hacendosa, unido al afán de cumplir bien los muchos encargos que al distribuirle los quehaceres y el tiempo le hacía su hermana antes de salir de casa.

¡Pobrecilla! ¡Tan joven y ama de casa! Y naturalmente, se veía en apuros.

Oye lo que le sucedía, escúchame.

Como estaba sola casi todo el día y su hermana le dejaba muy encargado que no abriese á nadie la puerta, desde que salía Flores pasaba el cerrojo Rosa, y para creerse más segura ponía dos sillas detrás

y empezaba á cantar y á entretenerse con libros, estampas, periódicos ilustrados, compases, reglas, tintas de diferentes colores, pinturas y demás útiles del trabajo, que abundaban, más que los muebles, en la única habitación regularmente decorada de la casa, ó sea el despacho-clase de su hermana.

Ensayábase entonces, sola, en tirar líneas y hacer dibujos, pinturas y patrones, queriendo imitar las lecciones que por la tarde daba su hermana, y enfrascada, entretenida en tales quehaceres, llegaba algunos días la hora del regreso de la mayor y la comida estaba hoy fría, mañana pasada, otro día cruda y así por este orden. Raro era el en que estaba en su punto.

Era al principio muy curiosa y entretenía sus soledades olvidándose de mirar en el reloj despertador la hora que era, para hacer en punto las cosas.

De las travesuras siempre tenía culpa el gatito rubio.

¡Como el gato nunca decía la verdad! ¡Claro! siempre quedaban en duda las palabras de la hermana pequeña, hasta que la mayor la acostumbró á no mentir á cambio de aplaudirla. Flores, cansada de la seriedad de la escuela, tomaba á risa y como

distracción tales travesuras, pero sin permitirle que por temor del regaño mintiese tratando de disimular sus faltas. Así la acostumbró á decir la verdad en todas las ocasiones.

Como ella veía sin cesar que su hermana corría siempre y trabajaba con tanta soltura y dominio, ya con los libros, dibujos, apuntes y demás trabajos, ya con los vestidos y ropas que siempre necesitaba coser por sí misma de día ó de noche... creyó que el que no sabe todavía, también puede correr igualmente; y llevada de esta falsa idea y del deseo de imitar, hacía frecuentes disparates con afán de ayudarla mucho y de aprender; hasta que los avisos y órdenes terminantes, y por último, las reflexiones de Flores la tranquilizaron y convirtieron pronto en juiciosa ama de casa por la mañana y en oyente silenciosa por la tarde, entrando á las variadas clases de corte, labores y repasos de asignaturas convenientes, que se daban en aquel despacho modesto y lleno de libros, cuadernos, pinturitas y trabajos, muestra primorosa del aprendizaje de Flores y de su buen gusto dentro de su económica y laboriosa vida.

Marcha interrumpida. Regresaba un día Flores de las clases á su casa. Eran las tres y pico de la tarde.

Caminaba de prisa.

Cansada y débil, no sólo por lo escasamente que la alimentaba el poco fiambre que tomaba, si tenía ocasión y se acordaba á mitad de mañana, sino por el mareo del mucho y constante trabajo que ocasiona el estudio y la enseñanza; con su traje y sombrero sencillo, pero siempre de moda, que ella con apuros copiaba de figurines y escapates; con un paquete que ocultaba cuadernos de apuntes y un artístico y desordenado ramo de rosas y claveles en la mano, flores que le habían regalado sus discípulas, volvía satisfecha sin fijarse en nadie, atravesando rápidamente la Puerta del Sol, subiendo por la calle de Carretas á la plaza del Angel, donde vivía, y deseando estar ya en su casa, para ver á su hermana Rosa que se regocijaba siempre á su llegada.

Paróla saludando cortésmente un joven como de treinta años, elegantemente vestido, moreno, de barba y bigote entre negro y castaño muy oscuro.

—Bien, ¿y usted, Narciso?—contestó sorprendida.

—¡Cuánto deseaba ver á usted otra vez, Flores!—dijo éste. He de hablarle detenidamente... ¿Me da usted una flor?

—¡Qué atrevido!—pensó ella para sí!.. —Son recuerdos de mis discípulas; pero elija usted la que le guste—contestó algo recelosa y ruborizada, deseando continuar su marcha, pues nunca se había atrevido á pararse contestando al saludo de ningún hombre, temiendo ser confundida entre las jóvenes de poca formalidad.

—Tengo prisa, usted lo pase bien—y dejándole con el deseo de hablar y entretenerla, continuó su marcha, aunque impresionada por la actitud excesivamente cariñosa é insinuante del caballero joven.

Flores quedó algo emocionada con el encuentro.

Narciso era un antiguo conocido del abuelito, que seguía en silencio los juiciosos pasos de Flores, en uno de los que le había saludado una vez.

Al día siguiente, encontróse en la Escuela Modelo Española con una carta que así decía en el sobre: «A la señorita Flores, Profesora».

No quiero explicarte el contenido de la carta. Ya puedes imaginar cuál sería su

objeto, acompañado de muchas frases afectuosas.

Solamente diré que Flores, temerosa de que Narciso volviese á encontrarla ó se atreviese á visitarla, inquieta por ese temor, se creyó obligada á contestar en esta forma:

«Muy señor mío:

Me veo precisada á contestar á la suya para aclarar algunos conceptos, después de agradecer cuanto me dice.

¿Ignora usted, acaso, que yo vivo sola con mi hermana pequeña y que no recibo en mi casa absolutamente ninguna visita de caballero?

Lo que á usted le obliga á comunicarse conmigo, usted sabrá si puede ó no confiarse á la pluma.

Ni mi situación, ni mis costumbres, me permiten que nadie me acompañe por la calle, como no sea algún criado ú ordenanza respetuoso, conocido y formal, cuando regreso de noche de alguna junta.

Es cuanto ha de advertirle su afectísima
q. b. s. m.,

Flores del Campo.»

Narciso veía, sin embargo, desde lejos á Flores siempre que quería, y con uno ú otro pretexto continuó por escrito ganando el afecto de ella sin desmayar en su empeño.

Constante el joven moreno, interesaba el alma de Flores; hablábala hábilmente de sus virtudes, de su recato, de su laboriosidad, como el hombre más amante del ideal que lo divisaba á lo lejos, temiendo perderle; como el único admirador de la conducta ejemplar de aquella juiciosa señorita.

Llegó Flores á preocuparse y á escribirle otra vez prohibiéndole tales confianzas. Fué inútil empeño. Unas sentidas, otras quejosas, otras reflexivas y amantes, no cesaban las cartas.

Entre tanto, Flores procuraba olvidar aquel afecto que ya iba interesándola demasiado.

**Excesivo
trabajo.**

—¡Cuánto tiempo hace que no vamos á visitar nuestras amigas del piano, las que vimos el día del santo de la mayor, las que viven por la Moncloa!

¿Cuándo iremos, Flores?

¿Tampoco salimos hoy, que es domingo?

¿No iremos á ver á tu profesora?

Estas eran las preguntas frecuentes de Rosa del Campo, cansada de tanta sumisión á los deberes, y naturalmente, deseosa de distraerse entre las amigas, expansión que reclamaba su edad.

—Todo llegará, hermanita mía. Espera. ¿Ves cómo llega Nochebuena y los cajones de frutas de nuestros padres, que nos alegran tanto y llenan la casa de aroma las manzanas y nos causa una satisfacción singular que nos dura muchos meses? Pues ya falta poco para terminar este curso también, y hay que llegar al fin y luego descansaremos, y si podemos reunir dinero bastante, iremos al pueblo á ver á nuestros padres. ¡Ojalá pudiéramos!

¡Si Dios quisiera!

—Y si no, ¿qué haremos?—preguntaba impaciente, con la noticia, la pequeña.

—Escribiremos á la madre. Yo no puedo pasar un año más sin verla.

Y hablando así cierto día, se sentaron en sillitas bajas de bordar que había en el despacho, pasando el domingo por la tarde con la sola compañía del gatito rubio que enroscado en las faldas de la mayor hacía el singular run-run de esos animales

domésticos, sintiéndose el más feliz de los tres.

Aquella tarde tranquila, dedicada á las conversaciones favoritas, á la lectura de cartas de sus padres, á los recuerdos é ilusiones, era uno de los oasis que necesitaban ya, en la vida laboriosa que llevaban tan lejos del hogar paterno.

La tarde estaba triste...

—¡Mira cómo llueve!—dijo Flores, dirigiendo la vista al cielo.—¡Abril lluvioso! Luego vendrá Mayo florido y hermoso.

—Bien hemos hecho en no salir.

—Así hemos hablado del pueblo.

—¡Qué contenta estoy, hermana mía Flores! Si siempre estuvieras en casa, si no tuvieras que estudiar y que salir...

—¡Ya lo creo!

Pero, mira, ¿ves esta tarde que no lo he hecho? Pues hasta muy entrada la noche habré de estarme haciendo la traducción de inglés y preparando la lección de Historia del Comercio y la que yo he de explicar á mis discípulas.

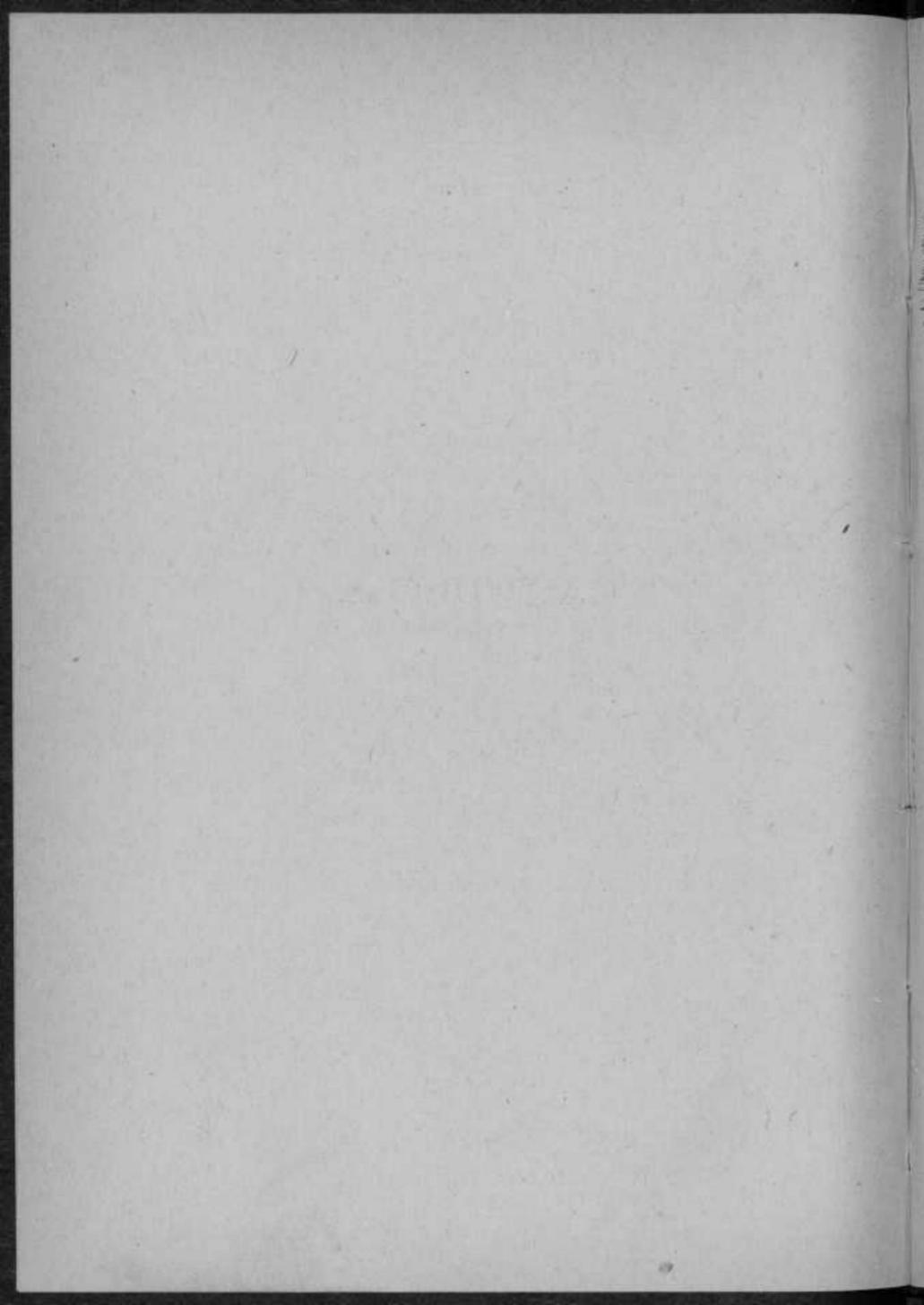
¡Eso que cada profesor pide tanto! ¡Como si tuviese una el tiempo y la cabeza para él solo! Yo creo que no se dan cuenta entre todos. ¡Dios mío! ¿Y quién se presenta sin

saberlo bien? No tengo más remedio que trabajar hasta muy tarde.

Mira, hermanita, recuerdo haber leído ayer que en el parangón hecho por Jesucristo entre Marta, hacendosa y dada á las obras, y María, de alma lírica y efusiones místicas, declaró el Nazareno, el hijo de Dios, como sabes muy bien, que María había elegido la mejor parte que no le sería arrebatada.

Rosa era como la Marta bíblica, hacendosa... Flores participaba de Marta y de María.

CAPÍTULO X





o más trans- Triun-
cendental. fante

siempre el espíritu
de Florencia en la
lucha de la vida y
en el exceso de tra-
bajo, elevábase su
educación moral á
gran altura.

Su alma se templaba á impulsos de su bien intencionada voluntad; pero su cuerpo se rebelaba por fin, exigiendo, en alguna que otra falta de salud, mayores cuidados de los que realmente ella tenía para poder equilibrar las fuerzas físicas al nivel de las morales.

Siempre era en las luchas espirituales tan valiente el alma, que el cuerpo, si no

quedaba dormido como el del discípulo del gran Maestro, quedábase como fatigado.

«¡El espíritu es fuerte, pero la carne es débil!»

Como no era Flores una mujer vulgar, ni por su corazón, ni por sus costumbres, ni por su inteligencia, para triunfar por el camino del bien y de la perfección, necesitó de un mérito indiscutible.

No le faltaron instantes de desaliento y en los cuales llenábase de añoranzas su espíritu.

¡Cuánta admiración y cuántos respetos merece una joven como ella!

¡Mas la vida real es bien cruel algunas veces!

¡Cuánto cuesta á una mujer sola imponer respeto por su propio mérito!

En medio de la incultura ó de la inmoralidad, tiene que ocultarse temerosa como la violeta del campo se oculta humilde bajo las zarzas á la vista de los hombres, y no sólo de los hombres, sino también de aquellas mujeres que, envidiosas de la perfección ajena, murmuran y maldicen para que desaparezca el brillo y el perfume de la que es flor preciada del campo y alegría de la ciudad. Afortunadamente, abundarán me-

nos las del *trapito azul* cuando los buenos sentimientos se difundan más con la educación encaminada al bien; y entonces ¡oh feliz día! las mujeres entre sí se ayudarán mucho más en beneficio de ellas mismas y los hombres perderán algunos de sus fueros, injustamente autoritarios, quedando cada uno en su sitio.

Cuando eso suceda, nuestra situación mejorará mucho.....

—¿Y se casó Flores?

—Sí por cierto, Rosa mía; con Narciso.

En los dos años últimos de soltera, que fueron de lucha y trabajo, quedó muy desmejorada; y no pudiendo sus padres sufrir más la ausencia á pesar de las cartas tranquilizadoras que les enviaba su hija, reunieron todo el dinero que pudieron, y con él en el bolsillo, por si acaso, decidió Teresa el viaje penoso, á la corte.

Los impulsos de su corazón eran muy reales.

Afligida y llorosa se presentó en Madrid, no pudiendo sufrir tanto dolor; y más triste todavía por encontrar tan desmejorada á su primogénita, esperó las vacaciones que estaban próximas, protestando de tanto trabajo y fatiga, de que se convenció ante la

realidad, aun con el buen porte y palabras animosas de sus hijas.

Por fin se llevó las dos á Villalejos, con intención de que no volverían á Madrid hasta estar Flores bien repuesta.

Narciso, como sólo de lejos veía á su pretendida, no tuvo noticia del viaje hasta que ya había sido hecho, y constante y decidido sin temer á obstáculos, creyendo se le escapaba la dicha anhelada, corrió tras ella.

Por esta causa se presentó en Villalejos, y ganando el cariño de la familia de su ya prometida, no volvió á Madrid hasta que allí, casados ya á usanza de aquel país, entre rondallas, serenatas y cantares improvisados y clásicos, regresaron al final del otoño los que eran enamorados esposos, instalándose en la corte.

—¿Y Rosa del Campo, la hermana pequeña?

—Regresó con ellos y pasaba algunas temporadas en el pueblo para el descanso y alegrando el corazón de sus padres, y otras en la corte, donde completaba su educación, que pudo ser más superior, así como hasta entonces había revestido un carácter modesto y utilitario.

Las labores
del hogar.

Ya tenemos á Flores renunciando algunos de los quehaceres de soltera, convertida en excelente esposa.

Sus costumbres han cambiado.

Su aspecto también.

Vive en casa muy buena y hasta lujosa.

Á su marido le gusta lo bueno en todo.

Ella, que había sentido siempre instintos de perfección, le complace ir vestida con sencilla elegancia y tener para la casa todos los refinamientos del moderado buen gusto.

Nadie supo interpretar tan bien como ella las máximas de Fray Luis de León, un fraile muy sabio y muy bueno, en la *Perfecta casata*, Rosa querida.

Por eso á su esposo le encantaba cada día más la vida del hogar, y sobre todo, disfrutaba viéndola afanosa hacerse en ratos perdidos sus trajes y adornos.

La temporada fué de verdadera dicha... Todo nuevo, muebles, telas... abonos á los mejores teatros... conciertos notables, presentación de amigos... Cuanto es usual entre las personas de posición y buen tono fué saboreado por Flores, que recibió en

ello nuevas enseñanzas de la vida, necesarias á la sociedad á que pertenecía.

Las ausencias de su esposo entreteníalas, cuando no salía á paseo ó recibía visitas, en reformar los cuerpos más elegantes de sus vestidos para estrenarlos en días de abono ó de moda; y quitando este encaje, poniendo el otro terciopelo, añadiendo una gasa, frunciendo un tul ó colocando un lazo, se presentaba en el teatro como las señoras que tienen siempre ocupada una modista.

Algunos días se entretenía con deleite en preparar platos, guisando al estilo de su país, con el esmero que había aprendido de su madre, y que luego en viajes y fondas fué perfilando en sus aderezos.

Con afán de ensayar una pasta nueva, preparar manjares extraordinarios ó disponer un guiso de pescado ó caza, ó un asado, siempre tenía quehaceres urgentes por la mañana. Los asados de ternera ó de aves los hacía Flores primorosamente y con gran facilidad, conocedora de los secretos en la manera de prepararlos y de aplicarles el fuego, secretos que le había enseñado un cocinero francés, antiguo conocido de su marido, á quien no se desdeñó de

interrogar sobre algunos detalles del arte culinario.

En el otoño recibía de los parientes y amigos cajones de fruta que luego confitaba, teniendo siempre repuesto en el aparador. Sobre todo, casi nunca faltaban, por reclamarlo su marido, grandes trozos de carne de membrillo, colocados en cajitas de madera nueva preparadas al efecto, muy forradas con papeles de barba, en las cuales había vertido las cacerolas al fabricarlo.

Entusiasmada por sus éxitos fué tan amiga durante una no corta temporada de averiguar en libros y recetas el arte culinario, que no se encontró satisfecha hasta haber indagado los puntos del almíbar para compotas y los secretos de las cocciones para frutas y hortalizas.

Con tanta exactitud y esmero lo hacía todo, que hasta encargaba que le mandaran de Aragón, dentro de los cajones de frutas, yerbas aromáticas, sobre todo para guisar la caza de pelo, y por eso era un encanto ver cómo estimaba los manojos de romero, tomillo, orégano y salvia, que no encontraba tan aromáticos en los herbolarios y droguerías de Madrid.

Á la habitación de plancha también en-

traba en su día, ó por lo menos encargaba á su hermana Rosa de los encajes y bordados delicados, para que por el revés, con el mulido necesario y el temple de la plancha en su punto, saliesen con los relieves que sacan las buenas planchadoras. Menos el planchado de brillo y algunos cortinajes, y esto porque en las chapas de las cocinas donde se guisa no pueden las planchas conservar la limpieza y pulcritud que exigen los refinamientos del arte, todo, todo se hacía en casa con la relativa perfección que permitían los avisos de la economía doméstica.

En fin, la Marta hacendosa superaba en muchos ratos á la María de muchos días.

Dedicando así sus esfuerzos personales al hogar, lo alegraba y embellecía.

También el escoger los adornos de las habitaciones y el cuidar las plantas de la galería, en donde hacía sus labores, era una de sus ocupaciones más agradables.

No es extraño que su esposo estuviese contento en su hogar y desapareciera pronto el mal humor que á veces le ocasionaban los negocios.

Y viendo las innovaciones y mejoras en la casa, solía preguntarle: «¿Cuándo vas

á terminar en la transformación de este rinconcito, que de día en día encuentro más embellecido, sin que aumentes el presupuesto del año?»

No he de contarte con el gusto que le entregaba el dinero al ver lo bien y hábilmente que lo distribuía, ni he de referirte su satisfacción al oír las reflexivas é ingeniosas explicaciones que le daba de la inversión de los fondos mensuales.

Los días de dicha debían de ser eternos para aquella mujer que tanto y tanto lo merecía.

Fruto bendito. Los cuatro años primeros de casados pasaron como un soplo.

En el tercero, Nuestra Señora de los Ángeles envió en su día uno muy hermoso al hogar de Florencia, ángel que vino á cortar el hilo de las labores empezadas por aquella mujer, que iba á disfrutar de la gran dicha de ser madre.

Esperando esto apresuró la terminación de algunos trabajitos aligerando los de los bordados, que con lindas escalas de sedas devanadas en cartones largos, cuidadosamente resguardadas con finos papeles, servían para matizar, copiando con gran arte

los elegantes modelos de paisajes y grupos de pájaros y flores que luego se admiraban en las telas de los muebles y adornos del gabinete.

Cuando el angelito fué creciendo y empezaba á caminar por sí solo, los bastidores y cajas con los restos de las escalas de sedas, estaban recogidos en la habitación de Rosa, que los utilizaba para detalles ó bordados menos importantes.

En el comedor y los pasillos veíase por los suelos, con frecuencia, en lugar de los hilachos de carrete ó recortes de telas que á veces rodaban entre el vestido, un sonajero de plata y marfil, una pelota, carritos, un caballo y otros juguetes, unos nuevos y otros en ruina.

—Ponte aquí en la esquina para que no se caiga al ir á coger la pelota—decía la madre á Narciso, que se entretenía entre asunto y asunto admirando los primeros juegos, con pasos apresurados aunque ya bastante seguros, del niño.

Y al volver de sus negocios caminaba de prisa para contemplar con cariñoso entusiasmo cómo le esperaba en brazos de su madre, la que impaciente le contaba cuántas veces llamaba á su papá, y

qué progresos había hecho en unas horas de ausencia.

**Por mejor
rar de
fortuna.** Pasaron como un soplo, rápido, aquellos años primeros.

Un viaje de Narciso por causa de intereses á lejanas tierras, agitó fuertemente la existencia tranquila y feliz del hogar, en el que un ángel sonreía, charlaba bastante claro y acariciaba con encanto singular.

—No hay más remedio que partir—decía y repetía el esposo para persuadir á Flores. Era muy importante el asunto. Pronto volvería de América.

El viaje le pareció á la esposa, por lo repentino, intempestivo.

Pero era preciso... y partió.

Pasaron por ella con la natural tristeza las desagradables emociones de la despedida.

El periódico trajo la llegada feliz del trasatlántico á Nueva York después de once días.

También llegaron los primeros cablegramas de su esposo, y no muy tarde el primer giro para sostener los gastos y atenciones de la casa.

Con la primera remesa lo arregló todo perfectamente.

Los días transcurrían... las cartas y los giros no la alegraban. ¡Siempre esperando!

Las luchas de la vida, cuando más necesitan dulcificarse, parece que aumentan más.

Había transcurrido un trimestre, y empezaron a faltar cartas.

Los anhelos aumentaban, y aunque los gastos procuraba disminuirlos, al faltarle dinero, su poca costumbre de tener tales agobios hizolos inmensamente mayores.

Su hermana se hallaba en Villalejos cuidando á sus padres.

Empezaron para ella las penas más hondas y tornóse melancólica.

Su alma, nada vulgar, era naturalmente predispuesta á tal padecimiento, que se desarrolla con más intensidad en los espíritus sencillos y delicados.

Silenciosa, anhelaba la soledad, supremo egoísmo del dolor, como dice Severo Catalina, el autor de ese libro que está sobre esa mesa.

Su dolencia no se hallaba en los nervios: estaba en el alma entonces.

Su aspecto era más interesante que nunca.

El rostro parecía pálido, con la palidez del jazmín, cuando estaba sola ó tranquila; pero al esforzarse por disimular sus penas, al hablar ante las visitas que de cuando en cuando recibía, ó ante las gentes que tenía necesidad de tratar, el observador veía el contraste de este cambio de semblante y se emocionaba al percibir que, recogidas hacia adentro las lágrimas que asomaban, parecía como que el espíritu de aquella mujer singular se elevaba al cielo para que Dios le diese energía superior en las flaquezas de su humana naturaleza. ¡Misterios providenciales!

Había llorado mucho pero en el dolor supremo no lloraba: su corazón herido buscaba *sombra y silencio*.

Y pasó entre las gentes aquellos días pesarosos y de melancolía, como pasa la verdad grande y tranquila, aunque oscurecida.

Todo se tornó en dolor en aquel antes dichoso nido.

Por la madrugada. Un día levantóse muy temprano, y en un rincón de su gabinete, cerrada la puerta para que ni aun la sirvienta interrumpiese su tristeza,

mientras su hijo dormía, entregóse á sus meditaciones más grandes. Después de mucha inquietud, anonadada y sin llorar, se puso de pie, mirando hacia la alcoba, en la que descansaba su único consuelo; y allí, á su lado, contemplando la respiración de aquel ángel, que le pareció más agitada, corrieron abundantes lágrimas por sus mejillas, que turbaron su vista, en tanto se agitaba más y más su afligido corazón.

Serena un instante, volvió á mirar al niño.

—¡Dios mío, Dios mío!—decía asustada.—¡Si no duerme... si abre los ojos... me mira y no me llama, ni llora, ni sonríe! ¡Así no es su despertar nunca! ¿Estará malito?...

Y le tocó la frente, llamando con apresuramiento al timbre, y á pocos instantes se presentó á medio vestir la muchacha.

—El niño no está bien, Margarita...

—¡Qué cosas tiene usted, señora! Si está tan tranquilo; no sé por qué hace dos ó tres días dice usted que no le gusta; tiene usted un miedo...

—Encienda la lumbre, ponga agua á calentar y venga aquí en seguida, en seguida.

El viento soplaba fuertemente y la escarcha de Diciembre había empañado los cristales del gabinete, formando en ellos una como tela de nieve que los cubría.

Flores estaba febril y con el alma envuelta en la más desoladora inquietud y amargura.

Los ruidos de las tiendas que se abrían muy temprano, el toque de campanas que llamaban en una iglesia vecina, el rodar de carros y coches, el vocear de los vendedores de periódicos y churros, el paso de alguna manada de burras de leche con sus cencerreos, y hasta el arrullo de unas palomas, del palomar del patio, todo pasaba por ella como una extraña escena. Y el respirar inquieto de su ángel, que en su dolorosa fantasía le parecía mucho más de lo que era, la colocó en una exaltación tal que nunca había experimentado.

Nerviosa, febril y casi delirante, apartó de sí la bata amplia de franela bordada, y como quien toma una resolución enérgica, lavóse apresuradamente, recogió su cabellera un poco, y en seguida vistió su ordinario traje de calle, colocó en su cabeza una mantilla de precioso encaje español, y, sacando del armario de luna una caja, la

abrió apresuradamente, buscando en ella algo que le hacía falta.

Era un estuche con una cadena de oro y una cruz de brillantes.

La miró, la besó con respeto, y, con mucha pena, cerrando el perfumado estuche, lo envolvió en un papel, luego en otro, y, por último, en un pañuelo de batista de hilo bordado y con el portamonedas de piel en donde sólo quedaba algo de calderilla y el estuche oculto, dispuesta á salir, miró otra vez á su hijo tocando cuidadosamente su frente y pulso. En seguida llamó á la criada encargándole que no desabrigase ni sacase de la cuna al niño hasta que ella volviese.

Las ocho eran en el reloj de su comedor. Como quien huye presurosa se lanzó á la calle, escondiéndose de las gentes.

Ya en ella, tomó un tranvía que pasaba, sin fijarse en nadie.

Llena de escalofríos se colocó en un rincón extremo del carruaje, cerrando los ojos y arrebujándose más en su abrigo y piel, con lo que procuraba ocultar el envoltorio; apretándolo contra sí y juntando sus manos como quien reza pensativa, inclinaba su cabeza hacia el suelo.

Dos caballeros de buen porte había en el interior del coche; el uno de unos cincuenta años y el otro bastante más joven. Después entraron cocineras, muchachos, un militar, hasta casi llenarse el tranvía; pero Flores no vió á nadie, aunque algunos viajeros curiosamente la contemplaron, porque su singular fisonomía y las huellas del insomnio no pasaban desapercibidas al tranquilo y curioso observador.

Todos bajaron inmediatamente en la Puerta del Sol menos Flores y uno de los viajeros que primero había subido.

Reparando entonces en el sitio que estaba, y vacilante, bajó un poco la mantilla y se apeó de prisa, como el que huye de algo. También descendió el caballero, lo cual ella no vió.

Por la calle del Carmen buscó una travesía, y llegando á la plaza de las Descalzas Reales como quien ignora dónde va, al ver que sólo un anciano mozo de cuerda estaba parado en una esquina, mirando ella á su alrededor, se atrevió á preguntarle algo...

—Ahí *lante*, sí, señora. Allí mismo.

Los edificios del Monte de Piedad con sus múltiples ventanas que dejan ver desde la

calle paquetes muy ordenados, y su triste aspecto de fábrica silenciosa cuyo interior parece movido por obreros encantados que al sonido del dinero hacen ir y venir de un lado á otro preciosas joyas, y los sombríos cipreses del jardín y la fuente triste, muda y silenciosa, y el convento de las Descalzas, daban á aquella plaza seriedad extraordinaria. Las estatuas de Piquer y Pontejos, guardadores permanentes del ahorro del pobre y del alivio de pobres y ricos en las necesidades, aumentaban la seriedad, inspirando sombrío aspecto á aquella plaza que es como patio de gran fortaleza. Todo la hizo dudar hasta de su propia existencia.

Al acercarse á una de las puertas del Monte de Piedad, el viajero del tranvía se aproximó á ella muy envuelto en su abrigo de pieles, y le dijo con sutileza:

—Es más tarde, no está abierto todavía.

Y aproximándose mucho le deslizó al oído... unas palabras.

.....

Flores, confusa, estremecida y asustada... pálida y enérgica, dió instintivamente un empujón al atrevido, gritando al mismo tiempo: «guardias... mozos...» é in-

mediatamente se alejó de allí con repulsión y temor.

Jadeante y deseneajada llegó á su casa con el corazón oprimido. Entró directamente al gabinete, y entre la cuna de su hijo y su cama grande, de palo santo, ante una imagen de la Virgen del Pilar, cayó de rodillas, y rendida y medio desmayada, recostó su cabeza en la orilla del lecho...

Impresionada y dolorida, más que llorar, sufría y suspiraba, quejosa de la terrible realidad mundana.

Pasados unos momentos, levantó la cabeza, restregó su frente y sus ojos, y miró al cielo implorando clemencia desde el fondo de su alma.

Como en sueños pensaba en el mar, en el Océano inmenso... en lo lejos que estaba su marido... y rompió á llorar, abrazándose á su hijito, que febril y afligido lloraba también...

¡Pobre Flores!

¿Es por acaso que la Providencia se olvidaba de aquella mujer?...

La voz del médico amigo diciendo ¿se puede? desde la puerta del gabinete, interrumpió su aflicción.

Apartó de su mente Flores la desagra-

dable impresión que le produjo el ladino caballero, disimuló sus penas, y con ansiedad indescriptible interrogó al médico sobre el estado de su niño.

—Tranquílese usted, que no quiero dos enfermos. La necesito para enfermera. Esto no será nada.

Recetó, platicaron después unos minutos sobre el viaje de su marido y anheladas noticias, y al despedirse hasta el día siguiente, dejó á la madre bastante consolada...

El niño se puso mejor pasados algunos días, pero Florencia sufría grandes apuros para soportar los muchos gastos extraordinarios. Se vió precisada á hacer uso de todas sus joyas, muy estimadas, en el Monte de Piedad, y cuando ya se le agotaba el dinero de sus operaciones, cuando su ansiedad por no haber recibido en tantos correos, noticias de su marido, se hallaba en el colmo de la desolación, porque temía estuviera grave ó que se hubiera muerto quizá... una mañana de las más oscuras llamaron al timbre de la entrada de casa con precipitación; abrió la criada, y en seguida le presentó un cablegrama que arrebató Flores de sus manos, y decía:

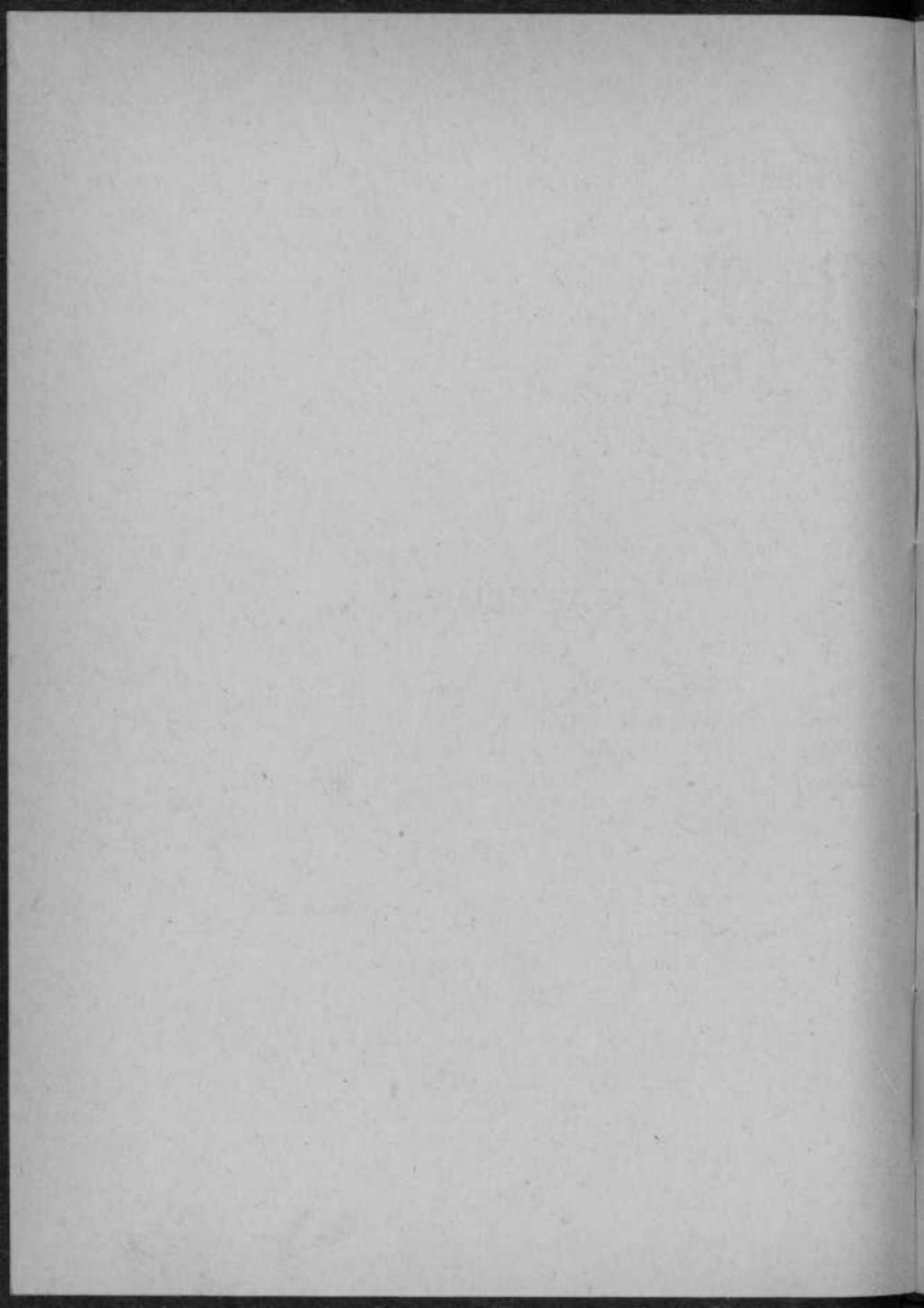
«Triunfante. — Giro Crédit Lyonnais...
Embarco esta semana Habana. ¿Quieres
venir? Correo detalles.

Narciso.»

—¡Gracias á Dios! ¡Gracias, Dios mío! re-
pitió la ejemplar esposa lanzando hondos
suspiros y derramando abundantes lágr-
mas que tranquilizaron su alma después
de tantas y tremendas emociones.



CAPÍTULO XI





H

asta el Pasaron
fin.

ya los días
de lucha angustio-
sa para el alma de
aquella madre que
veló sin cesar jun-
to á una cuna,

contemplando al ángel de su corazón que
enérgicamente se defendía de cruel enfer-
medad.

Sin duda quiso el Cielo compadecerse y no privar de aquel astro á sus padres; porque venciendo la fuerza de la enfermedad con la ciencia del médico y el cariñoso esmero de la madre, después de muchos días de peligro se restableció por completo.

Lágrimas de esperanza corrieron por las mejillas de aquella madre.

¡Qué feliz se sintió cuando cada día, y cada momento, iba viendo en el semblante infantil acentuarse los síntomas de mejoría!

Satisfacción inmensa siguió á sustos tan grandes.

Aquel estado de ánimo no puede comprenderse más que por otra madre.

No hay celo ni cariño comparable al de ellas; y si el corazón de Flores era grande y delicado para todos, ¿qué no sería para su hijo?

Á paseo con mamá. Era uno de esos días en los cuales siéntese inquieto el espíritu, y por la mente cruzan y trasercruzan en completa maraña mil y mil pensamientos motivados por diversas causas que el vivir en la realidad reflexiva traen como efecto. ¡La vida es así, Rosa mía!

Flores, que, amante de la naturaleza,

como reflejo del gran poder de Dios, encontraba en ella consuelo, deleite y tranquilidad inmensa, sentía una mañana, después de sus dolorosas tristezas, deseo de salir hacia el campo para saborear más á su gusto las expansiones de su alma sorprendida en el dolor.

Angelito estaba completamente bien. Falto de algunas fuerzas únicamente.

La enfermedad notábase entonces casi más en la madre, que se había quedado pálida y enflaquecida.

Más que deseos, sentía necesidad de respirar el aire de la mañana y el perfume de las acacias del paseo que hacia los jardines de las afueras de Madrid conducía.

Al vestir su traje siempre elegante y colocarse el sombrero, le atisbó su pequeñuelo, que aún no llegaba á tener los tres años cumplidos; y notando en seguida, como notan los niños, que se trataba de salir, amante de la libertad, como todos, gritó saltando:

—Mamá, yo *cambién*, yo *cambién* á paseo.

—Tú también, hijo mío, —tú vienes conmigo.

¡Ya lo creo! ¡Pobrecito! Sin salir apenas en tanto tiempo. Tú también, ahora que estás ya bueno.

Sí, sí, iremos al campo á ver las florecitas de la primavera.

¡Qué mejor compañero para su madre!

Y el niño, al comprender perfectamente en todas estas palabras la decisión de la madre, en armonía con sus deseos, daba saltitos de alegría en el suelo, mientras le abrochaban los grandes botones de nácar del traje de piqué blanco.

En la calle. El ambiente perfumado de la estación primaveral impresionó á la madre de un modo muy agradable.

—Mamá, mira un *cambría*. Yo *cambién* quiero ir.

Y efectivamente subieron en el de «Pozas» hasta la Princesa.

Y allí bajaron. Queriéndolo todo el niño y mirando cuanto á su alcance pasaba, caminaron lenta y pacientemente calle adelante.

—Mamá, aquí, dijo subiendo las gradas de la Iglesia del Buen Suceso...

—¿Por qué querrá entrar?—decía para sí la madre, sorprendida.

Nunca lo llevo á la iglesia porque no moleste la atención de las gentes piadosas y porque no es higiénico. ¿Quién guiará á los niños?

Parece impropio de su edad, pero entré con él. No he de hacer hoy más que darle gusto. Y entraron.

—Calladito—le dijo poniendo el dedo índice ante los labios en ademán de imponer silencio, y aproximándose á un altar, se la vió rezar de rodillas muy fervorosamente.

Penetremos en su oración.

—Sólo una salve, Madre mía,—decía mirando á la Virgen, preciosa escultura, que amamantaba á su hijo.

Sólo una salve, Madre amorosa, porque voy con mi niño y gritará.

Sólo una salve para que me asistáis, para que me amparéis, para que me consoléis y me hagáis bien fuerte y valerosa en los reveses y me deis mucha salud para educar á mi hijo y hacerle muy bueno.

Dios te salve, reina y madre de misericordia. ..

La salve fué rezada de prisa, pero sentida; con tanto sentimiento y tanta impresión, que sus ojos se humedecieron y su corazón latió con desigualdad.

Y al ver al niño Angelito, arrodillado también á su lado imitando el ademán de la madre y silencioso, continuó en esta forma:

—Señora, dadme decisión para resolverme á partir, ya que el vivir en santa calma sin amarguras es imposible, y os doy gracias porque providencialmente me vais sacando de tremendas angustias.

Yo quiero tanto á los míos que no me resuelvo á arrancar de mi patria ni aun para volver á ella; pero él me llama, deseo que no me olvide, anhelo que me quiera siempre como ahora.

Dadme fuerzas físicas, ya que las morales me dan energía para seguir el transcurso de mi vida cerca de vuestro amor, sin perder el de los míos.

Al sentir debilidades de la infeliz materia, quiero me perdonéis los egoísmos de mi oración, porque sin ellos creo que aparecería extraviada. Tal es la vehemencia de mi lucha interior.

Señora de mi vida—dijo reverenciosa.— Ya comprendo... ya comprendo que la vida es la lucha y que sin luchar no hay triunfo...

Y salieron de aquella capilla, de la mano, hijo y madre.

¡Qué encantadoras criaturas!

¡Qué grupo más ideal!

Cuando regresaron á casa, con el espíritu más tranquilo Flores, y con mayor de-

cisión sobre sus futuras resoluciones, durmió á su hijo antes de comer, porque venía cansadito y soñoliento, y entonando un duleísimo cántico lleno de ternura y esperanza, meció entre sus brazos al Angel de su vida, que se quedó dormido en sueños celestiales.

Caminando pasito á paso y contemplando aquella carita ya sonrosada por el paseo, el sueño y los besos maternos, lo dejó con mucho cuidado dormido y abrigado en la camita, y saliendo silenciosa descorrió la cortina de seda y encajes que cubría el fondo de la alcoba inglesa, santuario que encerraba un ángel del hogar.

Volvió á mirar penetrando de nuevo en el interior, y besó su niño tan suavemente, como la más tenue brisa de la mañana besa las flores, como el sol besa las plantas al nacer el día.

Le contempló extasiada, volvió varias veces la cabeza para recrearse en él, entornó con mucho cuidado las maderas del balcón, corrió la cortina de la puerta y entró en su despacho.

Sentada allí, cruzados los brazos sobre la mesa y como quien reflexiona sobre problemas muy hondos, como quien va á deci-

dir de su suerte, como quien toma la resolución definitiva de trascendentalismo problema, dejó pasar minutos y minutos.

Por fin levantó la cabeza, dirigió su mano derecha á la carpeta de papeles que había próxima, sacó una carta muy extensa, la leyó, la volvió á leer muy despacio, y resuelta á tomar una decisión radical, dijo en voz alta como si hablara con alguien.

—Ya no dudo. Estoy decidida—y escribió:

«Narciso Cerro.

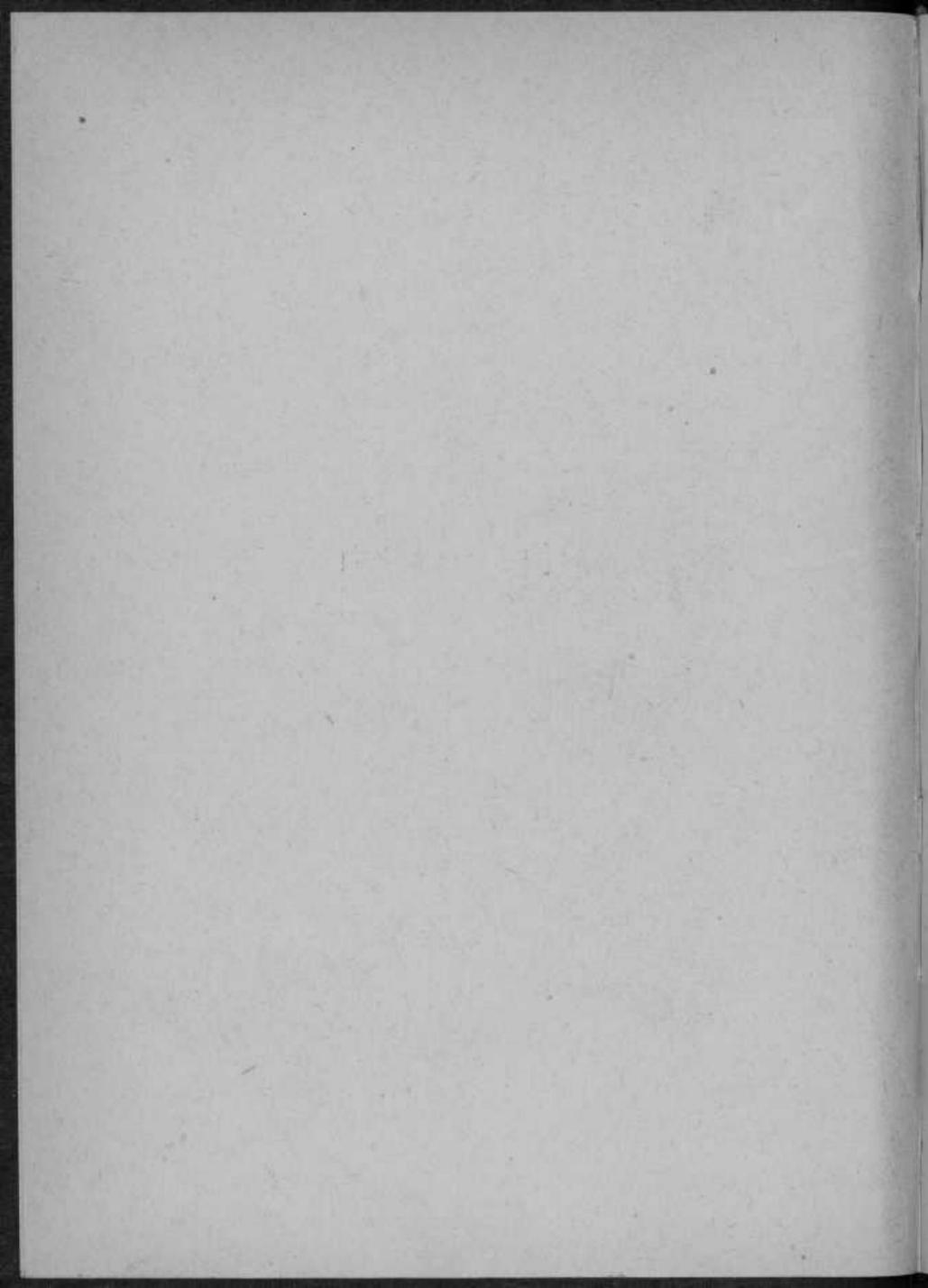
Nueva York, Central Hotel.

Acepta negocio.—Resuelto nuestro viaje.—Avisaré salida.

Florencia.»

Y levantando al cielo los ojos, se dibujó en sus labios una sonrisa de triunfo.

CAPÍTULO XII





E

n el jar- —¿ Y
dín. el jar-
dín de las muje-
res?—dijo Rosa,

cuando parecía que había terminado la historia de Florencia.

—Yame figuraba, hermana querida, que me lo habías de preguntar cuando llegáramos al término de mi narración.

Tu poca experiencia de la vida no puede todavía dibujar en tu alma los trazos del intento de este libro cuyas páginas has ido copiando.

Los nombres de Flores, Rosa, Luisa, Margarita, Hortensia y otras personas que figuran en esta relación de sucesos, no son por sí solos los que forman el ambiente sano y perfumado que se trata de esparcir en sus páginas, ni la tranquila alegría que constantemente se siente en él son los que caracterizan nuestro jardín; el ambiente es el espíritu y la tendencia que en todo se ha querido inspirar para que los lectores imaginen lo que es el verdadero jardín de la mujer con la inmensa pureza de su alma y la hermosura de sus perfecciones, con el divino don del trabajo, con la satisfacción de hacer el bien á cuantos les rodean, con el de servir de modelo á las que lo necesitan, con el ser alma viva del amor, de la esperanza de mayores felicidades y de la espléndida aspiración á otra vida más elevada.

Este es el jardín, y ya lo comprenderás tú mucho mejor cuando vuelvas á leer esos apuntes que has hecho como una máquina. Cuando vuelvas al jardín, á este jardín, repararás cómo entre sus florestas descuella delicada, natural y humilde, como virtud, la violeta del campo, al lado de la madre selva silvestre y de la pasionaria simbólica. Nota-

rás la frescura de los capullos de la rosa sin par, verás el azahar embriagador, el delicado y modesto heliotropo, el jazmín espiritual, el triste y gallardo lirio, el diminuto no me olvides; y cuando reflexiones después, verás cómo cada una de estas flores es algo que en el corazón, en el alma ó en la vida de la mujer palpita como necesidad sentida, como beneficio hecho ó como goce experimentado.

¿No has visto, no ves cómo bajo el espesomatorral, ó bajo el verde emparrado, ó á la orilla del río, ó debajo de la florida acacia, por entre las mieses y junto á las mismas flores, hay plantas maléficas, hay víboras ponzoñosas, hay insectos que dan la muerte?

Pues ya comprenderás el por qué del contraste que notas entre el título y el desarrollo del tema principal de estas páginas.

El bien con toda su complacencia y grandiosidad, la hermosura del vivir, es el jardín, el eterno jardín que alegra y purifica el corazón; pero al lado de esto que Dios pregona y para lo que Dios alienta, están las contrariedades para ser vencidas, los vicios para ser dominados, el mal para

ser extinguido, dando mayores esplendores la triunfante virtud.

—¡Ya, ya! Ya comprendo ahora, hermana de mi alma, estas dudas que me asaltaban y que no tuve valor para exponerte hasta hoy, por no aparecer más impaciente y para no decir como he dicho una verdadera tontería.

—Tu sencillez anticipó mis últimas reflexiones. ¿Quién puede saber cómo termina un plan cuando éste se refiere á la vida de la mujer?

Quedan iniciados aquí algunos puntos que acaso en otro libro, y pasado algún tiempo, que es necesario, si la salud acompaña á la voluntad, se verán detallados. Guarda estas flores del jardín como siempre vivas, y allá van mis últimos consejos para ti y para las que te imiten leyendo y copiando *El Jardín de las Mujeres*.

Sé como Florencia sencilla, obediente, recatada, trabajadora, sufrida, y cuando lleguen los momentos del dolor, tendrás la necesaria energía y la indispensable prudencia.

Como ella, pon tu confianza siempre en Dios, dirígele ferviente tus plegarias, y verás cómo él te ayuda, desvanece los

efectos de la calumnia, disipa las picaduras de la envidia, y presentará siempre tu alma hermosa como ejemplo digno de imitar.

No olvides que lo primero en el mundo son tus padres, tus hermanos, los tuyos todos; los bienhechores, los deudos y los amigos, y con esto la humanidad entera te estimará.

Trabajar, siempre te dará el pan nuestro de cada día, la satisfacción de vivir de tu esfuerzo, y con esto, cuando llegue alguna desgracia, serán mucho menores los efectos para ti que para el holgazán y descuidado.

Estudia, cuando puedas, para inspirarte en las grandezas de la ciencia, del arte y de la naturaleza, y así conseguirás desvanecer muchas pequeñeces y dudas, inspirar respeto á cuantos te rodeen y hacer grandes servicios á tus semejantes.

No olvides que la mujer nace para ser hija, para ser esposa y para ser madre, y que en estas tres fases de la vida es su misión inspirar al hombre, darle alientos, compartir con él las penas y las alegrías, y mejorar los destinos de la humanidad hasta llegar á la perfección que el Supremo Hacedor ha predicho.

Gozar por gozar no es el verdadero sublime goce: gozar por hacer bien es la mayor delicia, y en esta profunda convicción del alma, la mujer, siendo la parte más delicada, si cultiva las facultades que Dios le ha dado, es lo más superior y lo que puede llevar al hombre á la grandeza; pero si ella se extravía, el desequilibrio es seguro. Es más responsable ante Dios y ante los hombres.

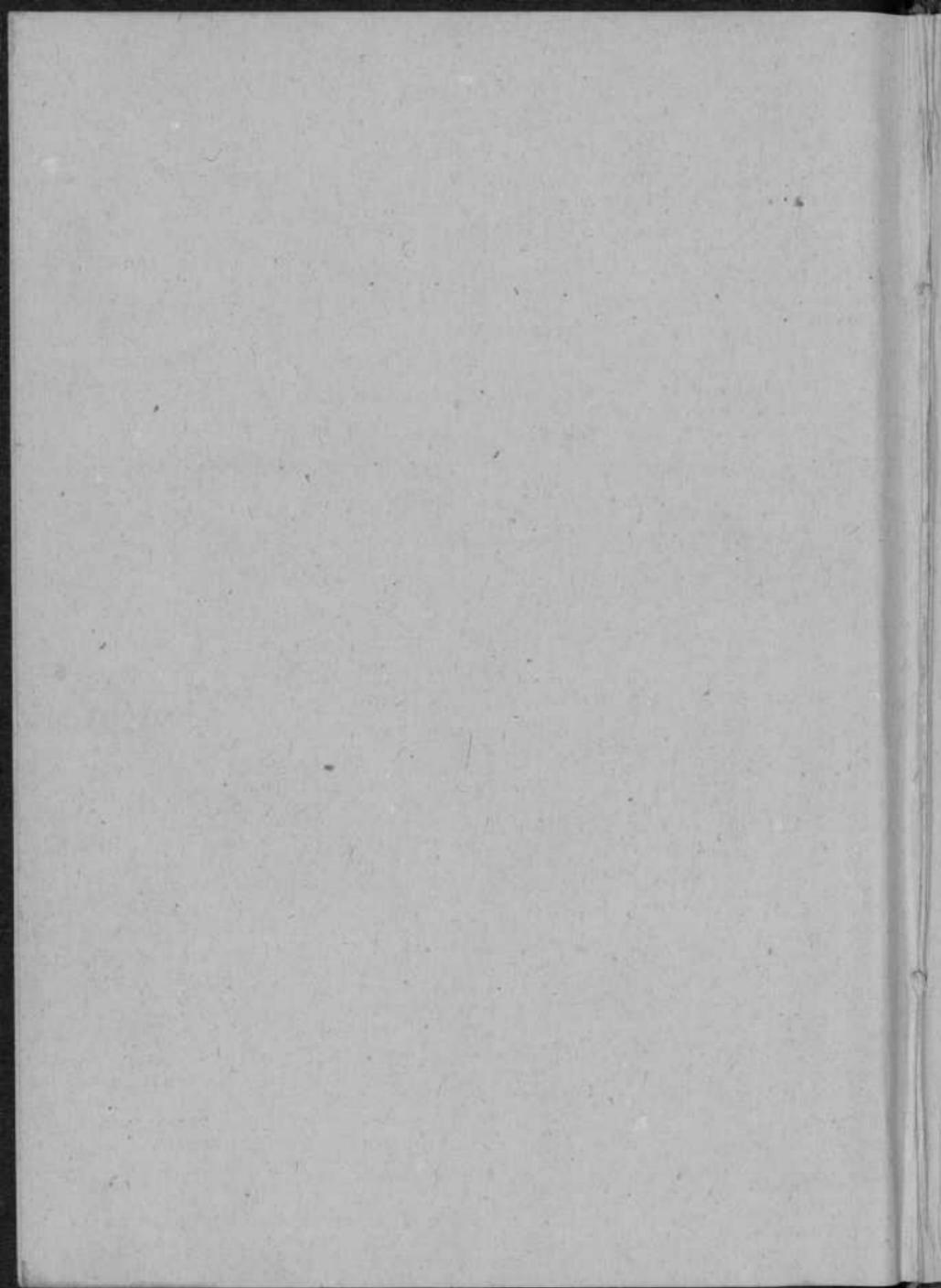
INDICE

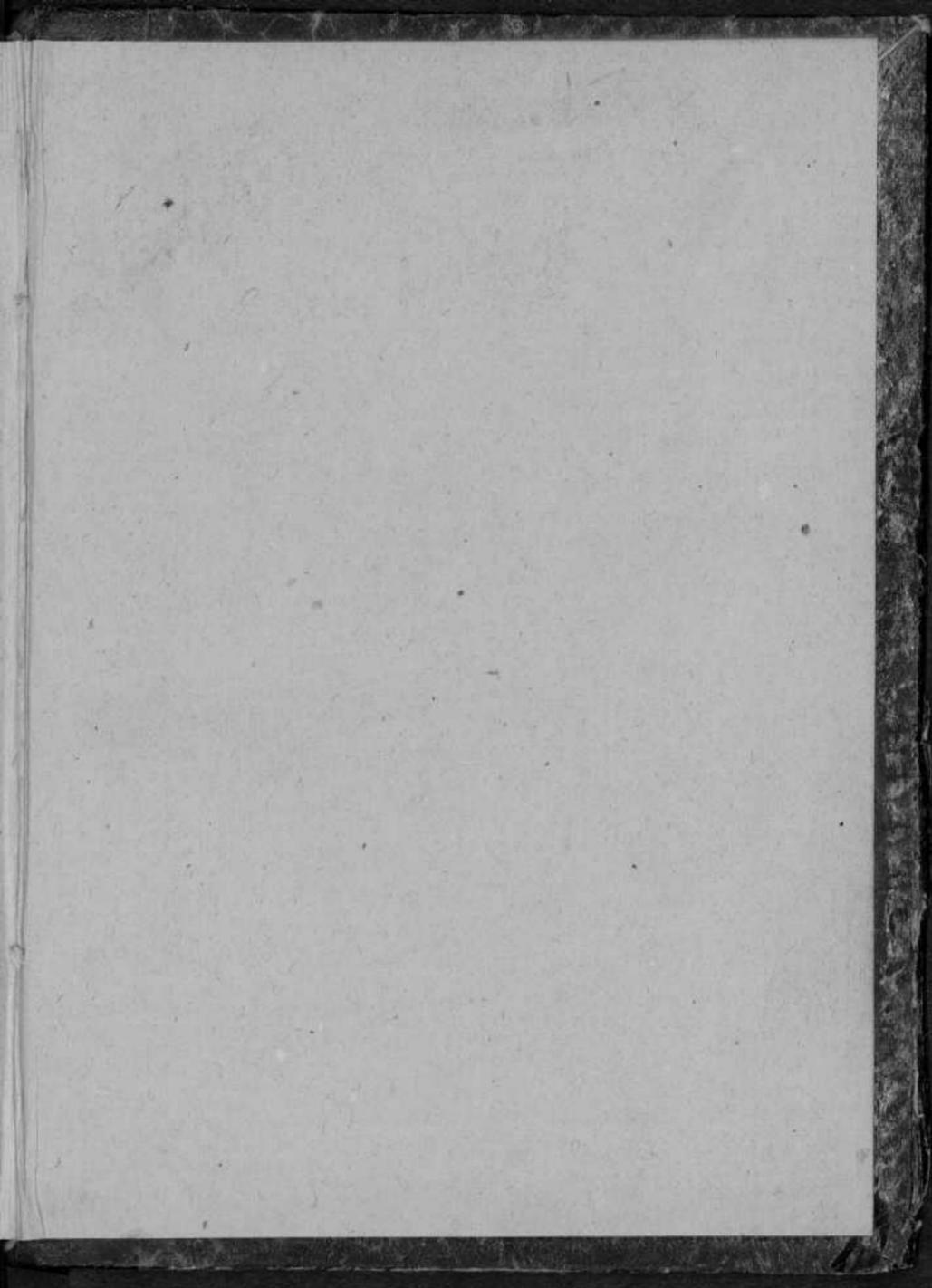
<u>Páginas.</u>	<u>Asuntos.</u>
v	DEDICATORIA.
	Parte primera.
1	Capítulo I.
15	Capítulo II.
29	Capítulo III.
55	Capítulo IV.
	Parte segunda.
75	Capítulo V.
105	Capítulo VI.
141	Capítulo VII.
165	Capítulo VIII.
	Parte tercera.
199	Capítulo IX.
221	Capítulo X.
245	Capítulo XI.
255	Capítulo XII.

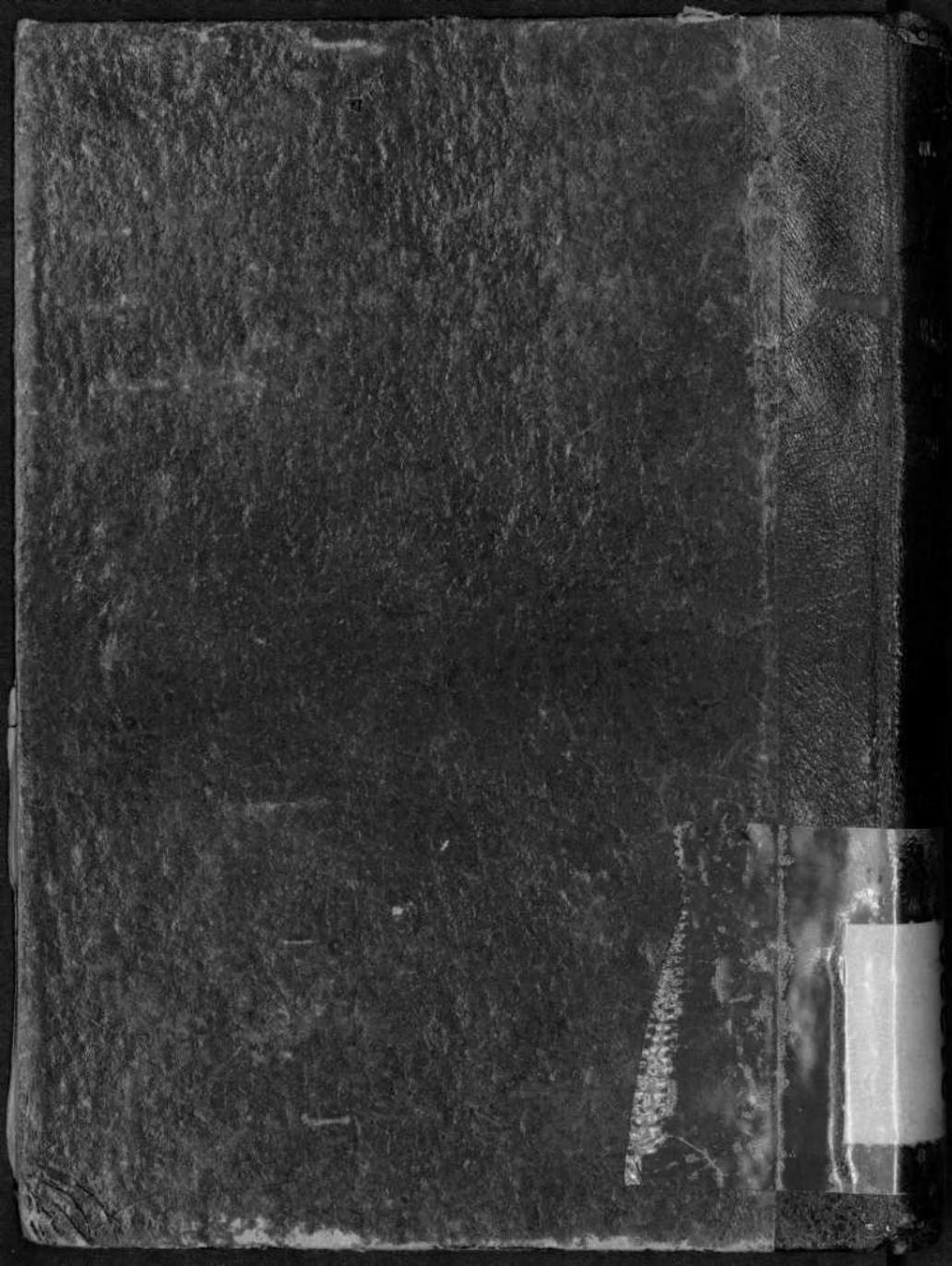
*Se terminó la impresión de este libro
en la Imprenta de los Hijos de
M. G. Hernández á las siete
de la tarde del día 31 de
Mayo del año
MCMVI*



P. 75







M. HERREDO

EL JARDÍN

DE LAS

NIÑAS

CON
FINES

EDITADO
PÚBLICA